

CONVERSANDO CON GÓMEZ



Fátima Alonso Rodríguez

© Fátima Alonso Rodríguez, 2015.

© Editorial Universitaria, 2015. Calle 23
No. 565 e/ F y G, Vedado, La Habana,
Cuba, email: torri@mes.edu.cu
teléfono: 78374538

e ISBN (PDF) 978-959-16-2515-1

e ISBN (ePub) 978-959-16-2516-8

Edición: Raul G. Torricella Morales

Diseño: José A. Granadillo Cruz

Nota introductoria

Máximo Gómez ideó adecuadamente la estrategia general del Ejército Libertador para triunfar, combatiendo a España en todas sus manifestaciones: militares, políticas, económicas e ideológicas, destruyendo la base material que sostenía su poder colonial en Cuba al aplicar la tea incendiaria a lo largo y ancho de toda la Isla. Y esta estrategia fue de hecho exitosa al emplear con acierto la táctica del combate ofensivo y defensivo en las escaramuzas, los encuentros y las batallas; el asalto y toma de poblados y de posiciones fortificadas españolas; y la emboscada, la persecución y el hostigamiento cuando eran posibles, o el repliegue inteligente si las fuerzas contrarias eran superiores en

número y efectivos. Nadie como él supo aprovechar convenientemente las facilidades del terreno, el ataque nocturno, los aliados naturales de la Revolución: el clima, los mosquitos y las enfermedades endémicas; y las marchas y contramarchas que volvían loco al ejército enemigo.

Bajo su mando y gracias a su excepcional capacidad de reconocer a los mejores jefes, se formaron los principales líderes militares de la Guerra de los Diez Años y la de 1895: los Maceo, Antonio y José, Guillermón Moncada, Flor Crombet, Serafín Sánchez, Francisco Carrillo y muchos otros a los cuales distinguió por su bravura y su hoja de méritos, y no por su procedencia social o por el color de su piel.

Sus hazañas guerreras llamaron la atención de las naciones civilizadas y la de los analistas militares de su época y, por todo eso, se le ha considerado más como un

genial hombre de armas que como el líder político y el ideólogo revolucionario que también fue. Sin embargo, Máximo Gómez también abrazó el ideal antillano, latinoamericanista y antiyanqui de la avanzada política de su tiempo y lo enriqueció con su constante batallar a favor de esta obra y con sus reflexiones sobre el porvenir de las Antillas, y el de toda la América, y con su comprensión del proyecto nacional-liberador y antimperialista de Martí. Sus certeros juicios sobre la verdadera finalidad de la intervención en la guerra y la posterior ocupación militar de Cuba por Estados Unidos, y la estrategia de unidad pro-republicana que trata de imponer en ese entonces, le conceden un lugar privilegiado en la historia del pensamiento político revolucionario cubano.

Este hombre rudo, cuyos exabruptos eran

más temidos entre los mambises que los ataques de los españoles, habitualmente muy franco, a veces en exceso, lo que le ocasionó no pocos disgustos con aquellos intolerantes incapaces de comprender su carácter y su estilo de vida espartano; exigente con todos, empezando por él mismo; pundonoroso, al extremo de considerar insultos lo que podían ser verdades fuertes, pero justas; poseía, no obstante, una exquisita sensibilidad que lo hacía un esposo amoroso, un excelente padre de familia y un ser colmado de ternura hacia los niños, las mujeres y los ancianos.

El héroe de las tremendas cargas al machete, de las marchas y contramarchas, de la prudencia en el avance y la oportunidad en el ataque, mantenedor inflexible de la indispensable y difícil disciplina de la lucha irregular era, sin

embargo, un hombre lleno de amor y de ternura.

Máximo Gómez rendía culto al amor. Amaba con atrevimiento e ímpetu, pero con una suavidad en todos sus cariños que tenía mucho de paternal. Su esposa acostumbraba llamarle “mi padre”, y las hijas, al decir de Martí, “lo miraban como a un novio”. Los hijos ocupaban todo el afecto de su corazón. Sus amigos eran sus hermanos y sus soldados, sus hijos, que veían en él a un padre, tan brusco y directo como sensible y afectuoso. De esa capacidad de amar surgieron sus originales habilidades de estrategia militar.

Esta profunda fibra humana en alguien acostumbrado a mandar y ser obedecido, se desborda cariñosa y cortés en las cartas a los íntimos y en los pequeños opúsculos dedicados a su ordenanza, el negro Edúa; a la odisea de su amigo, el General José

Maceo; a su escolta durante la Guerra de 1895–98; a la guerrilla de los casados; a su hija Clemencia, a quien le dedicara sus Recuerdos de la Guerra, y a muchos otros familiares, amigos y compañeros de lucha.

Como amante de la historia, el ensayista siempre ha acariciado la ilusión – ¿quién no?– de entrevistar a sus héroes amados; sentarse frente a ellos a saborear cada una de sus palabras; hacerlos saltar sobre el tiempo y traerlos al presente, para que todos les conozcan. Por eso concibió hacer un ejercicio intelectual que combinara la ficción con lo rigurosamente sucedido o expresado por un personaje histórico. Una entrevista de esta naturaleza pudo haberla hecho un periodista sagaz de su época al Generalísimo Máximo Gómez; no fue así, entonces, ¿por qué no fantasear, emular a H. G. Wells, y trasladarse en el tiempo hacia el pasado y mirar de cerca la historia:

el sueño más caro para un historiador?

Lo irreal radica en imaginar que así pudo desarrollarse una entrevista con el Viejo; lo científico, en que sus respuestas son estrictamente exactas, sin quitar ni añadir una coma, respetando hasta su peculiar ortografía en todo lo escrito por él en las diferentes etapas de su vida, excepto en aquellos momentos en que ha sido necesario, como tributo a la coherencia, intercalar alguna frase que Gómez no pronunció, lo que se destaca encerrándola entre paréntesis. El trabajo en gran medida es hechura del propio Gómez quien, ser un literato, dejó todo un testimonio escrito de insuperable valor y que abarca desde su incorporación a la Revolución de Yara hasta el establecimiento de la República a medias.

La labor del ensayista ha presupuesto una labor de investigación: estudiar a fondo la

biografía de Gómez; localizar las fuentes documentales, seleccionar los fragmentos adecuados y combinarlos para que las respuestas adquirieran el matiz de verosimilitud de un interrogatorio hecho personalmente; consultar la bibliografía complementaria, para conocer el período histórico y el juicio de sus contemporáneos, amigos y detractores; elaborar el cuestionario, que no podía ser muy extenso dado su carácter de entrevista ni abarcar todos y cada uno de los momentos de una vida singular, sino aquellos que significan hitos de interés para saber más del hombre, el esposo, el padre de familia y el amigo. Y, por último, con el diagnóstico de su personalidad, su carácter y sus hábitos, conjeturar con bastante aproximación sus reacciones emocionales ante las interrogantes que le formula el entrevistador.

El esfuerzo vale la pena si no es concluyente, si incita al público, sobre todo al joven lector, a indagar con más profundidad en las acciones y las ideas de Máximo Gómez; si humaniza al personaje histórico y lo acerca a nuestra cotidianidad, si lo hace presente en nuestras vidas porque, en definitiva, para eso trabajó incansablemente por Cuba, su patria adoptiva; sufrió quebrantos e incomprendimientos humillantes que laceraron su alma; y sangró, por dos veces, en los encarnizados combates que sostuvo contra los enemigos de la independencia de Cuba: para ser un amigo, y por siempre, de los cubanos.

Al hombre que se le conoce por sus proezas militares, es justo que también se le conozca por su corazón.

La autora

La Entrevista

Tiene la palabra el Generalísimo

Una soleada mañana del mes de mayo de 1905, me dirigí a la barriada residencial del Vedado. La casona con el número 45, en la calle 5ta, entre D y E, era mi destino. Iba a encontrarme con el Viejo, el Generalísimo Máximo Gómez, sin saber que esta sería la última ocasión en que consentiría en hablar sobre las guerras pasadas y los hombres que en ellas participaron, y sobre sí mismo. Pocos días más tarde enfermaría de gravedad. El 17 de junio, finalmente, la muerte triunfaría a la vida de este formidable hombre.

Fui invitada a pasar a una acogedora salita decorada al más puro estilo colonial, con vetustos muebles de caoba y rejillas, pequeñas mesitas que sostenían una procesión de bibelots de la más fina porcelana de Sévres, y lámparas veladas. Los pesados cortinajes no impedían que el sol se reventara a raudales contra los amplios ventanales, y la habitación mostraba la viva luz de un día tropical.

Clemencia, la hija mayor de Gómez, oficiando como anfitriona me ofreció, con criolla cortesía, una aromática taza de café, y si mi atuendo o mis maneras desenfadadas de mujer del siglo XXI le llamaron la atención, ni un solo gesto de su cara la traicionó. No perdió la compostura en ningún momento, como correspondía a la buena educación y al tacto social de las

damas de aquel entonces.

Unos minutos después hizo su entrada el General, enfundado en su habitual levita negra cerrada y pantalones de casimir oscuro, pero calzado con unas babuchas caseras. Se le notaba el paso de los años y el quebranto de la salud en el cabello cano, las profundas arrugas del rostro y el andar lento; sin embargo, en la vivacidad de su mirada se leía claramente que aún conservaba íntegro el vigor que siempre le había empujado en la vida. Me puse de pie inmediatamente, por respeto, pero el viejo militar, esbozando apenas una leve sonrisa, me convidó a permanecer sentada. Él lo hizo frente a mí, y me interrogó con la mirada.

– General – **le dije, con cierta timidez** –, sería muy fastidioso para Usted y para

mí, para ambos, explicarle los detalles científicos que han hecho posible que desde el futuro del año 2015, me trasladase hasta esta residencia que un buen compatriota le ha ofrecido para su descanso. Le agradezco primero, que me haya permitido entrar a la intimidad de su hogar y de su familia y, segundo, que haya accedido a esta entrevista cuando Usted, tengo entendido, se halla afectado por achaques y dolencias tanto físicas como del alma.

Me encogí instintivamente en el asiento esperando un chaparrón de reconvenciones por mi osadía: tal vez el General podría pensar que yo le estaba tomando el pelo. Pero este era un viejo guerrero que estaba de vuelta de todos los caminos por los que

*suelen andar los hombres recios, y no
mostró extrañeza por mi viaje en el tiempo.
Más lo confundió otra sospecha:*

– Como toda obra humana, el periodismo
– **me respondió cautelosamente** –
marcha por su camino escabroso,
cargado de defectos, deficiencias y
destemplanzas, y labor del tiempo será
la reformación, así en las formas como
en las ideas mismas, para que entonces
esa gran palanca social que empuja y
endereza, cumpla mejor su civilizadora
misión.

*Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano
para reprimir la risa. Me había tomado por
una periodista y, por amargas experiencias
de antaño, temía que estos pudieran citarlo
mal y perjudicarlo en su imagen pública.
Desconfiaba de los periodistas*

inescrupulosos, de ahí que midiera tanto sus palabras.

– Perdóneme, General, el malentendido, pero yo no soy periodista: soy maestra...

Me interrumpí porque le oí suspirar aliviado. Se arrellanó cómodamente en la poltrona, entrelazó sus manos y acercando el tiempo ya ido al presente, recordó:

– Mi instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos, “del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil”. Sin embargo, conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos como

el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras.

Ahora la que se sintió sosegada fui yo, así que me atreví:

– Tal vez por ese aprecio que Usted siente hacia los maestros y su delicada labor de instruir a las jóvenes generaciones es que dispuso, en 1897, que su casa natal, en Baní, estuviera ocupada por una escuela. Pero, General, eso de poca instrucción cuesta creerlo cuando uno lee su narración de la odisea del General José, desde la emboscada artera hasta su encuentro con fuerza cubanas del General Periquito Pérez..., o su espléndido epistolario dirigido a familiares y amigos.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin

cuartel – **se defiende** –, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que para unos simples apuntes personales.

General, toda mi vida profesional la he dedicado a la enseñanza de la Historia de Cuba, y aprovecho esta oportunidad que los adelantos científicos (de un proyecto aún sin revelar) me han dado, para entrevistarlo. Quiero que mis alumnos, que todos los cubanos, le conozcan un poco más. Usted, actor principalísimo en la gesta cubana de la segunda mitad del siglo XIX, es el más indicado para hablarles de esas guerras libertadoras y situar personajes históricos, y acciones, en su justo lugar.

Pero, y quizás sea este mi más caro anhelo, quiero que lo vean como a “el primero de los cubanos”, –al decir de Martí–, que se ganó justamente ese lugar privilegiado, no por el mero accidente fortuito del nacimiento geográfico, sino por su defensa infatigable de Cuba por más de 30 años. Mucho se ha escrito, y muy buenos libros, por cierto, acerca de su pericia militar, pero yo estoy más interesada en que descubran al ser humano detrás del excepcional guerrero. Deseo que se desvele ante ellos lo más íntimo y personal del General Máximo Gómez. Quiero que vean los sentimientos detrás de cada combate, la sensibilidad detrás de cada orden militar, (...) el amor como principio revolucionario. Sólo tengo un sentimiento de culpa:

herir su sensibilidad con preguntas enojosas ya que, tal vez, le sea penoso rememorar algunos de esos hechos...

Para aclarar algunos puntos concretos de esa hermosa epopeya, para derramar luz sobre campos donde se pretende esparcir sombras, siempre me tendréis dispuesto ... con mi conciencia y mi saber de revolucionario, a servirlos y ayudarlos en esa obra sublime que constituye la grandeza de las naciones: su historia.

Insatisfecho al parecer con su propia respuesta, se apresura a confiarme, tuteándome sin darse cuenta:

– Solamente porque merece atender a tu laudable deseo de saber, pudiera yo perdonarte el dolor que me causas, evocando recuerdos que torturan mi

alma, pues de tantos ensueños y honor y gloria en que atolondrado pasé mi juventud, solamente me ha quedado la amarga memoria de haberse perdido todo por causa de nuestras ambiciones, torpezas y perpetua desunión.

Y en un tono más coloquial, prosiguió.

Para este asunto no creo indispensable poseer buenas dotes de experto literario, pues teniendo por base la verdad no importa que esta se exprese con más o menos galanura; así, pues, (hablo) sin pueril temor a esa clase de censura, mucho más, cuando confío en que la ilustración de (sus) lectores disimule mi falta de estilo ... – **se quedó unos instantes pensativo, y luego continuó** – el asunto peca desde luego por lo personal, lo sé muy bien y

no se puede evitar que lo sea, pero eso no es nada molesto para mí, como no lo debe ser tampoco para Ud., antes al contrario, me alegro, puesto que se me ofrece una bella ocasión de poner algunas cosas en su lugar – **sonrió con la picardía del hombre que le gusta agradarle a las mujeres.**

- Comencemos por los hechos que conducirán a su formación militar. En 1855, el joven Máximo Gómez se incorpora a la vida militar para hacer frente a una invasión haitiana, una más, contra la República Dominicana. ¿Qué edad tenía en aquel entonces? ¿Cómo tomó esa decisión tan trascendental para su vida futura?

La siempre incierta edad de Gómez

- No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella (...) Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sin más datos que esos, que nací allá por el año 36 (...) En cuanto al mes, día y hora siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí.
- A Usted siempre le han celebrado su cumpleaños el 18 de noviembre ...

El viejo mambí asiente imperceptiblemente con la cabeza. Sigue:

– Mis padres que fueron honrados y virtuosos, si no ricos gozaban por lo menos de posición acomodada y decente, y como yo era el único varón, fui desde luego el principal objeto de su cariño y cuidados, y de este modo mi existencia se deslizaba dulcemente en medio de las caricias del paternal amor.

(...) El ciego cariño que mi madre me profesaba, contribuyó no poco a que mi ilustración fuese menos que mediana, pues no querían separarme de su lado, ni que mi padre me enviara a un colegio extranjero, y fue mi profesor el cura del pueblo, que era mi padrino, íntimo amigo de la familia, y que daba muestras de sentir tierno y sincero afecto por mí.

– Se refiere Usted al Padre Andrés

Rosón...

- Este hombre, aunque bastante instruido era de atrasadas ideas, como lo han sido siempre la gente de sotana, y mi educación primaria, única que pude alcanzar fue puramente religiosa... Mi madre (...) acariciaba la idea de que yo adoptase la carrera eclesiástica. No obstante todo eso, yo no me sentí muy inclinado a ella; pero jamás me atreví a manifestar lo contrario, por no causar pena a mi madre, a quien tanto amaba. (...) Así corría el tiempo para mí, cuando en el año 1855, que ya contaba yo con diez y seis años, un día, la banda militar de la guarnición de la plaza, a una hora inesperada, tocaba marcha por las calles del pueblo. Se publicaba con gran pompa y solemnidad, un

decreto del Gobierno, llamando a las armas a todos los hombres de la República, sin distinción de clases, ni categoría, y de la edad de 15 hasta 50 años ... Apenas el oficial que leía el decreto terminó, dando un viva a la patria, varios jóvenes en confuso tropel se dirigieron al palacio del Gobernador de la Provincia a inscribir su nombre en los batallones de voluntarios, y yo era uno de ellos, que olvidando los libros y los cuidados de mi madre, no pude resistir el impulso del sentimiento nacional. (...) Reunido ya el ejército en las fronteras, se aguardó al enemigo, que no tardó mucho en presentarse, y se dio la gran batalla, nombrada allí de Santomé (ese es el nombre de los llanos donde se dio) – **me aclara en tono más bajo**. Las armas dominicanas quedaron

triunfantes y aquel enemigo fue deshecho. (...) Mi batallón pudo distinguirse, y varios jóvenes fuimos agraciados, cuya distinción nos dejaba ligados a las fuerzas permanentes del ejército, que en mi país quiere decir ser soldado por toda la vida.

Incorporación al Ejército en su país

- Por aquel entonces su padre enfermó de gravedad y Usted solicitó una licencia militar. Después del fallecimiento de su padre se produce la anexión a España, solicitada por los que habían gestionado anexiones y protectorados desde antes, sin éxito alguno. Pronto se generó un movimiento contrario, antianexionista, presidido por el general Pepillo Salcedo, que contaba con la jefatura de hombres prominentes como Gregorio Luperón,

Pedro Florentino y Buenaventura Baéz.
¿Se vio envuelto en estos
acontecimientos políticos?

- Tuve que volver a las filas del ejército, y ya en esa época se había desarrollado en mi patria el maléfico espíritu de partidos. Como era consiguiente, tuve que seguir la corriente de los acontecimientos políticos que, con frecuencia, se sucedían, y me vi envuelto en peripecias peligrosísimas. (...) Era el año 1861, cuando tuvo lugar allí un acontecimiento inesperado y sorprendente: Santo Domingo se anexó a la monarquía de España, y aquel suceso trajo al poco tiempo la guerra, que hizo que aquella la abandonase nuevamente.
- General, se dice que el sangriento

episodio protagonizado por Florentino, Pedro Florentino, si no me falla la memoria, al fusilar a 31 vecinos, y saquear e incendiar muchas casas de Baní, su pueblo natal, y la resistencia que Usted le opuso como Capitán de las Reservas Dominicanas, influyó mucho en su decisión de permanecer al lado de los santanistas – **afirmo, pero es más bien una pregunta.**

- La República Dominicana, dejando de ser lo que era, pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España – **me repite Gómez**–. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fue un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana, huérfana, sin guías ni directores; Santana, Jefe de un

Partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el Poder; Baéz, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército Español. (...) No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y el año 1864 le sirvió a España para después de una resistencia inútil abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha gente del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso. Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil oscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa, enferma, fui inevitablemente arrastrado por la ola

impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas.

- Todos sus biógrafos coinciden en que el exilio forzoso a que fueron condenadas las Reservas Dominicanas y, en particular, su llegada a Cuba el 13 de julio de 1866 , cambió el rumbo de su vida e influyó mucho en su carácter.

Arribo a Cuba por primera vez

Noto que su mirada se vela por el dolor de los recuerdos. Permanece en silencio unos instantes, para recuperarse prontamente y decirme:

- Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy

pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre ... Yo tuve que refugiarme en Cuba, trayendo conmigo a mi madre y dos hermanas ... Acosado por la miseria y el pesar, lejos de mi patria, busqué en los campos de Cuba un rincón para trabajar, descansar de vida tan azarosa, y me establecí en la jurisdicción de Bayamo ... Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí. No fue en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fue así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud. (...) Por encima de eso

despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis amigos y de todos mis Amores. (...) Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia oscura, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Gómez es de hablar pausado y el tono de su voz es grave, por instantes casi ronco, pero fuerte: llena toda la estancia y sería audible a distancia, como debe ser la voz de mando de un general. Pronuncia las palabras con claridad sin que se perciba una entonación dominicana, sino más bien cubana. Tiene una peculiar forma de decir, matizada por la falta de algunas piezas dentales en su boca. Sus maneras son reposadas y por encima de la ropa se advierte su condición de militar. Apenas se ha movido en su

asiento desde que comenzamos a hablar; ahora cruza una pierna sobre la otra y balancea el pie suavemente.

Incorporación a la Revolución Cubana

- Usted se incorporó a la Revolución de Yara pocos días después del pronunciamiento de Céspedes en Demajagua. ¿Ya estaba involucrado en los afanes conspirativos, en los trabajos preparatorios, o fue una decisión espontánea al calor de lo que estaba ocurriendo con tal rapidez?
- Me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamiento, mi residencia era en la comarca en donde existía el foco

principal de la Conspiración, donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es decir que enseguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin enténdrmelas con la “Gran Junta” – **dijo con algo de ironía en la entonación** – empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso. Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fue causa para que algunos de los conspiradores no me tuviera confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían

orden de vigilar mis pasos...

- ¿Cuánto duró esa peligrosa situación?
- Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.

El secreto de una conspiración siempre ha constituido un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrían tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia ser

apresado y fusilado por el Gobierno español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recto el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Paso por alto, por segunda vez, la cuenta errónea que lleva el General de su edad cuando está contándome estos sucesos, porque si nació cerca del año 1836, debía

tener alrededor de 19 años al incorporarse a las fuerzas dominicanas en 1855, y no 16 años como me aseguró hace unos minutos, y tampoco contaba con 25 años al estallar la Guerra Grande, sino unos 32 : tal vez le gane ventaja a la realidad la pequeña vanidad de no confesar la edad exacta, y le pregunto:

- ¿Cuál fue la principal motivación, digamos, proveniente del campo de las ideas, que lo impulsó a sumarse a los cubanos en la Revolución contra España?
- Cuba, país de esclavos – **recuerda el Viejo** –; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en

aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de modo inhumano y brutal.

Mis negocios de madera, y otros, me llevaron a distintos ingenios y en uno vi cuando con un cuero se castigaba a un pobre negro en el batey de la finca y delante de toda la dotación. No pude dormir en toda la noche; me parecía que aquel negro era alguno de los muchos a quienes aprendí a querer y a respetar al lado de mis padres en Santo Domingo. No es la misma cosa ser esclavo en un ingenio que en un cafetal. Ser esclavo es una desgracia y soportar ese yugo en un ingenio es la suprema desgracia.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin

dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan... Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fue que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

La voz se le vuelve aún más profunda para enfatizar emocionado:

- Por mis relaciones con cubanos entré luego en la conspiración; pero yo fui a la guerra, llevando aquellos recuerdos en el alma, a pelear por la libertad del negro esclavo, y luego fue que, comprendiendo que también existía lo que se puede llamar la esclavitud

blanca, uní en mi voluntad las dos ideas, a ellas consagré mis esfuerzos; pero, a pesar de los años que han pasado desde entonces no puedo olvidar que acepté los principios de la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo.

- Me llama la atención, General, que su abolicionismo no es condescendiente ni paternalista, todo lo contrario al manifestado por otros patricios de aquellos días. ¿Es su concepto de raza afín al que Martí expone en su artículo “Mi Raza”, publicado en Patria? ¿Tal vez lo leyó?

Apenas asiente con la cabeza y continúa:

- No hay diferencias de sangre ni de razas. Yo solo creo en una raza: la humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas

y malas ... Desde el atezado indio salvaje hasta el rubio inglés refinado, un hombre es para mí digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el país o raza a que pertenezca o a la religión que profese.

- Y llevados ya por este derrotero, ¿cuál es su concepto de pueblo, General?
- Las revoluciones se van derechas al pueblo, allí donde está el dolor, están sus aliados. Allí encuentran a sus hijos que son todos los que sufren... Las grandes revoluciones no van, no pueden ir a los cuarteles a escoger sus soldados; esos que están allí son los defensores a sueldo del tirano y tienen la consigna guardada en sus cananas y la llevan en la punta de las bayonetas.

Yo creo que todo lo malo baja de lo más

alto, todas las pudriciones, las grandes llagas, las tuberculosas, no se encuentran fácilmente en la aldea. Están en la gran ciudad. Van luego a buscar su curación o a esconderse en la aldea. Yo tengo mucha fe en el pueblo, siento amor por el pueblo y esto debe ser inspirado por algo más positivo que la palabra, por lo que el pueblo tiene de bueno y sufrido. Cuando él se desvía o procede de un modo torcido son responsables sus directores. Las desviaciones las hace el ingeniero. Cuando los soldados de un cuerpo se desertan o no son decentes, écheme acá, digo yo entonces, al jefe y a los oficiales. Ahí está la llave del secreto.

Orientación política

Aventuré una pregunta muy osada.

- ¿Se considera Usted socialista?
- No soy socialista ni puedo serlo, no confunda Ud. mis ideas, por si acaso. Yo me siento ser socialista profundo, pero no lo soy en el sentido grosero de la repartición del oro, que la civilización, el decoro y hasta la virtud tal vez, demandan que se acumuleen sitios determinados, como en el Planeta para su vida y desarrollo las aguas de los mares, pero sí, lo soy para la distribución de una infinidad de bienes, que le son usurpados o negados a los pueblos, por los que, no se sabe con qué títulos, después de explotarlos los desprecian.

Su respuesta no me toma por sorpresa. La palabra socialismo, con todos sus matices e intencionalidades variadas es, quizás, la

*palabra que más escucho en mi tiempo;
pero en el suyo, mi General, esta forma de
pensar resultaría muy novedosa...*

Batallando en la Guerra de los Diez Años

– Ahora, si no tiene inconveniente, me gustaría volver sobre los diez años de guerra que entre 1869 y 1878 sostuvieron los cubanos contra España. Además de las motivaciones ideopolíticas y de carácter social, Usted estuvo animado de un ideal antillano que fue acrecentándose a medida que maduró más como revolucionario.

Llamo la Patria, Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico... enamorado del ideal cubano que lo es antillano, me he entregado todo entero a amarlo y

defenderlo, sacrificando todo cuanto los hombres bien nacidos podemos disfrutar de dulce y consolador: la familia y el hogar.

Yo noto, leyendo la historia de ambos pueblos, desde la época de la bárbara conquista, que entre Cuba y Santo Domingo, más que con las demás hermanas de las Antillas, existe una cadena de unión, cuyo primer eslabón se encargaron los españoles de fabricar con la sangre de Hatuey. El estrecho Canal de los Vientos no es suficiente para desligar a dos pueblos hermanos por la sangre y por idénticas desgracias y dolores.

Durante 10 años los cubanos protagonizaron páginas de gloria y heroísmo, a pesar de todos los factores

de desunión que fueron minando el campo insurrecto, hasta “dejar caer la espada ante el enemigo”. ¿Qué hecho le gustaría recordar con especial atención?

- (...) los escombros humeantes de la heroica Bayamo. A Bayamo seguramente reservará la Historia una página tan honorable como gloriosa. Aquel pueblo no se reservó nada: todo, absolutamente todo lo ofrendó a la Revolución. Sin distinciones de clases ni categorías, la población en masa, sin quejas y sin esfuerzos, más bien con altanero orgullo y satisfacción extraña y digna a la vez, abandona el campo al enemigo poniendo fuego a sus hogares.
- En esa Guerra Grande tuvo dificultades con los personajes civiles de la Revolución, quienes le señalaban ser

desobediente y rudo con sus superiores políticos. El día 8 de junio de 1872 fue depuesto, por el presidente Céspedes, de su cargo al mando de la llamada División de Cuba, a consecuencia de un incidente que fue calificado de irrespetuoso.

Incidentes con Céspedes y con la Cámara

- Le propuse un plan (a Céspedes) que consistía en poner a mis órdenes las fuerzas de Holguín, Bayamo y Tunas, formar de entre ellas un núcleo escogido y operar con rapidez, en columna hasta llegar a darme la mano con el general Agramonte, que previamente avisado, debía tener concentradas sus fuerzas; y, unidos los dos, presentar combates a las fuerzas

españolas. Este plan fue acogido con entusiasmo ... Algún tiempo después, acampado con cuatrocientos hombres, bien armados, muy tranquilo, en unión del Gobierno, noto al siguiente día, con inexplicable sorpresa que, por orden del Secretario de la Guerra, se reúnen las tropas y se les lee la orden de mi destitución.

Fundábase aquella en un acto de desobediencia de mi parte, por el hecho de no haber provisto del número de asistentes que se me había pedido a la comitiva del Gobierno. Yo quedé aturdido con aquel inesperado acontecimiento.

¿Hubiera Céspedes, por causa tan nimia, rebajado su grandeza, despojando del mando y prestigio a

uno de sus generales más antiguos? No. Voy a explicar lo que yo también me expliqué más tarde. Hombres intrigantes y miedosos, unos, desafectos a mí, quién sabe por qué, otros, pusieron en el ánimo de Céspedes la duda o la creencia de que el movimiento iniciado, tan estupendo lo consideraban, llevaba en sí miras ambiciosas, de malos fines ... puesto que en ese plan solicitaba darme la mano con Agramonte (su desafecto personal), y una vez unido con aquel, y al frente de un ejército triunfante, claro está que sería proclamado Jefe Militar de la Revolución ... Es preciso convenir en que la invectiva se prestaba a crédito, máxime cuando yo, sin que jamás cruzara por mi pensamiento ayudar a idea de tal índole, hablaba con cándida

franqueza de la candidatura de Agramonte como el futuro gobernante de Cuba. He aquí la causa secreta de mi deposición.

El General mueve su cabeza con duda y pesar.

- Este paso me ha traído el desengaño ...
- ¿Y con relación al incidente, en 1874, con la Cámara de Representantes, que le reprochaba ventilar en público sus disposiciones?
- No negaré que debido a mi natural carácter quizás con palabras poco más o menos duras habré podido censurar disposiciones de la Cámara pero nunca (y esto no puede ser) despreciaré las instituciones del país ... que yo defiendo ... Esto sería un absurdo.

- Pero, Usted tuvo más desventuras con la Cámara, ¿verdad?
- Para ningún General se desplegaba tanta vigilancia para sus actos, y se comentaba y se censuraba cualquiera procedimiento, en la esfera de sus atribuciones, como se hacía conmigo, bastando para ello que aquel fuese revestido de entera rectitud.

Para ningún otro –ni aún para Vicente García– sino para mí, tuvo la Cámara un “voto de censura”, un día después de haber ganado una batalla y solamente por haber discutido con un Diputado, en privado y con calor lo deficiente a mi juicio, de la ordenanza militar.

Y cuando un día, con poca meditación me nombró la Cámara General en Jefe del Ejército, cuyo cargo renuncié

incontinenti, porque no me gusta representar papelones; un amigo pensador me dijo al oído: “¿Le han nombrado a usted General en Jefe? Pues la cosa aprieta”. Tal era la opinión.

Sin embargo, yo jamás me sentí mortificado, ni mucho menos por esas dudas. Yo me había reunido con todos aquellos hombres para ayudarles gratuitamente a defender su causa y no me hubiera parecido digno, rebajando la suma de méritos contraídos, ocupar ningún puesto en la República de Cuba, que no fuera conquistado por mis propias hazañas y por la fuerza de la opinión.

- Con la perspectiva serena que concede el distanciamiento de los hechos en el tiempo, ¿qué opinión tiene ahora de la

Cámara y de su responsabilidad histórica por el Zanjón?

- (...) esas instituciones, y así lo entiendo yo, fueron el resultado y la obra del patriotismo más puro y del republicanismo democrático más acabado, en aquellos sublimes momentos de santo entusiasmo de un pueblo, que más parece que contaba para triunfar con la conciencia de sus derechos y lo notorio de sus cadenas y sus dolores que con la fuerza de los cañones. (...) aquellos patriotas de los 10 años, no hicieron más que precipitar con su proceder un suceso que venía preparándose lentamente, a la sombra de instituciones demasiado débiles para gobernar a los pueblos cuando se les arma para la guerra.

Y hay que tener en cuenta, que el que así se expresa, el que así habla sin rencor ni pena, fue la víctima más frecuente de la desconfianza siempre notoria de la mayor parte de los miembros que componían el respetable cuerpo de la Cámara atribuyéndome tendencias dictatoriales.

- Entonces, General, podríamos decir que estas contradicciones, más que de formas, lo fueron de concepciones. ¿Cree Usted que la supremacía del civilismo le hizo bien o le hizo daño a la Revolución?
- Pienso que los hombres que componen el actual gobierno de Cuba (me refiero por supuesto a aquellos años), no están a la altura de la Revolución y con ellos no podría nunca triunfar esta, pues

mata las aspiraciones del ejército y carecen absolutamente de tacto para desenvolverse hasta en las cuestiones de poca cantidad...

La evocación del pasado trae al viejo militar al tiempo presente, y habla como si los sucesos hubieran ocurrido ayer mismo:

– Por desgracia el Cuerpo de Representantes del Pueblo de Cuba está hoy compuesto de hombres en su mayor parte que no están a la altura de puestos tan importantes y se ocupan de pequeñeces que rebajan su dignidad y muchas veces se dejan dominar de miras personales...

Una profunda arruga le surca la frente, y la mirada se le vela de recuerdos dolorosos:

– El haberse disgustado el General

Agramonte y Céspedes, fue un bien para la Revolución en Camagüey y por lo tanto para Agramonte mismo pues él alejó el Gobierno de él y eso fue lo mejor... (...) solo él, sin ser molestado por los poderes civiles supremos, de Gobierno y Cámara, pudo hacer efectiva la disciplina.

La mayor parte de estos hombres leídos, como decimos los montunos, han venido a la guerra, pero no traen la Revolución dentro y la guerra en el brazo y la canana ... Un buen negocio, sumar simpatías; eso que se diga, “fulano es persona culta” y mientras tanto, esa cultura da al traste con muchos intereses de la Patria, y, ¡infeliz de mí! yo soy el que aparece siempre como el hombre brusco, brutal, el Coco.

Severidad con los subalternos

- Perdóneme la osadía, General, pero, ¿no era Usted así, muy severo con sus subalternos?
- El que gobierna y manda debe tener mucho cuidado de no cometer ningún acto de debilidad que menoscabe en sus manos la cantidad de poder que se le ha confiado; tampoco debe ejecutar actos arbitrarios, pero en último caso, y en determinadas circunstancias, como por ejemplo, por las que atraviesa hoy la guerra de Cuba, es preferible un jefe arbitrario que débil o falto de carácter.

Frente al General Vicente García

- Uno de los personajes más controvertidos del escenario de la Guerra Grande fue, sin dudas, el

General Vicente García. Conocido como el León de Tunas por su bravura en el combate es, a su vez, el protagonista de dos sediciones militares, una, en 1875; la otra, en 1877, cuando ya el General Martínez Campos se encontraba en Cuba ofertando su propuesta de “paz y olvido de lo pasado. Hábleme de Vicente García.

El General Vicente García, según los informes suministrados por el mismo Gobierno, se ha puesto al frente de un movimiento bien extraño, pues su programa es, disolución de la Cámara y establecimiento de un nuevo Gobierno bajo una forma militar.

Yo no veo las ventajas de estas reformas, antes por el contrario, como todas las reformas por buenas que sean siempre

al ponerlas en plantas se sufre algún trastorno – así sea sustituyendo, lo más bueno a lo más malo.

Creo pues muy inconveniente, y mucho más en las actuales circunstancias en que invadidas Las Villas, debía más que nunca operarse en todas partes, la unidad de elementos y de ideas, para consolidar y afianzar, el paso que ha dado la revolución. Así pues, lo dudo, pero lo deseo, que aquel General salga bien en su empresa en la que yo me propongo no tomar absolutamente parte alguna.

- Pero al final Usted sí tomó parte en el asunto, ya que le ofreció al Gobierno sus servicios para entrevistarse con el General García y hacerle desistir del movimiento.

– ... mis deseos siempre serán ayudar en todo a los cubanos y aunque ajeno a la política, me le he ofrecido para tratar, como comisionado oficioso para tratar con el General Vicente García la manera de cómo se puede arreglar mejor el asunto –y pongo inmediatamente correo a aquel Jefe, citándole a una conferencia, que él acepta gustoso.

– ¿Cómo transcurrió la entrevista?

– ... por más que él se oponía conseguí al fin que fuese pública y que todos los que allí se encontraban pudieran discutir y tomar parte en el asunto.

Yo el primero, senté la proposición de que debían someterse al Gobierno constituido, cualquiera que fuese el hombre que ocupase la Presidencia...

Sanguily estuvo muy elocuente y por último manifestando el General García que por dignidad habiendo desconocido a Cisneros y como él había hecho su renuncia y no podía reconocerlo, que cualquiera que viniese al poder estaría todo arreglado. Así pues se convino y como yo pienso que desde que la Cámara entendió en el asunto mató la administración Cisneros y se suicidó ella misma, preciso es que venga pronto un nuevo orden de cosas, pues con una administración enferma y una Cámara sin prestigio, vive el pueblo en el desgobierno y el Ejército está expuesto a desaparecer.

Estos son los acontecimientos en torno a la sedición de Lagunas de Varona, que así, con ese nombre, ha pasado a la

posteridad. ¿Qué juicio se formó del General Vicente García?

No sé qué diga de la conducta del General V. García, creo que se ha dejado dominar de resentimientos particulares con Cisneros; puede que este paso marchite sus laureles hasta ahora puros, pues como la política con su venenoso hábito todo lo infecta y corrompe. ¿Quién sabe? (...) Ojalá quiera Dios que el General García algún día no traiga a su país algún trastorno más trascendental que los de la “Laguna de Varona”.

- Lo que Usted vaticinó, se cumplió; apenas dos años más tarde y ya está el General García en las mismas, con la sedición de Santa Rita...
- ... estudiando la cuestión bien a fondo

hay en el General García la marcada tendencia de entorpecer cualquiera orden que dimanase de cualquier Gobierno; así sucedió cuando Céspedes, así cuando Cisneros y así ahora...

No queda duda de que el General García está en abierta rebelión con el Gobierno, con las viejas instituciones del país y con todos los hombres más considerados por sus servicios y por su honradez.

Yo busco algo a su lado que me inspire confianza, no veo más que hombres advenedizos y espíritus disolventes.

– ¡Qué pena que un hombre tan valiente, al que su tropa quería, que fue de los primeros conspiradores y de los primeros levantados en armas contra

España, se haya visto envuelto en actos de naturaleza tan despreciable. Esta sedición de Santa Rita, mucho tuvo que ver con que se precipitara el final de la Guerra de los Diez Años. El Zanjón, quisiera que habláramos sobre ese nefando hecho. A su juicio, ¿qué factores políticos y militares condujeron al pacto firmado entre cubanos y españoles, el 10 de febrero de 1878, poniendo fin a diez años de enconada lucha?

Lo que no hubiera querido: el Zanjón

- Tengo dos ventajas para ello; la primera y principal, que estuve en todas partes, porque no me agradó la situación de Jefe Local y con ese motivo conocí la mayor parte de sus hombres; y la segunda que he tenido la fortuna de

conservar mis apuntes desde que principié a conspirar en Bayamo, donde tengo anotados la mayor parte de los acontecimientos más importantes ocurridos allí ...

Con un gesto displicente de la mano se interrumpe. Lentamente se levanta del cómodo butacón, como si el cuerpo y los años, o los amargos recuerdos, le pesaran en demasía. Gómez abandona la estancia por unos minutos, para regresar con una caja repleta de documentos, de la cual extrae algunas viejas libretas. Hojea sus páginas, lee sus notas para refrescar la memoria, y prosigue:

- En octubre 19 de 1868, se dio el grito de levantamiento, y principió la lucha más titánica que registra la historia de América:

Diez años de constantes combates y llenos de miles y miles de peripecias horribles y sangrientas, duró la guerra...

Yo ayudaba con tanto ardor y tal decisión a la conquista de la independencia... que ni un día, ni una vez me sentí siquiera fatigado, mi espíritu, ensanchado siempre por su grandioso y bello ideal vivía mecido en mis sueños de porvenir y de gloria. No me preocupaba más que la ambición de, ayudando a hacer una patria libre, conquistar un nombre glorioso que legar a mis hijos.

Pero tanta sangre vertida y tantos sacrificios consumados fueron inútiles; la muerte de tantos valientes que ví (sic) caer a mi lado fue estéril y el sacrificio

de tantos mártires que ví (sic) sucumbir nada valió para hacer que aquel pueblo, más servil que ignorante, desgraciado, se levantara en masa.

... Este pueblo tal vez no estaba preparado para la lucha i (sic) de ahí las tendencias al abuso de la libertad mal entendida, y de ahí el estado latente de sorda anarquía que se nota desde el fatal suceso de Lagunas de Varona ... Yo como extranjero, me afilié de esta noble causa, que está dejando de serlo porque los hijos de esta misma tierra le amenguan su belleza con su desunión ... Según se nos informa – la emigración cubana en el exterior, sobre todo la que se ha agrupado en los Estados Unidos del Norte, adolece de los mismos defectos i (sic) sus

tendencias son las mismas. Anarquía en todas partes – principios de autoridad i (sic) unidad de acción ninguna...

– Usted se refirió a Lagunas de Varona – **le interrumpo** –, pero también hubo otros sucesos de indisciplinas y otros sediciosos. Tal es el caso de los villareños que lo forzaron a su renuncia al mando de esa región, o la insubordinación de Límbaro Sánchez, en Holguín.

– Mi situación era completamente falsa, como es fácil comprender pues desde el momento que me vi obligado a tomar ciertas medidas que llevaban el sello de la presión de los acontecimientos, se perdió el orden y la disciplina.

Se concluye el año (1877), uno de los más funestos para la Revolución de

Cuba – pues además de la terrible campaña que sostiene el General Martínez Campos, con sus grandes recursos de hombres y dinero, los cubanos divididos en desacuerdos han impreso su sello de debilidad y decadencia a la Revolución que será muy difícil encarrilarla por una vía segura a su triunfo.– Yo, por mi parte debo creer que he concluido ya de representar mi papel en este sangriento drama, pues despreciado y adherido, por decirlo así por los cubanos, desde los acontecimientos de Las Villas y últimamente por los de Holguín, debo para no aparecer temerario y ambicioso abandonar una causa, que tantos desengaños y amarguras me ha traído. Así pues deber mío es salir del país, empleando los medios que no lastimen

mi honor –para ir a buscar a otro país, un rincón donde tranquilo pueda acabar mis días...

Éramos un puñado porque nos dejaron solos: los que no se quedaron a los pies de su señor huyeron al extranjero y una revolución tan hermosa que llamó la atención del mundo entero, por lo grande y sublime de sus principios y por su larga duración en la lucha, vivió agonizando, al fin murió, y se enterró su cadáver en el tratado del Zanjón.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos conocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis

esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás el Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se encontró allí en el período de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desinteresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar el principio de autoridad para que fuera una realidad la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las Revoluciones.

- Sin embargo, Usted fue acusado por algunos de sus contemporáneos, sobre todo de la emigración, de haber sugerido que se firmase el convenio del Zanjón. ¿Brindó tal tipo de consejo a los hombres de la Revolución en aquel momento en que, como Usted dice, se estaba perdiendo el “patriotismo puro y desinteresado”?

El Viejo mueve la cabeza de un lado a otro como quien espanta fantasmas del pasado y me asegura:

- A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de

lograr la unificación de nuestros elementos disgregados, y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe del Ejército enemigo y el gobierno general de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de los menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La revolución no sufría en aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal, se hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas

vivas; esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3 000 hombres armados, batalladores de 10 años, hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea que fue acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fue derecho a parar a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues era para pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

Este fatal suceso llenó mi corazón de

pesar y dejó mi alma tristemente abatida.

Gómez cierra los ojos un momento, una profunda arruga de pesar le surca la frente. Después se recobra; y continúa:

– En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y de mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria; era encontrarme parado ante un presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan obscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha a que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¿Qué hacer pues, en

situación tan apurada y difícil?

- ¿Y cuál fue la solución que halló para tan difícil trance?
- La Isla de Jamaica, colonia inglesa me dio hospitalidad, pero fui como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aquella tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Colón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperado largos años, que le diéramos la patria libre – **noto cierta fina ironía en su voz** – se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo. No contento el destino con mi precaria situación

quiso agregar un nuevo suplicio a mi infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos y agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

Y con algo de encono en la voz, me dice:

– Hemos sido calumniados por muchos de aquellos a quienes hemos estado dando un ejemplo durante diez años que no se atrevieron a imitar...

En aquella miseria y orfandad abrumadora trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a

fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con más justicia y menor pasión.

Me fue preciso escribir un folleto, relatando los hechos y cuál fue mi conducta en aquel desgraciado asunto, y la opinión entonces se volvió favorable.

Una sabrosa anécdota con el General Martínez Campos

- ¿Me está diciendo que se marchó de Cuba sin dinero, sin recursos de cualquier género que fuesen, sin la promesa de un destino seguro? Muchos jefes de esa guerra no hicieron ascos a recibir una compensación monetaria

por parte del Jefe del Ejército español. Martínez Campos se entrevistó con Usted antes de que abandonara la Isla y marcharse al exilio: ¿no le ofreció dinero, como hizo con otros jefes de la Revolución?

- Le expliqué a Martínez Campos que mi entrevista era sólo (sic) para, de acuerdo con la capitulación, pedirle un barco, que me llevara a Jamaica, donde estaba mi familia. Campos me contestó: ¿Cómo? Usted no debe, no puede irse; yo necesito hombres como usted para la obra de reconstrucción del país y consolidar la paz.

Le contesté que terminada la guerra, nada me quedaba ya por hacer en Cuba. Entonces Martínez Campos indicó que podía y deseaba ofrecerme

auxilios pecuniarios.

No es posible, dijo, que vaya usted a su país con esa ropa miserable.

No acepté su oferta y Campos continuó:
– Yo le puedo prestar la cantidad que necesite y luego me la pagará usted cuando quiera y pueda.

Me puse de pie entonces, para decirle:

General, no cambio yo por dinero estos andrajos que constituyen mi riqueza y son mi orgullo; soy un caído, pero sé respetar el puesto que ocupé en esta Revolución, y le explicaré. No puedo aceptar su ofrecimiento, porque sólo se recibe, sin deshonor, dinero de los parientes o de los amigos íntimos, y entre nosotros, General, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y, por la otra

parte, es ésta la primera vez que tengo el honor de hablarle.

Me quedo pensativa unos instantes para trasladarme a mi presente, un presente con tanta ausencia de valores morales e integridad, que muy pocos entenderían esta honrada postura del Generalísimo. ¡Ay!, si mis alumnos llegaran a incorporar en sus cartas de navegación por la vida, estos derroteros de decencia y rectitud; pero en su época de avances tecnológicos, de modernidad y , por supuesto, de tamaño permisividad para todo, ni siquiera saben que existen tales bienes éticos. Me recobro prontamente, y le comento:

- Usted tenía guardado en la polaina un pañuelo, si pañuelo se podía llamar aquello y el General Martínez Campos, cuando le vio usarlo, se lo pidió para

guardarlo de recuerdo, ¿qué le respondió Usted?

El viejo Gómez se echó a reír regocijado por el recuerdo de su aguda y rápida respuesta:

- Con gusto se lo doy, y, no obstante ser tan poco, es mucho porque no tengo otro.
- Conmueve pensar que muchos emigrados lo acusaban de haber recibido dinero del gobierno español antes de su salida para el destierro, cuando Usted se marchaba siendo poco menos que un pobre de solemnidad. Hablemos ahora de ese período de 17 años, el interregno entre el fin de la Guerra Grande y el inicio de la de 1895.
- No quise quedar yo en Cuba; no era decoroso para mí vivir en paz bajo la

bandera que había combatido, y tomé el camino del destierro con los harapos de la pobreza más absoluta y mi mujer y tres niños, contando Francisco tres años próximamente. Caímos como náufragos en una tierra desconocida para nosotros, y era “nada menos” que Jamaica, colonia inglesa. Los que conocen aquello, sabrán entender lo que quiere decir “nada menos”. Como Dios está siempre detrás de los hombres para castigarlos o premiarlos, sólo a él debo que mis hijos no se murieran de hambre. Vivimos un tiempo allí; después me recogió Honduras; después, volvimos a Jamaica, y finalmente fui a plantar mi tienda a Santo Domingo. De tumbo en tumbo, allí, a mi tierra, fui a parar, después de rodar un poco – sin éxito puedo decir – pero eso sí, sin

descuidar nunca la educación de mis hijos. Ya éramos nueve: siete hijos, el mayor de los varones Francisco...

Con orgullo, y cierta nostalgia también, me confiesa:

- La virtud de los libertadores, está ostensiblemente manifestada en que ninguno, después de acabar con una guerra que casi parece nos enseñaba a ser bandidos, adoptamos la vida ni siquiera de holgazanes o desocupados, antes por el contrario, para curarnos de la miseria, para despojarnos de los andrajos con que aquella gran lucha nos dejó condecorados; nos fuimos unos, a inclinar la frente sobre la tierra cultivándola; otros, al taller de la industria y algunos a continuar sus estudios cultivando sus letras.

Su posición ante la Guerra Chiquita

- ¿Por qué no quiso Usted prestar su concurso a la llamada Guerra Chiquita, cuando el General Calixto García Iñíguez le pidió que los acompañara a intentar levantar nuevamente el impulso revolucionario en la Isla?
- Creo que será del caso repetir a Ud. las palabras que mucho tiempo ha, dirigí al general Iñíguez, cuando desde esa ciudad me llamara para que lo acompañase a una intentona. Le dije,
-“siempre estoy y estaré dispuesto como el primero a ocupar mi puesto, lleno mi corazón del mismo ardor y el mismo entusiasmo, pero permítame decirle, que a mi juicio, el movimiento que Ud. intenta es prematuro, no ha sonado la hora y es muy posible que

Ud. en vez de alcanzar una victoria, recoja un fracaso”.

Sigue trabajando por la independencia de Cuba

- Sin embargo, para el año 1884 Usted se halla preparando un plan para reanudar la lucha en Cuba, que algunos historiadores reconocen como el Plan Gómez – Maceo y otros, como el Plan de San Pedro Sula. A su juicio, ¿ya existían las condiciones suficientes para lanzarse a la guerra?

El Viejo revisa entre sus papeles hasta encontrar lo que busca:

- Enero 1884. Recibo aviso de los Centros Revolucionarios cubanos que se preparan nuevamente a levantar en aquella Isla al grito de independencia,

invitándome para que tome parte activa en aquella revolución gloriosa.

Contesto, que dispuesto siempre a cumplir mi palabra empeñada cuentan conmigo cuando sea llegada la hora.

Pasa una hoja, y otra:

– El día 18 (septiembre) con mis compañeros i (sic) a las ocho de la noche llegamos a *Key West* – donde existe el mejor de los centros de emigración de cubanos.

He recibido muy cortés y cariñosa acogida de todos i (sic) he logrado organizar los trabajos de conspiración con el fin de levantar fondos– Un Club general con el nombre de “Sociedad de Beneficencia Cubana de Cayo Hueso” – con carácter público i (sic) un Club

Secreto compuesto de los hombres más pudientes y caracterizados.

Después de esto he pasado momentos muy agradables en diferentes reuniones particulares, donde en todas ellas he tratado de levantar el espíritu revolucionario ‘ i (sic) en vista de la actitud que yo he tomado, todos han ofrecido ayudarme con sus recursos.

– En Nueva York no le fue tan bien...

Me interrumpe:

– He sufrido aquí en Nueva York lo que no me esperaba, pues donde más acogida han tenido las ideas, no revolucionarias; pues esas deben estar en la mente de todo cubano: pero sí las de guerra, han sido en Cayo Hueso.

Mi decepción ha sido tristísima porque

sólo los cubanos pobres son los dispuestos al sacrificio.

- Creo recordar, General, que Usted despachó al General Crombet y al Doctor Hernández a París; a Antonio Maceo a México; a Colombia destinó a Rogelio Castillo; y para Cuba salieron: hacia Occidente, Cirilo Pouble, y Salvador Cisneros, para Camagüey. ¿Cuál fue el resultado de esas gestiones?
- Todos nos han dado la espalda... Hasta los que antes parecían más dispuestos.

Me mira por encima de sus espejuelos de cristales esféricos montados en una armadura de oro; reitera enfáticamente:

- Sólo los cubanos pobres son los dispuestos al sacrificio. A los más pudientes les he pasado notas secretas

para que afronten recursos y de más de 20 a quienes he interrogado, uno sólo contestó con 50 pesos; i (sic.) dos, que no podían dar nada. El resto ha guardado silencio.

Nos vemos en la triste necesidad de empeñar nuestras prendas – la situación que se presenta es triste y difícil.

El choque de dos grandes corazones: discrepancia con José Martí

- Agregaré a esto que no (faltó) alguien, como José Martí, que le tenga miedo a la dictadura, i (sic) que cuando más dispuesto lo creía se retiró de mi lado furioso según carta suya insultante, que conservo; porque no dejándole yo, inmiscuirse en los asuntos del plan

general de la revolución, a cargo mío en estos momentos, y deseando enseñarle su papel, se ha creído que yo pretendo ser un dictador i (sic) dando a este frívolo pretexto, la gravedad que jamás en sí puede tener se ha alejado de mi lado vertiendo especies que no creo favorezcan a las cosas i (sic) a los hombres.

-. Sé que se sintió muy dolido...

Con un gesto imperioso de su mano me impide continuar:

- Al leerla he sentido un dolor profundísimo en mi corazón. Como se ve, este hombre me insulta de un modo inconsiderado y, si se pudiera saber el grado de simpatía que sentí por él, sólo así se podrá tener idea de lo sensible que me ha sido leer sus conceptos...

- Con todo respeto, mi General, discrepo de Usted en cuanto a que Martí le dirigió una carta insultante, la del 20 de octubre de 1884, para separarse del proyecto que ustedes estaban tratando de llevar a la práctica. Ya volveremos a hablar de José Martí. Ahora retomemos el plan militar que trató de cumplimentar entre los años 1884 y 1886. Ustedes firman el acta de Turk Island, el 31 de mayo, y de esa manera se pone fin a lo que la historiografía cubana más convencional ha dado en llamar el Plan Gómez – Maceo. ¿Por qué fracasó este proyecto revolucionario?
- Llega el Brigadier Rafael Rodríguez procedente de Cayo Hueso que viene de exprofeso a hablar conmigo y me

expone lo difícil de su situación para conseguir recursos suficientes para armar su contingente, pues el incendio de Cayo Hueso ha matado allí el espíritu revolucionario entre los cubanos. Me confirma lo expresado, la exposición que de allí me remiten, según la cual debemos aplazar el movimiento de invasión a Cuba; pues todos temen el fracaso en vista de la pobreza de nuestros recursos y de los medios de que podemos disponer.

El mismo desaliento sufren los pueblos de la Isla de Cuba, con especialidad los de Occidente, a donde debía dirigirse el Brigadier Rodríguez y de los que fundábamos esperanzas, que sería apoyada eficazmente por ellos.

Después que hemos hablado

detenidamente sobre el asunto y pesado los inconvenientes, y conocida la verdadera situación – resolvimos suspender el movimiento, salvo la opinión de los demás Generales; y levantando un acta en la que se expresan las razones de tal resolución, la firmamos yo y él para presentarla a los demás.

- Transcurren 17 años entre el fin de la Guerra Grande y el inicio nuevamente de la Revolución, en febrero de 1895. ¿La corriente política autonomista, que prosperó durante este período, tuvo responsabilidad en este “desaliento” que Usted menciona?
- Húmeda aún la tierra cubana con la sangre derramada en los combates por su independencia, nació un Partido que

se llamó Autonomista, y tomó fuerza la vieja opinión de una soñada y torpe anexión a los Yankees. Se volvió Cuba un caos, o mejor dicho el país de la confusión política. Proclamando los autonomistas nuevos principios e ideas, bajo el sistema de una soñada y poco decorosa autonomía, después del heroico batallar, se dividió por completo la opinión de los hombres prominentes que podían y eran los llamados a conducir a Cuba a su independencia, afianzando más España con este criminal desacuerdo, que ella procuraba alentar por todos los medios, su funesta dominación en Cuba, que, como era consiguiente, dado ese estado de cosas, cada un día que pasaba, se mermaba en riqueza material y la inmoralidad y el desconcierto cundía

hasta en el seno de las familias.

Desertores en su mayor parte de las filas separatistas, eran los hombres que dirigían a este partido, que declarado dentro de la legalidad, entró en campaña con la palabra hablada y escrita por armas, bien débiles por cierto, para un pueblo hacerse grande y libre derrocando el poder que le oprime. Precisamente eso le convenía a España, y entraba en su interés alentar la efímera vida de esa agrupación política con promesas de reforma que jamás tuvo la intención de cumplir. Se le concedió al cabo – hasta ahí llegó la malicia de España y la candidez de los cubanos – enviar diputados a Cortes, a representar el ridículo, sin obtener ninguna reforma que pudiera mejorar

la deplorable condición de la Colonia.

Algunos años se pasaron en ese estado de ansiedad, especialmente para los verdaderos amantes de la independencia de la patria, pues no nos era posible iniciar ninguna tentativa revolucionaria en ese sentido y con probabilidades de buen éxito. La pobreza de nuestros recursos, y la bandera enarbolada por esos hombres, que llegaron a desviar la opinión del pueblo que acogió de buena fe por librarse de los horrores de la guerra, todo eso era más que suficiente, para hacer dudar hasta los más esforzados, de promover un alzamiento en la isla.

- La lectura de algunos fragmentos de su Diario y de otros papeles, cartas, me ha dejado claro que el problema de la

Revolución, en este período de Tregua Fecunda, no podía ser enfocado solamente como un asunto militar, en el sentido de allegar recursos y hombres con que emprender un nuevo movimiento insurreccional. Hacía falta algo más. Pese a que Martí, según Usted, discrepaba del modo en que se conducía el plan de 1884, en lo sustancial, es decir, en el fin y el sentido que debía tener la Revolución cubana, ustedes coincidían. Me gustaría que buscara la carta que, en respuesta a una de Martí, Usted le envió desde San Pedro Sula, el 8 de octubre de 1882, dos años antes de estos sucesos y aun sin conocerse personalmente.

Gracias a Dios que el General ha sido prolijo en guardar, y ordenar, toda su

papelería. Unos minutos apenas de búsqueda y ya tiene entre sus manos la carta, y puede leer:

- Es tristísimo, pero es necesario dejar que aquel pueblo que se cansó en la larga lucha que terminó en el Zanjón, sufra de nuevo los ultrajes con que España castigará su debilidad o su ceguera, entonces verá Ud. que, amalgamados el viejo elemento con el nuevo, tendremos madurado el momento del alzamiento menos costoso y más seguro. Mientras tanto preparémoslo todo con calma, sin alarde de ningún género y sobre todo tratemos de conservar nuestro prestigio para que podamos contar con la confianza de aquellos hombres que en su desesperación pueden echarse en brazos de cualquiera

Ahora bien, Sr. Martí, no sé si la hora ha sonado ya, mejor creo que se aproxima, pero precisamente para eso es que necesitamos mucha cordura, para ni detener ni precipitar los acontecimientos.

No sé la clase de trabajos que Uds. tengan elaborados, o en la forma en que los han organizado, y es precisamente, – lo que si es posible –, deseara saber para entonces darle mi humilde opinión.

Por lo demás, sépalo Ud. y sépanlo también los buenos y malos patriotas, que siempre estaré dispuesto a ocupar el puesto que se me señale la revolución bien organizada.

- En el conflicto de octubre de 1884 hubo mucho apasionamiento, malentendidos, intrigas de algunos maliciosos, y choque

de dos temperamentos y personalidades “duras como el mármol, pero con alma de beso”. Estoy citando – le aclaro –, General, el juicio de Martí sobre otros dos patricios, pero que le viene muy bien a Ustedes dos. A pesar de la ruptura que se produce entre Martí y Usted, y del aparente distanciamiento que mantienen, Usted sigue atento a los trabajos revolucionarios que está realizando Martí. En cartas a Francisco Carrillo vierte opiniones muy valiosas sobre Martí, aunque todavía se le nota que continua molesto.

El General asiente y rememora algunos párrafos de su epistolario a Carrillo sacado de la caja donde los guarda:

- Es necesario que se ocupe con ahínco de explorar la opinión de Martí y Tomás

Estrada. A todos aquí nos ha llamado la atención, sobre todo del segundo, que ahora se meta en reuniones que no tengan un fin serio y positivo. Yo conozco a Tomasito y tengo formada de él buena opinión, y lo mismo de Martí, como hombres honrados y de orden, aunque descorazonados en política – pues por ocuparse de los hombres más que de los principios, han dejado de ser los prohombres de la revolución pudiendo haberlo sido en escala mayor. Nos han dado a nosotros los Jefes, – sobre todo, Martí a Maceo – una importancia que estamos muy lejos de tener con poderío y fuerza para trastornarlo todo y hacerse verdadero Capitán de la revolución de Cuba, de un pueblo ilustrado y rico. Cogen miedo a todo eso, porque se olvidan

que en las efervescencias revolucionarias cualquiera quídam que porta espada aparece (como) un gran Señor pero después, al cesar la guerra y cuando la opinión y el criterio publico entra a ejercer su natural influjo, aquel cuyas virtudes cívicas no han quedado bien puestas, ¿qué papel representa? No sirvió más que para la guerra y para la guerra no se necesitan sino hombres que peleen.

Si hombres como Tomasito y Martí, junto con Lamadriz, Don Ignacio, Giraudy, Dr. Luis y Párraga y Coroalles se hubieran puesto a nuestro lado, cerrando los ojos, y hasta el corazón a lo malo que vieran y sintieran y sólo con el firme propósito de habernos empujado a Cuba, a cada uno de

nosotros, siquiera con 30 hombres (mi plan), ¿cómo andaría la cosa a estas horas habiendo todos ellos quedándose detrás guardándonos las espaldas?

Se detiene en la lectura para buscar otras misivas:

- Vamos a otra cosa: Me escribe Párraga y me adjunta una larga carta muy bien escrita –como obra de Martí y que nos dirige el Directorio a los Jefes Militares. Todo se reduce en sustancia a que nosotros no intervengamos por ahora en llevar la guerra a Cuba por las pocas posibilidades de éxito cuando allá no nos apoyan, y, dejando para cuando se pueda, la iniciativa a ellos. Piden que nosotros contestemos afirmativamente sobre estos puntos para ellos poder trabajar con calma y decir a los de

dentro que no tengan cuidado, que nosotros no inquietaremos al país...

El asunto merece la pena de ocuparse de él, pues si todo eso venimos a parar que el partido separatista se robustezca, porque todos nos apretemos en sus filas y porque nuevos elementos vengan con nosotros, entonces, marchemos todos juntos, pues eso es lo que Cuba necesita para salvarse. En la carta que a mí se me dirige, se revela el espíritu de independencia, solamente que no se expresa con la bravura y empuje con que Martí sabe decir todas esas cosas...

La ineludible reconciliación con Martí

Antes de proseguir, el General me mira tan profundamente que casi penetra mis pensamientos, y es que quiere descubrir

algún signo de extrañeza por lo que se dispone a confesarme, inclinando su cuerpo hacia mí y velando un poco la voz:

- Sé que Martí es de bríos y de talento, y le soy franco, si él y Sanguily, Manuel, comulgan juntos, con esos dos hombres quiero perderme, pero eso es lo que quiero yo saber bien para después penetrar en sus esperanzas... (Así pensaba yo ya antes de 1892)
- ¿Sabe, Usted, General?, yo estoy convencida de que esa fue siempre la opinión que tuvo formada de Martí. Me complace sobremanera que al referirse a él lo califique de hombre bravo, de bríos y empuje, porque en mi época hay quienes se cuestionan su valor personal, o sus aptitudes como soldado y lo encasillan más como un hombre

político, muy talentoso y universal, en el mejor de los casos. A esa carta que Martí le dirigió el 16 de diciembre de 1887, ¿qué respondió el General Gómez?

El Viejo enarca las cejas asombrado de que yo conozca en sus pormenores asuntos que a él le parecía que podían haber sido olvidados:

- Esto en sustancia – **me responde** – Yo no soy más que lo que puede ser un rústico soldado, defensor leal y entusiasta, de la justa causa de un pueblo noble, valiente y tan cercano – que casi es la misma – a la tierra do se meció mi cuna.
- En el primer contacto personal que tienen después de los sucesos de 1884, por el mes de septiembre de 1892, allá

en Montecristi, donde Usted estaba
residiendo, Martí , que ya ha fundado el
Partido Revolucionario Cubano, el
partido de la unidad, lleva la
encomienda de notificarle que ha sido
electo por los clubes revolucionarios,
para encargarse de la dirección militar
de la revolución: "... a fin de ordenar
con el ejemplo de su abnegación y su
pericia reconocida, la guerra
republicana que el Partido está en la
obligación de preparar, de acuerdo con
la Isla, para la libertad y el bienestar de
todos sus habitantes, y la independenciam
definitiva de las Antillas". Acabo de
citar un párrafo de la carta que Martí
deja como constancia de tal decisión.
¿Aceptó Ud. la jefatura del Ejército
Libertador que se crearía; la autoridad
del PRC, recién fundado; y el proyecto

de estrategia antillana que el Delegado le propuso?

La Jefatura del Ejército Libertador

- Al aceptar, como acepto tan alto destino, puede estar Ud. seguro, que a dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición, y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue. (Mi respuesta fue esa).
- Pero algunos cubanos le criticaron a Usted que hubiera olvidado la supuesta rencilla que debía mantener con Martí, por haberse apartado aquel de su proyecto del año 84, ¿no es cierto? -le

pregunto.

El General toma un tiempo para responderme. Mira a través a de los claros cristales del ventanal, hacia la lejanía, no de un punto geográfico del ciudadano Vedado, sino de un tiempo que le complace traer a esta conversación. Lentamente busca en la papelería. Un amarillento papel viene desde el pasado para atestiguar la grandeza de alma y la madurez política de un hombre que, saltando sobre ridículos rencores personales, reconoce la nobleza de Martí y la sublimidad de la causa que éste defiende:

– Septiembre 11.– Llega aquí, a la “Reforma”, el señor José Martí, delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma Revolución que se

organiza.

Le he ofrecido mi concurso, en todo y para todo lo que se considera útil, prometiendo servir a esa Revolución, con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví en el 68.

Este mismo señor José Martí, hombre inteligente y perseverante, defensor de la libertad de su Patria, fue uno de los que con mayor entusiasmo se puso a mi lado, cuando en el 86 estuve al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí, se disgustó; parece que por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dio la espalda.

Su retirada, contribuyó bastante a acelerar el fracaso que al fin sufrimos,

pues la desconfianza pública fue entonces más patente, quedándose al fin solos y desamparados, los hombres de armas que pensábamos llevar la Revolución a Cuba; y fue, desde luego, inevitable el fracaso.

Muchos cubanos prominentes de nuestro Partido, con aparente razón, temían que ahora, guardando yo algún resentimiento de Martí, por su conducta pasada, negase a la Revolución que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios.

No debe ser así, pues Martí viene a nombre de Cuba, anda predicando los dolores de la Patria, enseña sus cadenas, pide dinero para comprar armas; y solicita compañeros que le ayuden a libertar, y como no hay un motivo, uno

solo, ¿por qué dudar de la honradez política de Martí? Yo, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me he sentido decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la empresa que acomete.

La voz se le quiebra en una nota alta de emotividad antes de poder continuar:

– Así pues, Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

El General se inclina hacia mí y en voz baja me comparte un secreto con la misma desenfadada actitud que un niño travieso:

– Allá va Martí con su cabeza desgreñada, sus pantalones raídos, pero con su

corazón fuerte y entero para amar la independencia de su tierra, por la que yo también me esfuerzo y trabajo.

Se detiene brevemente antes de concluir:

- (...) yo sé ocupar mi puesto, llegada la hora, y debía dejar a Martí que él sin obstáculos ni estorbos realizara la obra estupenda de unificación y concordia de los elementos dispersos de fuera que deben en un momento dado unirse con el elemento sano y dispuesto de dentro para salvar a Cuba.
- Gracias, General. En lo personal, pienso que la mayoría de los hombres que, por naturaleza, son tan rencorosos y no perdonan fácilmente, se sentirán sobrecogidos por la grandeza de aquellos que nos ayudaron a hacer patria, que anteponían a sus sentimientos

personales los intereses de Cuba. Yo no hubiera podido saltar sobre mi resentimiento, ni siquiera por la causa sublime de Cuba. Por eso, como me gusta repetirle a mis alumnos, ustedes figuran en las páginas de los libros de historia como grandes hombres; los demás estaremos ausentes.

Guardo un silencio que el General respeta cordialmente; después continuó hablándole de Martí:

Se forja la amistad con José Martí.

- Además de estos testimonios que Usted nos ha brindado, para mí hay dos hechos que prueban la confianza mutua y la coincidencia política y espiritual que ahora los une. Uno de estos es la redacción y firma conjunta del

Manifiesto de Montecristi que, sin lugar a dudas, contiene la línea que en lo político y en lo organizativo sigue la Revolución, y las ideas antillanistas y latinoamericanistas, que son en esencia antiyanquis, incluidas en esta especie de plataforma programática de la guerra republicana que Martí y Usted están alentando. Permítame recordar ahora las dos cartas que Martí escribe días después de este suceso. La primera la destina a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, en la que les dice: “Del Manifiesto, complacerá a Uds. saber que luego de escrito no ocurrió en él un solo cambio; y que sus ideas envuelven a la vez, aunque provenientes de diversos campos de experiencia, el concepto actual del General Gómez y el del Delegado”. La segunda, a Estrada

Palma: “Del pie que ponemos en ella, le es prenda el Manifiesto que ya va en camino, y que el General suscribió con la Delegación, sin que ella escondiera o recortase un solo pensamiento suyo, ni él hallara una sola idea aventurada o trabadora. Jamás escribí con tanto placer como esa vez”.

Gómez me ha escuchado con atención, asintiendo a cada una de mis palabras.

– El otro hecho significativo para mí es que Usted deja a su amadísimo hijo Panchito junto a Martí, el 21 de abril de 1894, cuando regresa a Santo Domingo después de conferenciar con el Delegado en Nueva York. Se debe confiar mucho en una persona para dejar a un hijo a su cuidado, y poner tantos kilómetros de distancia entre

Usted y Panchito.

- Martí me pide que le deje a mi hijo Pancho; accedo a ello, pues veo que le puede ser útil...

Evoca ahora, no puede evitarlo, al hijo entrañable. Su orgullo de padre no se me oculta:

- Fue Francisco dado al estudio, y aunque mi pobreza no me permitió los medios de ofrecérselas superiores, aprendió, sin embargo, los suficientes para poder vivir entre gentes cultas; conocía bastante bien nuestro idioma, el idioma inglés y un poco de francés, y era muy fuerte en contabilidad. A pesar de ser tan joven, aprovechaba bien su tiempo, pues no era fiestero, y más bien de genio melancólico, demostrando cierto tono de seriedad que algunas veces

contrastaba con su edad. Era inmaculada su pureza, poniendo en manos de su mamá cuanto ganaba y ésta tenía que estar al tanto de lo que le faltaba, pues él sin aficiones al lujo, se conformaba con tan poco, que no se preocupaba de su baúl. Cubano de nacimiento, abandonó cuando niño, sin memoria y sin conocimiento, su tierra; pero a mi lado y al lado de mis amigos políticos, empezó a crecer, oyendo hablar de las cadenas y de los dolores de Cuba; y él cubano de nacimiento, se fue haciendo poco a poco cubano de corazón. Un día le invité para ir a Nueva York, y allá fuimos para ver a José Martí y arregló muchas cosas; abrazó a su Maestro, como llamaba él a aquel coloso de la palabra y el pensamiento, que ya había visto dos

veces en Santo Domingo, y se quedó con Martí y viajaron juntos un tiempo; cuando Francisco volvió al hogar, ya se puede suponer como sería: más hombre y más resuelto.

- Mi General, hay en mi tiempo una corriente historiográfica muy revisionista, que con el pretexto de “respetar la verdad histórica y desmitificar a los falsos libertadores”, trata de restarle crédito histórico a los hombres que nos hicieron la Patria. En lo concierne a Usted, consideran que Martí erró al invitarle a ser el Jefe militar de su guerra; sobre todo, después de haber discrepado de la forma en que Maceo y Usted condujeron el plan de 1884–86. Afirman también que Usted no sentía adhesión alguna por la causa de Cuba;

sólo le importaba su gloria personal.

Me asusta. Su respuesta rápida y cortante no se hizo esperar:

- A mí el primero se me consultó, y yo contesté que no pertenecía más que a Cuba, y que el que no se pusiera al lado de Martí, que se proponía levantar nuevamente nuestra bandera, no sería buen cubano.

No han tenido en cuenta, que aquella Revolución, como todas, tenía que cambiar de aspecto, y que según este fuera tenían que proceder o funcionar los hombres; por lo que a mi juicio sería discutible si muchas veces procede un hecho de un hombre o si otras tal vez nace del hecho el hombre.

- También lo acusan de ser el causante,

indirecto, de la muerte de Martí. A sabiendas de la difícil situación que se presentaba para las armas cubanas en el combate de Dos Ríos, permitió que participara en la acción sin tomar en cuenta su inexperiencia militar. La acusación lleva implícita que Usted sentía celos de Martí y quiso quitarlo de su camino de una forma poco expedita.

La muerte de Martí

El Viejo se levanta iracundo de la silla. A pasos vivos recorre la estancia, hasta que se calma. Toma en sus manos el manuscrito de su Diario de campaña; la lectura tropieza con su enojo: no encuentra allí lo que busca. Al fin comienza a hablar sin apenas hacer pausas en la respiración. La voz aún le tiembla por el disgusto recibido apenas unos minutos atrás.

- A todos, como si la muerte de un hombre que va a la guerra a provocar la muerte, no fuera el hecho más natural del mundo, nos ha impresionado la de Martí. Y es, que parece que no debió haber ocurrido tan prematura y tan sin gloria. A la verdad que yo estaría más acongojado si me hubiera, como jefe, descuidado de evitarla, pero fue todo lo contrario. Y lo explicaré. Primero, en Monte Cristi, sostuvimos una lucha yo y Paquito, para hacer desistir a Martí de su venida a Cuba, debiendo correr a Nueva York, para que aprovechando él afuera nuestro empuje de dentro se sacara gran provecho. Martí al fin vencido por mis razones, ve claro en el asunto y se resuelve a quedarse. Desgraciadamente había que esperar

vapor, pues no lo había en puerto, y dos o tres días después de ya cerrada la maleta, nos llega la correspondencia y periódicos de Nueva York. “Mire, general –me dice Martí muy impresionado, alargándome el periódico Patria. Se anunciaba sin datos ni premeditación “que ya Martí había pisado las playas de Cuba” “Después de esto general, yo no puedo presentarme en Nueva York” –añadió él– Inútil es decirle lo inútil que fueron mis observaciones para convencerlo de nuevo. Bien (conoce) Ud. la tenacidad de carácter de Martí, y lo dejé libre en su voluntad y nos lanzamos a la mar. Lo que nosotros sufrimos desde el día 1ro. de abril, que abandonamos mi hogar querido, hasta el 19 de mayo en que su muerte nos

separó, no es para ser referido ahora.

– ¿Cómo se produce el enfrentamiento con las tropas de Sandoval aquel 19 de mayo?

– Aquel día oímos los fuegos a distancia de más de media legua de nuestro campamento, y cuando yo acudo, con la gente que tenía, a salirle al encuentro, Martí marchaba a mi lado. “Hágase Ud. atrás, Martí, no es ahora este su puesto”, le ordené yo, lo oyeron varios. Él detiene, es verdad, un tanto su caballo, pero yo con toda mi atención al enemigo no miré más a Martí, en la brusca acometida que se le dio aquel día al enemigo.

Un soldado que en su caballo herido se retiraba por el flanco opuesto con el grueso de la fuerza, me avisa que Martí

había caído por allí. Solo ya, pues la gente no me seguía, me lanzo sobre las líneas enemigas, pero era tarde, el enemigo marchaba en columna cerrada, y Martí, cadáver, estaba en su poder. En esta situación pudimos reorganizar un poco algunos grupos y fuimos a la carga; se defienden los españoles formando cuadros no fáciles de romper con gente bisoña toda y así emprende la retirada con carácter de derrota, dejando en nuestro poder dos prisioneros armados y 10 cadáveres, entre estos el de un oficial. Por más que traté de cortarles la retirada, mientras organicé y dimos un gran rodeo, cuando llegamos al lugar a propósito para batirlo, ya Sandoval, que temía la persecución, había pasado. De allí el terreno no era adecuado para

maniobrar con caballería, única arma, y no fogueada, de que yo podía disponer en aquellos instantes.

He aquí a largos rasgos las principales peripecias que ocurrieron a la muerte de Martí ...

Después, ¡ah! después, marché solo, enfermo del cuerpo y del alma... perseguido por tres mil hombres, atacado de fiebres catarrales con una úlcera terrible en una pierna y azotado, durante 15 días por una primavera furiosa.

- ¿Lo afectó mucho la muerte de José Martí?
- Esta pérdida sensible del amigo, del compañero y del patriota; la flojera y poco brío de la gente, todo eso abrumó

mi espíritu a tal término...

¡Qué guerra esta! Pensaba yo por la noche; que al lado de un instante de ligero placer, aparece otro de amarguísimo dolor. Ya nos falta el mejor de los compañeros y el alma podemos decir del levantamiento...

El Viejo toma asiento nuevamente e inclina la cabeza sobre el pecho sumido en tristísimos recuerdos. Respeto su silencio. Las manos le tiemblan un poco y me doy cuenta de que es presa de una viva emoción. Al cabo de un instante que parece eterno, levanta la mirada y con un leve gesto de la cabeza me indica que puedo proseguir.

– Después de haber conocido íntimamente a Martí, ahora que ha muerto, ¿cuál es la valoración final que

el General Gómez hace sobre el amigo y compañero de esta guerra?

- Murió en una hora de dura refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera, quisiera haberle dado ejemplo con su muerte de resolución y bravura. Más grandeza no se puede esperar de un hombre... En la plaza pública y en la tribuna fue terrible, oportuno, y los suyos lo queríamos, admirándolo, y a nuestros enemigos les fue imposible odiarlo; ni siquiera desdeñarlo...

A Martí el destino le tenía preparado como premio su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mejor fortuna, ya que de morir se tiene, que principiar su labor en la tribuna y concluir la en el campo

de batalla! Mayor grandeza no se puede esperar de un hombre.

- ¿Qué palabras le gustaría pronunciar ante la tumba de Martí?
- Duerme en paz, amigo querido, que yo digo de ti lo que la Historia dice del héroe griego: “Bajo el cielo azul de tu patria no hay tumba más gloriosa que la tuya...”

La emoción me cruza un nudo en la garganta. Guardamos los dos un profundo y respetuoso silencio.

- Resulta, pues, que han visto compelidos a hacer comparaciones y a establecer proposiciones por demás inadecuadas – habla como para sí mismo, ignorando mi presencia – (...) la Historia ... se escribe como se quiere y no como se

debe.

El aparente sin sentido de estas palabras me coge desprevenida, hasta que caigo en la cuenta de que, como un piloto automático, ha quedado prendida en los pensamientos del viejo mambí mi revelación de una corriente historiográfica contemporánea, cuyas críticas tratan de envolverlo en una responsabilidad criminal con relación a la muerte de Martí. Con gran pesar, que una leve sonrisa intenta disimular me dice, quien ya debía estar curado de espantos con la ingratitud humana:

- Qué triste es recoger cosecha de espinas y amarguras cuando se siembra abrigando la esperanza de recoger flores y aplausos.

– Martí lo previno, General – **le recuerdo**
– Martí se lo advirtió claramente: que tal vez la única retribución que Usted recibiría sería la probable ingratitud de los hombres. Me gustaría que pasáramos ahora a la Guerra de Independencia de 1895. De las cuestiones puramente militares, vale decir, de la estrategia y la táctica en los combates, las marchas y contramarchas, de las exitosas campañas de Oriente, la Circular del Camagüey, la de lanzadera en la Habana y, mi preferida, La Reforma, se han ocupado muchos y buenos historiadores en Cuba, y fuera de Cuba también – en mi actualidad a Usted se le conoce como el “Napoleón de las Guerrillas” – pero, recuerde que a mí me interesa más descubrir al Gómez hombre, ser humano, detrás del militar

acreditado.

El Viejo me mira por encima de sus espejuelos, con las cejas enarcadas por la extrañeza, pero no pronuncia una sola palabra.

– Ya conversaremos sobre alguna de estas campañas de armas. Ahora me interesa hablar de los postulados políticos de una guerra que Martí concebía, y Usted lo apoya, con métodos y espíritu republicanos, porque sin esas premisas cómo entender la guerra de Martí. ¿Cómo llevaron a la práctica estos principios?

Postulados políticos sobre la Guerra de 1895

De una vieja carpeta de cuero, sepultada en el fondo de la caja de papeles, extrae

Gómez dos Circulares, firmadas por él y el Delegado Martí y fechadas ambas en el mes de abril de 1895. Lee algunos párrafos salteados: los que considera que pueden aclarar convenientemente esta cuestión.

– La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades y de toda demostración o indicación de odio al español.

Con quien ha de ser inexorable la guerra, luego de probarse inútilmente la tentativa de atraerlo, es con el enemigo, español o cubano, que presta servicio activo contra la revolución. Al español neutral se le tratará con benignidad, aun cuando no sea efectivo su servicio a la revolución.

A los cubanos tímidos y a los que más

por cobardía que por maldad, protestan contra la revolución, se les responderá con energía a las ideas, pero no se les lastimarán las personas a fin de tenerles siempre abierto el camino hacia la revolución, de la que de otro modo huirían, por el temor de ser castigados por ella.

A nuestras fuerzas se las tratará de manera que se vaya fomentando en ellas a la vez, la disciplina estricta y el decoro de hombres que es el que da fuerza y razón al soldado de la libertad para pelear; no se perderá ocasión de explicarles en arengas y conversaciones el espíritu fraternal de la guerra; los beneficios que el cubano obtendrá con la independencia y la incapacidad de España para mejorar la condición de

Cuba y para vencernos.

Jamás intentos más puros movieron el brazo de los hombres, ni se hizo nunca guerra que reúna en igual grado a la voluntad inquebrantable de vencer, la ausencia completa de odio. Los hombres buenos y aun los que no sean más que sagaces, entenderán que ante tal determinación es más honroso y útil tomar puesto en la república futura, por el servicio a tiempo prestado que pasar por la guerra y asistir a su victoria, con la señal de haberla ofendido sin razón o desatendido cuando se la pudo atender.

- General, Martí decía: “He conmovido muchas veces refiriendo la manera con que Ud. pelea: – la he escrito, la he hablado: – en lo moderno no le encuentro semejante: en lo antiguo

tampoco”. Son muchas las campañas militares y los hechos de armas glorioso que lo tuvieron a Usted al frente en la Guerra de Independencia de 1895, pero preferiría que ahora nos concentremos en dos que, a mi modesto parecer, son los más brillantes, y diferentes en la táctica empleada, que Usted ejecutó: la Campaña de Invasión y la Campaña de La Reforma. Mas, antes quiero hacerle una pregunta considerada, ¿no le atemorizó ponerse al frente de un Ejército cuando Usted ya contaba con una edad que le pedía reposo al cuerpo y no los avatares de la vida militar?

- (...) cuando se tiene joven el corazón y la cabeza, ¡qué caramba!, el mundo es poco para dar lugar a ambas cosas. Conque yo, con mis cabellos blancos,

pretendo ser un Alejandro. Colón tenía 53 años cuando se lanzó en busca de un mundo desconocido, y lo encontró.

La Invasión

- La Invasión fue calificada en su época como el hecho más audaz de la centuria, y me permito recordar que el siglo XIX fue testigo de las hazañas militares de Napoleón en Europa, y de Bolívar, San Martín y Sucre en Sudamérica. Los periódicos de casi todo el orbe se hicieron eco en sus noticias y editoriales de la épica hazaña que representó llevar al Contingente Invasor de un extremo al otro de la Isla. Muchas academias militares, en mi presente, la estudian como ejemplo exitoso de guerra irregular.

El General hace un gesto impaciente con la cabeza para darme a entender que debo ser parca en elogios, pero no puede ocultar la íntima satisfacción que le provocan mis palabras y se retracta:

- La modestia tiene sus límites hasta en las monjas para no pecar de hipocresía, y es así, que no veo por qué no se diga muy alto lo que valemos los viejos soldados de la guerra más guerra de América. ¿Pues acaso habrá quien dude del valor probado de los españoles? ¿Y entonces qué de los hombres que los tuvieron en jaque por más de 10 años?

Y pensándolo un poco más, agrega:

- Es más irritante la modestia fingida, que la soberbia ostentada.
- Ya el 30 de julio de 1895 – **continuo** –

está dándole las órdenes pertinentes al General Antonio Maceo: “Para contrarrestar de una manera victoriosa el resultado de la campaña que el General Campos se propone emprender a la llegada de los refuerzos que ha pedido a su Gobierno, es urgente, urgentísimo, que a la mayor brevedad posible marche usted con el mayor número de jinetes a ponerse a mi lado en esta comarca, donde lo espero con más de seiscientos hombres. Además dispondrá usted de las fuerzas montadas del Segundo Cuerpo de Ejército, al mando del Mayor General Masó, pues así se lo ordeno, en comunicación de esta misma fecha...” Pero hay más precisión en lo que le escribe posteriormente...

– Tenemos en Oriente, sobre todo en Bayamo y Manzanillo, muchos Jefecitos que más tienen de comerciantes ambulantes que de guerreros delicados, limpios y dignos; y para omitir averiguaciones, expedientes y lo que es más lamentable, delaciones, será bueno que usted sin consideraciones los meta en las filas del Gran Cuerpo de Ejército Libertador, que como la bola de nieve debe empezar su formación desde los confines de Oriente.

Todas las comarcas, y fíjese mucho en esto, deben prestar su contingente. Con este procedimiento se les facilita el modo fácil de la incorporación de todos aquellos elementos que no nos inspiran confianza por su conducta poco escrupulosa en los manejos (sin

autorización previa) de los intereses pecuniarios de la Revolución. Y finalmente, deja usted a José con menos gente pero depurada.

- El 30 de octubre, Usted cruza nuevamente la trocha militar española de Júcaro a Morón, y entra en territorio de Las Villas; pero a mí me parece que en esta región su objetivo no es solo militar, sino que subyace un interés por eliminar cualquier apoyo económico que España pudiera obtener de los productores villareños, para sufragar sus propios gastos de guerra.
- Hice mi entrada en esta comarca, sin novedad. El enemigo medroso, enseguida se ha concentrado (...) se me han incorporado los Generales Roloff y Sánchez, con algunas fuerzas. He dado

órdenes de concentración de todas las fuerzas del Cuarto Cuerpo de Ejército, para después emprender serias operaciones. Es urgente activar la marcha de los refuerzos. El jefe enemigo parece que todo su interés mayor es proteger la operación de la zafra, que yo a mi vez me propongo interrumpir, sin entrar en transacciones financieras de ningún género y por más ventajosas que parezcan, con los dueños de ingenios; pues siempre serán mayores para el interés de nuestra causa, el destruirlo todo, matando toda esperanza de dominio, con tan vigorosa resolución.

- Finalmente se le une el contingente invasor oriental comandado por Maceo y en Lázaro López, el 30 de noviembre. General, a lo largo de las gestas heroicas

emprendidas por la humanidad, siempre los grandes generales han arengado a sus tropas con palabras cargadas de emotividad. Primero, ¿considera Usted que era necesario hacerlo en esta ocasión, para que el contingente invasor continuara su avance hacia Occidente? Segundo, ¿con qué palabras estimuló el ímpetu revolucionario y la capacidad de sacrificio de esos soldados?

- Soldados: la guerra empieza ahora. La guerra dura y despiadada. Los pusilánimes tendrán que renunciar a ella, sólo los fuertes y los intrépidos podrán soportarla... En estas filas que veo tan nutridas, la muerte abrirá grandes claros. No os esperan recompensas, sino sufrimientos y

trabajos. El enemigo es fuerte y tenaz. El día que no haya combate, será un día perdido o mal empleado... ¡Soldados! no os espante la destrucción del país; no os espante la muerte en el campo de batalla. Espantaos, sí, ante la idea horrible del porvenir de Cuba si por nuestra debilidad España llegara a vencer en esta contienda. Los males de tantas víctimas inmoladas por la tiranía os exhortan a que luchéis con decisión y vigor, para que la rapidez del triunfo no dé ocasión a levantar nuestros cadalsos ... Poco se ha hecho hasta ahora; poco hemos andado ... Esta guerra no registra más que dos acontecimientos notables. La acción de Peralejo y la expedición de Roloff. España ha mandado para combatirnos al más entendido de sus Generales. ¿Y

bien?, con eso demuestra nuestra pujanza, porque empieza por donde acabó la otra vez. Yo le aseguro a Martínez Campos un fracaso cabal que ya empezó para él en la sabana de Peralejo, pronóstico que habrá de cumplirse al llegar los invasores a las puertas de La Habana, con la bandera victoriosa, entre el humo rojizo del incendio y el estrépito de la fusilería. ¡Soldados! llegaremos hasta los últimos confines de Occidente; hasta donde haya tierra española: allí se dará el Ayacucho cubano!

- Efectivamente, mi General, esta campaña fue un rotundo fracaso para Martínez Campos, tanto, que en esta ocasión el Gobierno español, por fin, le acepta su renuncia al mando, y aunque

no se dio la batalla final con la llegada a Mantua del General Antonio, en enero de 1896, ustedes cumplieron los objetivos que se habían trazado. ¿Cuál fue la contribución del cumplimiento exitoso de la Campaña de Invasión para la buena marcha de la Revolución?

- La Invasión a las provincias occidentales (...) fue a mi juicio el gran movimiento militar que aseguraba para más tarde el triunfo final de la revolución.

Después lo demás, era cuestión de tiempo.

- Pero la guerra para Usted, y en particular la Invasión, no cumplía solamente un mero objetivo militar. Al utilizar la tea incendiaria como un procedimiento táctico en las acciones, ¿es cierto que perseguía también un

objetivo de carácter político social, digamos, como un factor de nivelación social?

- Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistente en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar, que yo no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía, también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora, a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentía mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruida por la mano terrible de la guerra, y

perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor; y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de la guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer la Revolución. Y encariñado yo desde niño con la agricultura, pues mi padre me enseñó a amarla, imagínese usted mis perplejidades y hasta mis dudas algunas veces.

Así sucedió: vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, y firmé el Decreto, preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército Invasor,

con la ridícula esperanza de que los hombres de bien dejaran encender la tea.

El Ejército: diez mil hombres mal armados y sin organización (¡cual podía yo darle en tan corto tiempo!) emprendió su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo y hasta de cultura, cuando yo vi todo eso le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento que hasta dudé de

la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fue esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido de cuyo Ingenio, su Mayordomo acababa de decirme, que había costado más de cien mil pesos. Yo había dado orden de que cuidado quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas.

Mas, continúe, como tenía que hacerlo, y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no explicarle a usted las causas, le parecería desde luego extraño y en

modo alguno justificado.

Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material, y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena, cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquízar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más,

no vi absolutamente nada que acusara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo el Alcalde y el Cura, entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!

- Esta política de “quemar la colmena para que se vaya el enjambre”, fue extendida a los productores criollos, pero a los extranjeros también, ¿verdad?

Haciendo gala de una memoria impresionante, me afirma rotundamente:

- A los señores hacendados y dueños de fincas ganaderas: en armonía con los

grandes intereses de la revolución por la independencia del país. Considerando que toda explotación de productos, cualquiera que ellos sean, sirven de ayuda y recurso al enemigo que combatimos; este cuartel general dispone: – **y aquí comienza a enumerar con sus dedos:**

1. Queda terminantemente prohibida la introducción de frutos de comercio a poblaciones ocupadas por el enemigo.
2. Queda así mismo prohibida la introducción de ganado en pie.
3. Las fincas azucareras paralizarán su labor; y la que intentare realizar la zafra

serán incendiadas sus cañas y demolidas sus fábricas.

4. Los que infringiendo estas disposiciones trataran de sacar lucro de la situación actual, evidenciando desde luego, poco respeto a los fueros de la revolución redentora, serán considerados como desafectos, tratados como traidores y juzgados como tales, caso de ser apercibidos.

- Me imagino que los productores criollos se habrán disgustado con estas disposiciones.
- Va a empezar la campaña, y lo que dejan de hacer las armas, lo hará la tea; que todo deben convertirlo en armas los

pueblos cuando se lanzan a conquistar sus derechos.

Como Ud. comprenderá, los de dentro ponen los gritos en el cielo, condenando estos procedimientos para asustar a los incautos, que bien saben ellos, que los recursos de la guerra todos son aprovechables.

Nosotros no tenemos más que un solo deber que cumplir: el de triunfar. Y para llegar a esa realidad política: todos los medios son buenos.

- Esas disposiciones fueron emitidas para los productores nacionales, está bien; sin embargo, tengo entendido que algunos dueños de ingenios y cafetales, de distintas nacionalidades, se dirigieron a Usted para que respetara sus propiedades y no les aplicara su

política de guerra. ¿Cuál fue su respuesta? Eso es lo que le preguntaba hace un momento.

- Yo tengo que combatir a España en todas las manifestaciones de su poder, y la combato en sus ejércitos, en su comercio, en sus industrias y en todo lo que signifique poder y de ella dependa ... Y no vale alegar que son Uds. ciudadanos extranjeros, franceses o americanos, porque para nosotros, ¡ójiganlo bien!, no hay más que ciudadanos cubanos, y más cuando carecemos de esa ciudadanía ante las naciones de Uds. ... Cuando ellas nos reconozcan, cuando llenen ese deber, podrán exigirnos derechos ...

Váyanse, pues, a reclamarle al gobierno español, que, en lo que a nosotros

respecta, tenemos el valor necesario para consumir nuestros propósitos... ¡Llévense sus cafetales para su tierra!

- Pero, en particular, Usted dio órdenes muy precisas con relación a los centrales Soledad y Constanca. El uno, perteneciente al *Trust* del Azúcar norteamericano, y el otro, a un español...
- (Le escribí a Carrillo) Será para Ud. una página, la más gloriosa tal vez de su hoja de servicios a la Independencia de la Patria, si logra que se les quemem todas las cañas a los ingenios que correspondan al Cuerpo de su mando. Hay dos en primera línea, que debe Ud. hacer todos los esfuerzos posibles, dar todas las órdenes al efecto para que se le echen el mayor número de Comisiones

a fin de destruirlos: “El Soledad”, del americano Arckins, en Cienfuegos y “El Constancia”, de Apezteguía. Ofrezca buena recompensa al oficial o Jefe que logre quemarles las cañas a dichos ingenios, sin dejar de atender a la quema de los demás, pero éstos son los de más importancia y los que deben arder primero. Al ver Ud. lo que insisto sobre este asunto, debe comprender la importancia que reviste el hecho de que Blanco no logre sus objetos y que el mundo vea que en Cuba no se trabaja mientras haya guerra y que habrá guerra hasta que España no se lleve su bandera.

- Gracias, General, por habernos dado, a los cubanos, la primacía sobre los extranjeros; si Ud. viviera en mi tiempo

lo mataría el disgusto de ver que cualquier extranjero, español, francés o americano, tiene más derechos que un natural, y más privilegios también. ¿Podríamos conversar ahora sobre la Campaña de La Reforma? El plan general se basaba...

Una amplia sonrisa le cruza el rostro. El recuerdo de una campaña militar donde tanto disfrutó los tropiezos del ejército español y los desatinos de Weyler, le espolea el ánimo con alegría. Manana, la esposa, asoma su bellissimo rostro de cubana, en el que no se aprecia el paso del tiempo más que en el pelo cano, y Gómez se aprovecha de su curiosidad para pedirle que nos sirvan otra taza de café.

– (¿Decía Ud.?)

– Le preguntaba en qué consistía el plan

militar de La Reforma...

La Campaña de La Reforma

- Si voy para La Habana, se acaba la guerra en Occidente y le doy el gusto a Weyler; aquellas comarcas están casi agonizando, y al ir yo pocos recursos puedo llevarles en comparación con los que van a disponer los españoles para perseguirme; en cambio, si me quedo aquí, obligo a Weyler a venir a buscarme, y como tienen mucha gente en trochas, líneas militares que torpemente sostiene y no se atreve a abandonar, tendrá que sacar soldados de Pinar del Río, Habana, Matanzas y Sagua para perseguirme; de este modo nuestras fuerzas de esos territorios se reharán y tendrán respiro, habiéndole yo ayudado a ello sin buscar golpes de

efectos inútiles.

- El 23 de febrero de 1897, Usted le dirigió una carta al jefe de la División del Oeste del 4º Cuerpo de Ejército, general de división José de Jesús Monteagudo, en la cual expone la táctica a emplear en esta campaña:
- Ha llegado la hora de batirnos tiesos, como Ud. sabe hacerlo. No apure la gente en lances comprometidos. Procure hacer la guerra de infantería, de emboscada en emboscada. Guarde sus caballos, y aproveche la noche (guerra nocturna), asegurando la posición y el tiradero, de día, para ocuparlo, ya de noche, y sin peligro revienta Usted una columna de mil hombres con veinte, pues no la deja dormir (el sueño es reparador de

fuerzas) y al día siguiente esos soldados andarán decaídos y los coge Ud. más flojos ...

- Siempre lo he dicho, mi General, y ahora tengo el honor y el inmenso placer de decírselo cara a cara: de todas sus campañas militares mi preferida es esta de La Reforma. Bueno, se lo confesé hace apenas unos minutos. Tanta discreción, tal sagacidad, pocos recursos y todo ello para conseguir tan grandiosos resultados: desgastar al Ejército español para que empleara en la guerra contra Cuba “hasta el último hombre y hasta la última peseta”.
¿Logró La Reforma los propósitos que Usted se propuso?
- Yo creo que hemos dominado la situación, pues se empieza a sentir

cansancio por parte de los españoles.
(...) La falta de salud en sus soldados y de dinero en su caja me hacen ver, en no lejano plazo en el General Weyler, a un General fracasado.

Secreto del éxito militar de Gómez

- Voy a ponerle en apuros. Si yo le pidiera que, en apretadísima síntesis, me descubriera el secreto de su éxito militar, ¿qué me diría?

El Viejo sonríe ampliamente al decirme:

- Yo sé dónde el jején pone su huevo en Cuba. Sé dónde está la novilla más gorda y la mejor aguada. Sé a qué hora el español se encandila, y a qué hora es más pesado su sueño. Asimismo sus instantes de miedo, para entonces, volverme yo un bravo atrevido; pronto

conozco su osadía para, prudente,
dejarla pasar, y que la gaste en el vacío.
No es muy fácil sorprenderme porque
en la guerra siempre marchó con miedo
atroz a la derrota más que a la muerte
...

Se pone serio, y agrega:

- Una de las cualidades del General es la imaginación viva, asociada a la sangre fría y al poderoso cálculo. (...) No solamente debe saber evaluar todas las suertes, agrupar y combinar mentalmente todos los elementos del problema que se presenten a él, sino que es necesario que sepa evocar, en cierto modo, con anticipación, el cuadro completo de las escenas, que se desarrollen delante de él en el curso de las operaciones que proyecta, que sepa

identificarse con su adversario, ponerse en su lugar, razonar en cierto modo con su cerebro, y preparar así lo que hará en la hora forzosa de la campaña ...

- ¿Sus mejores Generales?
- Junio, julio y agosto ...
- ¿El mejor subalterno?
- El mejor subalterno que yo tengo para acabar con el ejército español en Cuba es Valeriano Weyler.

Desavenencias con los miembros del Consejo de Gobierno

- Aunque en la Guerra de Independencia de 1895-98 parece, fíjese que digo “parece”, haber más unidad patriótica y política que en la pasada Guerra Grande, esta unidad se resiente por

momentos. También en esta etapa del proceso revolucionario cubano tiene Usted reiteradas fricciones con los miembros del Consejo de Gobierno. ¿Cuáles fueron en esta ocasión las causas de esas desavenencias?

- Cuando los gobiernos de las Repúblicas, que se empeñan en aparecer democráticos y populares, gobiernan mucho, caen en un ridículo; es la dictadura sin gloria; que deja al pasar a sus hombres sin consideraciones ni respeto público. Esto me parece que les va a suceder a los del Consejo de Gobierno.

No se puede vivir en ningún pueblo si no se sienten las desgracias de ese pueblo; ni se puede tener autoridad, cuando las cosas pequeñas son las

únicas que embargan el ánimo de los hombres que pretenden dirigir la opinión del país en que viven.

Ahora Gómez repasa con la lectura algunas páginas de su Diario. Aquí las ideas están aún calientes por los sentimientos; no obstante, tienen el prístino valor del testimonio escrito poco después de ocurrido el hecho:

– abril 25, 1896.– Me encuentro en la jurisdicción de Sancti Spiritus a donde he venido a arreglar las comarcas de Las Villas ... abril 28, 1896 – ... el Camagüey sufre desorganización por lo que todos opinan que mi presencia es necesaria en aquellas comarca ... junio 8, 1896. Mucho trabajo me está costando la concentración de las tropas del Camagüey, pues el Gobierno con su

injerencia en los asuntos de la guerra, de manera poco atinada y sin fortuna, ha contribuido, y en gran manera, a crear esta situación.

junio 28, 1896.— Después de tantos desacuerdos como han cometido estos hombres, se ha querido rehuir a las responsabilidades consiguientes que les cabe, y yo por mi parte me propongo no ahondar demasiado en estas cuestiones, que de seguro han de inferir menos males a la revolución que amo y sirvo, dejándolas así, que tratando de remediar males que ya no tienen remedio, Por otra parte, las ineptitudes de estos hombres en el Poder me garantizan en mi destino y me proporcionan menos embarazos para la Dirección de las Operaciones de la

guerra, puesto que sus repetidos actos inconstitucionales les han despojado de la verdadera majestad del Poder.

Consecuentes con este criterio propio, he tratado de evitar, y lo he evitado, muchas cosas; separándome de esa sombra o farsa de Gobierno, dejándolos a todos contentos.

- El Gobierno ha estado violando, sistemáticamente, las distintas Circulares con orientaciones acerca de la política de guerra que Usted ha dictado. Las cosas empeoran, y en diciembre de 1896 Usted les presenta su renuncia como General en Jefe del Ejército Libertador. ¿Qué le hizo tomar tan grave resolución en los momentos en que sus operaciones militares estaban reportando excelentes

resultados para las armas cubanas?

Una vez más, Gómez se olvida del tiempo y habla como si el pasado se anidara en el presente:

– Hace días que se suscitó entre él y yo un desacuerdo, por el modo irregular de sostener las confidencias reservadas, firmando cualquiera de sus miembros pases al enemigo, muchas de las veces para diligencias fútiles, facilitando con esto el espionaje del enemigo en la zona alrededor de la ciudad de Camagüey, que entra en mi plan de campaña asediar lo más posible que se pueda como se está haciendo.

Y queriendo regularizar ese servicio de la mejor manera, sin oponerme al acuerdo, el Consejo se opone y de ahí que me hayan pasado comunicaciones

insultantes; al extremo que hemos caído en una situación embarazosa, resultado: sería cuestión personal entre el Secretario de la Guerra – como él se titula y yo.

Todo, esto, que podemos llamar sensible y trascendental trastorno, ha venido a presentarse en los momentos más peligrosos de la campaña y cuando me preparo precisamente, para marchar hacia Occidente.

Y pienso de esta manera; consecuente con mi propósito desinteresado de ayudar a los cubanos en su guerra de independencia; que es lo que me hizo, desarmado y en frágil barquilla, arribar a las playas de esta Tierra; que ya he hecho bastante por ella, llenando lo mejor que he podido el deber que yo

mismo me había impuesto, creo que ya los cubanos no me necesitan y, como extranjero, y como hombre sensato, cumple retirarme de esta lucha, en donde han surgido ya peligrosas rivalidades, que de ninguna manera (como pudiera suceder) debo alentar con el ejercicio de mi mando; pues eso me hará perder simpatías en este Pueblo, patria de mi mujer y de mis hijos y tal vez una nota dudosa de insubordinado en mi vieja hoja de servicios que deseo mantener clara y limpia.

En presencia de tantos males que ya no puedo evitar, por falta del poder que me ha cercenado el Gobierno y decayendo mi prestigio por la ley fatal de los mismos sucesos, debo yo como hombre

sensato, insistir en mi renuncia de un destino que, en las condiciones en que me encuentro, tengo la seguridad de no poder servir como es debido. De no hacerlo así, me expongo a que se pueda creer que me siento apegado a él, y lo que es más no proceder con juicio e inspirado en verdadero patriotismo.

- Estos sucesos tal vez le hicieron recordar las indisciplinas de los villareños, las sediciones del General Vicente García, y la de Límbaro Sánchez, que tanto daño le hicieron a la unidad en la pasada Guerra Grande.
- ... si se piensa esta vez como la de marras y la cosa principia por Las Villas, que avisen.

Yo no he pedido la Jefatura del Ejército, sino que se me ha dado; no por una

agrupación Civil sino por la misma Revolución. Tampoco he venido aquí a representar papelones. He venido con muy buena voluntad a ayudarles a los cubanos en su guerra de Independencia, pero sin detrimento de mi reputación.

... si es cosa de motines, (...) yo no meto en esas cosas. No me cuesta ningún trabajo renunciar y que queden ustedes libres de mi autoridad.

- General, tengo entendido que el Consejo de Gobierno justificaba sus acciones asegurando que “altos fines políticos” lo impulsaban, y con ese pretexto hasta se inmiscuyó en las órdenes que Usted había dado a algunos jefes militares para que avanzaran hacia Occidente a reforzar a Maceo, en su campaña de

Pinar del Río.

La respuesta airada de Gómez no se hace esperar:

– ¡Fines políticos! es la ridícula muletilla en que se apoya el Consejo de Gobierno, para ordenar a un Jefe militar que desobedezca las órdenes del Cuartel General del Ejército, y el Jefe militar puede o no puede cumplir, según lo que le convenga, y siempre quedará bien. Con este sistema es muy sencillo y cómodo evadirse con apariencias de legalidad, de las comisiones más peligrosas en la guerra, pues se debe notar grandísima diferencia en una orden que esté firmada por mí o por el general Antonio Maceo, a otra firmada por el Marqués de Santa Lucía, o por Severo

Pina.

¡Altos fines políticos! repite orondo el Consejo de Gobierno y Jefe militar muy repleto de disciplina (a su manera entendida) marcha a dar paseos y total ¡nada!

¡Altos fines políticos! para ir a fracasar frente a Sagua de Tánamo, y la “Zanja”, y dar grados...

Se interrumpe porque le falta la respiración por su hablar apresurado, sin tomar apenas aliento. Por último dice fiero, olvidando mi presencia, como si estuviera frente a aquellos civilistas:

- Avíseme... si es que volvemos a las andadas.
- También en el año 1898, con el Consejo de Gobierno creado tras la aprobación

de la Constitución de La Yaya, Usted tuvo enfrentamientos, en especial con Alemán, el Secretario de la Guerra.

- Yo creo que Alemán tiene el cerebro enfermo. (...) le enseñaré el plan que trae ahora. Es el colmo de los sueños, y eso lo aprueba el Gobierno. ¿Cree Ud. que de aquí se pueden sacar 200 hombres desarmados para ir a Oriente a traer armas? Pues por ahí empieza la COSA.

Muerte de Maceo y Panchito

- En medio de estas tribulaciones con el Gobierno, que imagino deben haber perturbado mucho su ánimo, aunque el Consejo de Gobierno finalmente contemporizó con Usted, rectificó y se reconcilió con Usted que retira su

renuncia, recibe en este aciago diciembre de 1896, primero, algunos rumores sobre la muerte de Antonio Maceo y Panchito y, después, la confirmación oficial de la triste caída en combate de estos dos héroes, en San Pedro, La Habana. Como madre, que no como maestra, le hago la pregunta más dolorosa de esta entrevista. ¿Qué sintió Máximo Gómez, el padre y el amigo, al conocer el fatal deceso de Maceo y Panchito?

- La tristeza que me habían causado los ultrajes inferidos por el Gobierno y que aún no se han podido disipar de mi espíritu, me hace suponer que eso no era más que el presagio de mayor desgracia: me despierta la noticia de la muerte de mi hijo Pancho y del General

Antonio Maceo, ocurrida en Punta Brava, Provincia de La Habana.

Algunos de mis compañeros abrigan la esperanza de que puede ser falsa la noticia, pero yo siento la verdad de ella en la tristeza de mi corazón. Pobre mi esposa, pobre Madre, qué golpe para tu corazón!

- ...mi pena es tan grande como la causa que la motiva. – Otra gran desgracia, la más terrible que podía caer sobre mí...

Me apena oír su hablar entrecortado por el esfuerzo en retener las lágrimas.

- a las 12 de la noche el oficial de guardia me llama para entregarme un pliego. Estamos acampados en San Agustino, Oeste del Camagüey.

Este pliego es enviado por otro oficial;

Benítez y Mola, acompañándome una hoja impresa de procedencia española, por la cual se hace público la muerte de mi hijo Pancho y del General Antonio Maceo, en Punta Brava. A mi hijo Pancho desembarcado por Pinar del Río y que ansiaba abrazar. Esta nueva desgracia, que sin nada de fatalismos me hace conocer, que tal parece que cada hombre tiene en la vida sus períodos de dichas y desdichas! Y son más para mí los días borrascosos y tristes que he pasado en este mar de la vida, que los alegres y dichosos.

- Usted prosigue su marcha y llega el día 28 a Santa Teresa ...
- Apenas llegado a este lugar recibo la confirmación oficial de la muerte de mi amado hijo y del General Antonio

Maceo.

¡Triste muy triste, más que triste ha sido para mí, el año 96!

Me deja acongojado y maltrecho. La negra ingratitud de los hombres, aliada a las desgracias de la guerra, con furiosa osadía me ha hecho sentir su iracunda rabia; y hoy, en este día, en estos instantes, siento en mi alma la más honda pena y casi me siento abrumado por una pesadumbre que hago esfuerzo por soportar.

- General, los detalles de la muerte del Capitán Francisco Gómez Toro, ¿le fueron revelados?
- Se me había querido negar, para que mi pena no fuera tanta, pero yo la he descubierto, que mi hijo, parece que

medio vivo aun cuando el enemigo llegó hasta donde estaba él con el General Maceo, abandonados por los nuestros, fué (sic.) rematado por un machetazo. ¡Cuándo se puede olvidar ese machetazo!

¡Un machetazo! Sí, ese golpe tajante, sobre el cadáver de aquel niño valeroso, tendido sobre el campo de Punta Brava, no lo olvidaré yo nunca. Ese destrozo infame, esa mutilación del cadáver de aquel héroe, tendido en los brazos del otro héroe muerto también, no lo puedo yo olvidar nunca. Esa profanación sangrienta con aquellos restos que merecían respeto, no la puedo yo perdonar jamás. Ante el cuadro que representaban aquellos dos hombres muertos, más bien debieron sentirse

inclinados a descubrirse generosos,
como rasgo de valentía, que a saciar su
saña y encono, contra el Cubano.

(...) siento en mi pecho palpar un
sentimiento de venganza, no por la
muerte de mi hijo, pues a la guerra se
viene a morir, sino por la mutilación,
por la profanación de su cadáver.

Cortar la rosa no es tan malo,
deshojarla con desprecio, es lo amargo.

*No puede contenerse. Los ojos se le cuajan
de lágrimas. El Viejo no puede retener un
sollozo que le revienta en el pecho. Manana
vuelve a asomar su hermosa cabeza y se
lleva una mano a la boca reprimiendo
también el llanto, porque intuye que
estamos hablando de su Panchito.*

*Lentamente desaparece. Gómez, de un
manotazo vigoroso, se enjuga el rostro*

veterano. Ya puede continuar.

- General, aunque han pasado casi diez años, aprovecho esta ocasión para manifestarle mi profunda pena por la muerte de su hijo, tan varonil y atractivo, tan noble y generoso, símbolo de la juventud cubana de aquel entonces. Mi corazón le acompaña en su dolor, aunque sé que ninguna frase de consuelo logrará aliviar su pena.
- Agradezco y haré llegar hasta la pobre madre sus cariñosas frases de pésame por la muerte de mi hijo Pancho, que si hasta ahora mereció todo mi cariño después de haber sabido morir en un combate y al lado de Antonio Maceo, es justo que lo llore porque hijos así, es poco quererlos: se les idolatra.
- También fue muy sensible para la

Revolución, el Ejército, y para Usted, que fue su compañero de lucha durante tantos años, la muerte del General Antonio Maceo.

- Bien dice Ud. que nadie sabrá apreciar todo lo que perdemos con la muerte de Antonio Maceo que era la encarnación del patriotismo, como yo que a su lado me he sentido orgulloso en tantos momentos de prueba y de necesario sacrificio. Espero, sin embargo, mucho del pueblo cubano: tengo fe en su patriotismo y en el éxito de esta campaña: que las desgracias sólo deben servirnos para hacer más efectivos nuestros esfuerzos y para unir en una sola aspiración a los que sin vanidades ni ambiciones que empequeñecen, trabajamos por la honra de la patria

cubana.

Gómez se queda absorto en sus pensamientos y balbucea unas palabras como para sí mismo...

– Sé ya que ha muerto mi bravo
compañero el General Antonio Maceo
y que como padre debo llorar la des-
aparición de mi hijo que vino a cumplir
como hombre sus deberes de cubano.

*Yo guardo silencio respetuosamente,
mientras recuerdo que en su visita a Santo
Domingo, en 1900, se le acercó a saludarlo
la cubana Estervina Herrera, y en la breve
conversación se lamentó de haber perdido
un hijo en la manigua, a lo que el Viejo
Gómez le respondió: “Señora, usted perdió
su hijo, cubano, y yo perdí uno, sin yo ser
cubano”. Para conseguir sacarlo de su ensi-
mismamiento le pregunto:*

Crímenes de Guerra

- General, en la Guerra de los Diez Años hubo crímenes horrendos, violaciones de mujeres y niñas, atroces barbaridades que más parecían de animales sedientos de sangre que de hombres civilizados...
- Y es por eso que lo que se debe evitar siempre es la guerra, pues que, después de empezada ésta, sería una necia inocentada esperar una guerra mansa, cortés y cariñosa.
- Por lo que Usted me cuenta de la muerte de Panchito, y por las evidencias históricas que han llegado a mis días acerca de los efectos sobre la población civil de la despiadada Reconcentración de Weyler, parece que en esta guerra también abundó el salvajismo en las

maneras militares del Ejército español.
¿Todos los oficiales se comportaron tan
vilmente o hubo honrosas excepciones?

- Contrasta aquí de manera tristísima para los españoles, la figura alta del Coronel Jiménez de Sandoval, en “Boca de Dos Ríos”, en Santiago de Cuba, al descubrirse ante el cadáver de José Martí, y la talla de Cirujeda en Punta Brava, mutilando el cadáver de Francisco Gómez; abandonándolo en el campo, hazaña debida a un momento desgraciado de nuestras armas.

“Estamos delante de un cadáver, ya esto no es un hombre, y es necesario ante estos restos inanimados descubrirnos con respeto”. Esto dijo el General Jiménez Sandoval, y en iguales términos se expresó también el General

Lachambre. El Teniente Coronel Cirujeda, no pudo levantarse a semejante altura. No fue tan valiente como pudo serlo, o lo fue a lo Weyler. El Coronel Sandoval, por lo menos en aquel día, afortunado para él, fue valiente a lo Martínez Campos.

- ¿Le pesa haber sido generoso con los prisioneros españoles; con los soldados enemigos, en general?
- No me pesa, no, haber sido en esta guerra siempre clemente con los españoles que han caído en nuestro poder, y así seguiré siéndolo pues yo no puedo imitar a los asesinos de nuestros hijos.

Gómez abandona la estancia nuevamente. Al regresar trae un amarillento recorte de periódico entre sus añosas manos. Insiste

en leerme:

– “La Correspondencia” de Madrid, del 13 de diciembre de 1896 – **se ajusta los espejuelos para leer mejor** – Visita a la Reina, por la señora del Comandante Cirujeda; asesino del General Maceo y mi hijo Panchito. Por ello, grandes manifestaciones de satisfacción y alegría entre la Real Dama y la Señora del Comandante. La Reina se hace cargo de todos los gastos de la carrera de Fernando Cirujeda, en la Academia Militar de Toledo; hasta entregarlo como oficial al Ejército.

Con este motivo, la señora protegida en su hijo, vertió lágrimas de gratitud.

– Y qué contraste, la Madre de mi Pancho, mi Manana en Montecristi, Santo Domingo y la señora del General

Maceo, María Cabrales, en San José de Costa Rica; estarán deshechas en llanto. Ambos corazones estarán desgarrados por el dolor más acerbo; la muerte de los dos seres queridos – eso escribió al dorso del recorte.

Se despide de Panchito

- A finales de marzo o principios de abril de 1895, Usted parte de Santo Domingo junto a Martí, con rumbo a Cuba. Esa debe haber sido la última vez que hablara con Panchito. ¿Qué se dijeron en esa conversación?
- Hablemos un poco, me dijo. Sé que esta próxima tu partida para Cuba; ¿qué piensas hacer de mí?

Que te quedes, le contesté.

El deber me manda a ir a tu lado; no es posible que yo me concrete a empujar la barca que te ha de llevar a tí (sic) al sacrificio por la libertad de la tierra que guarda mi cuna, quedándome después aquí como una mujercilla.

Fue necesario que Martí interviniese en esta conferencia, para que aquel niño hombre se aviniese a esperar, evacuando al propio tiempo asuntos de importancia a él confiados.

En la noche obscura, a las doce, del primero de abril de 1895, los últimos besos que di a mis hijos, Francisco y Maxito, a la orilla del mar, aguas dominicanas, nadie las podía oír más que mis cinco compañeros de expedición, pero las palabras que mi hijo Francisco murmuró a mi oído, solo yo y Dios las

oímos: “Muerto o a tu lado” – me dijo.

- Ejemplos de bravura como el de Panchito y el del General Antonio lo dieron también otros prohombres de la Revolución. ¿A quiénes le gustaría recordar en este momento?
- (...) desde Agramonte hasta José Maceo. Este último muere cuando íbamos a abrir una vigorosa campaña en Oriente siendo él el nervio principal de aquel Ejército de valientes. Serafín Sánchez cae al preparar, con buen acopio de material de guerra, la campaña en Las Villas; al valiente Zayas nos lo arrebató la muerte cuando, decidido, avanza a reforzar el Occidente en donde Maceo se bate como un león y muere en “Punta Brava” aquel hombre de granito con espíritu de fuego, y después de

haber burlado al fiero Weyler cuyos inicuos planes nos proponíamos desbaratar diezmándole su ejército de asesinos salvajes; y ahora muere Calixto García al encontrarse cariñoso y cortés frente al para nosotros primer hombre de América, Mr. MacKinley. (...) Más valiera que antes hubiese caído en los campos de batalla de su Patria donde con tanta fe y denuedo luchó. Así han muerto todos esos hombres, dejando en el corazón de sus compañeros y amigos huella de profunda pena y un vacío inmenso en los destinos de la Patria nueva!

- La muerte de esos hombres, como Usted bien dice, deja una pena honda en el corazón y un sentimiento de vacío al pensar en todo lo que pudieron haber

hecho por la Patria en el momento de sus muertes, y en el futuro momento de la república. Al General José le dedicó un opúsculo relatando la hazaña que realizó, desde la emboscada cerca de Baracoa hasta encontrarse con fuerzas de Periquito Pérez. ¿Sentía especial afecto por él? ¿Quisiera extenderse un poco más hablando de este excepcional compañero de armas?

Sus dos grandes amigos: Calixto García y José Maceo

- En esta lucha donde lo natural, lo lógico es la muerte y no la vida, no es extraño que se muera, pero a mí, a quien todos los cubanos respetan y aman, me conmueve la ausencia eterna de aquellos que más me han acompañado en los peligros y más me han

demostrado su respeto y su cariño; y a este número pertenecía el General José Maceo.

Es preciso haber conocido bien a fondo el carácter de aquel hombre sin dobleces y de rústica franqueza para poder estimarle y estimar su cariño cuando lo demostraba. El General José Maceo era todo verdad y por eso para muchos aparecía amargo.

(...) Era un carácter incuestionable. No pedía nada, y mucho menos cabía la queja en su grandeza y abnegación; pero no permitía tampoco que se le cohibieran sus derechos y sus facultades, porque entonces se sentía sublevado (...) Pocos cubanos he conocido más libre, más trabajador y más valiente; y más resuelto, ninguno.

Puedo decir que la Patria ha perdido en él a uno de sus mejores y más decididos y probados servidores.

- General, entre Calixto García y José Maceo, ¿a quién apreciaba más?
- Las comparaciones, además de ser odiosas, tienen mucho de vulgar, pero algunas veces son necesarias u oportunas, y entonces se deben perdonar. Esa es la verdad histórica, lo digo por si en un momento de ofuscación se me pueda suponer apasionado por Calixto a quien nunca podré dejar de amar, aunque viva en España siendo Cuba esclava. Existen lazos entre los hombres que se han comprendido, que ni las circunstancias más poderosas y potentes en apariencia pueden romper. La nobleza de

pensamientos y alteza de miras se levantan siempre por encima de las pequeñeces de hábito y de carácter. No sé si me explico bien.

Por mi parte, como compañero y amigo, he perdido en el Gral. García a mi primer Ayudante del 68 y al compañero de veinte años en los campos de batalla.

Conductas impropias de algunos subordinados

- También la guerra tuvo hombres que no estuvieron a la altura del momento histórico que les tocó vivir y, por eso, su conducta no fue todo lo decorosa y digna que debió ser. ¿Pudiera Usted referirse a ellos también?
- Son, entre otros informes tristes, que me

vienen de Trinidad, que Quintín Bandera, no solamente anda por allá, ejecutando sus designios, pues no debieron ser otros al venir aquí, de majasería con una querida, sino que ha escrito a gente decente y acomodada de dentro pidiendo sumas de dinero con amenazas. Como esas cosas, a ser ciertas, no lo dudo, nos hacen muchísimo daño, lo estoy averiguando, para proceder en este asunto con toda la severidad.

- General, se estaba en guerra, y esa situación hace que se relajen todos los principios cuando el hombre piensa que puede perder la vida en cualquier momento.
- No debemos permitir, de ninguna manera lo consiento yo, que a la

Revolución, se le manche más y que su gloriosa bandera se arrastre por el fango. Paso a la Revolución con toda su pureza y el que estorba por inútil e inmoral, que siquiera se esconda con sus iniquidades y se esté quieto. Eso es malo, pero menos malo.

- Ahora bien, no fue solo Quintín Bandera quien erró...
 - Mayía se arranchó en “Quemado”, creo, con una querida, Loynaz raptó una muchacha y a vivir; después se agrega, que atropelló un Prefecto porque no le mandó leche y le quitó violentamente la vaca parida y se la llevó para su rancho.
- Después de ese desastre, después de esa polvareda que causó tanto lodo, no era posible que mis órdenes se cumplieran, y se perdió la ocasión del avance.

De Mayía me abstengo de formar juicios, pues me parece que ese hombre está en esta guerra desacertado. Hasta ahora se le ha dado todo, sin que haya logrado haber practicado algo serio para que los españoles lo respeten.

El Viejo me mira por encima de sus espejuelos con sus ojos penetrantes:

- Si todo (...) lo dicho, no está en lo racional, justo y decoroso, no tengo yo la culpa, pues por algo en contrario, tiene que pensar el que al abandonar y desembarcar con un rifle al hombro por las montañas de Baracoa, acarició entusiasmado la idea, el propósito mejor dicho, que venía a ponerse al frente de un Ejército compuesto de lo más selecto de la juventud cubana. Imagínese cuán profundas y tristes

serán las decepciones de que me siento tristísima víctima al considerar estas COSAS.

Su juicio acerca de la guerra de España contra Cuba

- General, Usted que fue actor principalísimo en el drama del pueblo cubano en su lucha por la independencia, ¿cómo enjuiciaría la guerra que España sostuvo contra los cubanos?
- (...) una guerra de verdadero exterminio, que de ninguna manera justifica métodos racionales con que España se propone salvar la Colonia perla de las Antillas, y de su corona. La Historia no registra mayor torpeza y estupidez.

Yo no puedo, porque eso sería muy largo y enojoso, hacerte una relación de la conducta de España en Cuba. (...) Todos los horrores que nos cuenta la Historia perpetrados por los conquistadores en los infelices siboneyes, todo eso está superado por los españoles de hoy.

Tenemos por aquí modernos Ovandos y Mujicas de más refinada crueldad.

Todo lo que nos cuenta la Historia de cruentas barbaridades cometidas por los españoles en aquella guerra grandiosa que dio la libertad y la independencia a la América del Sur, todo eso es pálido y pequeño comparado con lo que pasa en Cuba.

Aquí tenemos émulos aventajados de Morillo y Boves.

Si aquellos descuartizaban hombres; Weyler, Cirujeda, Melquizo y todos, descuartizan hombres, mujeres, niños y ancianos. Todo lo que respira en Cuba está condenado a la muerte, todo lo que produce alimento, los frutales, todo a la destrucción.

Se detiene un instante el General; luego, enfatiza:

- Esta guerra sigue, sostenida por los crímenes horrendos de Weyler, rabioso por los triunfos alcanzados a poco costo, por nuestras armas. España toca ya al término de su dominación en Cuba, por falta de fuerzas vivas de todo linaje que le ayuden a perpetuarla. No cuenta ya ni con soldados, ni con dinero ni con la opinión. Y es lo más malo y triste, para ella, que al plegar su

bandera, al dar la espalda a esta tierra, no dejará en ella, ni las simpatías ni el agradecimiento, y todopor haber derramado tanta sangre inocente, y haber hecho derramar tanta lágrima a la mujer cubana.

(...) ¿Qué simpatías, qué cordialidades puede abrigar un Pueblo, que abandona herido, que deja en América profundamente adolorido?

... el sol de los Trópicos destiñe las telas que se pintan en Europa– **agrega absorto en sus recuerdos.**

- General, a propósito de la guerra de exterminio que España lanzó contra el pueblo cubano, ¿qué diría Usted del plan de Reconcentración puesto en práctica por Weyler, en el año 1896?

- El general Valeriano Weyler fue el elegido para ejecutar tan sangriento plan. Componen su ejército 200 mil hombres bien armados y pertrechados, y circunscribiendo el teatro de sus operaciones a la mitad Occidental de la Isla, establece valladar inexpugnable y se mantiene a la defensiva en la Oriental. (...) y en este territorio, que como buen General ha convertido en un laberinto de defensa y aprovechamiento suelta, como perros hambrientos, como tigres feroces, a sus 200.000 soldados, muchos de ellos reclutados en los muelles, en las encrucijadas y en los presidios.

Gómez respira profundamente:

- La consigna estaba dada: “nada de perdón, jamás la clemencia”. “La

desolación y la muerte”. “A ese pueblo es necesario castigarlo severamente”, le dijo Cánovas a Weyler. “Nada de concesiones; de la Península no pueden ir para Cuba más que fusiles y soldados”. Y esa se ha cumplido

- Los historiadores calculan el costo de vidas humanas como consecuencia de la Reconcentración en una cifra entre 200,000 y 300,000 vidas. Las imágenes de los reconcentrados en las ciudades sobrecogen el alma al mirarlas. En los campos donde se peleaba, ¿fue Usted testigo de la desolación que se produjo?
- A cada revuelta del camino es preciso poner mucho cuidado, pues por allí vienen los soldados de Luque o de Ruíz. Al dejar la sabana y entrar en el bosque se advierte que también allí estuvieron

echados sobre el suelo fangoso, en acecho, los soldados de Weyler. Unos cuantos cadáveres de gente pacífica insepultos denuncian la descarga hecha sobre aquellas víctimas inocentes de tan bárbaro sistema de guerra. Las reses y los caballos sacrificados inútilmente señalan el campamento de la columna española; el descuajo de los frutales y el incendio de la casa del laborioso campesino indican la marcha de los soldados de Weyler. (...) Las familias llenas de pavor se refugian en los grandes montes, pero allí van Reus, San Quintín y los guerrilleros y los sorprenden. Las escenas ocurridas a las inocentes familias cubanas en esos asaltos la pluma se resiste a describirlas. El espíritu se siente conturbado al contemplar el estupor de la familia bajo

el peso de tantos desmanes y crueldades. El robo, el asesinato, la herida en el pudor de la tímida doncella, el padre muerto en presencia de la esposa y de los hijos, el niño perdido en la montaña que espantado huyó por el sebrucal (sic) destrozándose los pies.

- Parecen más bien escenas narradas por Dante que protagonizadas por seres humanos ...
- La ley de la Reconcentración se cumple, y allá va la columna arrastrando cientos de familias para los pueblos, sin pan ni abrigo. Trofeos sin duda nada honrosos para los soldados que de hidalgos y valientes habían adquirido fama en otras partes para perderla en Cuba ante el fallo solemne de la Historia...

El viejo guerrero se da una palmada en la frente como si hubiera recordado algo más, y me cuenta:

– Una mujer desea hablar con Ud., me dice una vez un Ayudante. – Dígale que venga. Aquella infeliz parecía un cadáver escapado de la tumba – ¿No me conoce Ud.? No era posible. Es Doña Elena; apenas puede hablar, sin alientos y con el alma traspasada de congoja, refiere su historia, que es la misma historia de la concentración.

Asaltados por los españoles su marido fue muerto a machetazos en su presencia, un niño se dispersa por la montaña ignorándose su fin; la columna la arrastra al campamento con la familia aterrorizada; es despojada de todas sus ropas, las señoritas

desaparecen entre la oleada de soldados y cuando vuelven a donde ella, es inútil el llanto que vierten en el seno de su madre amorosa; el daño horrendo está hecho, después el frío, el hambre, el paludismo. Todos mueren, y sólo (sic) esta mujer desgraciada vive y no se sabe para qué el Destino puede haberle conservado la vida. Ahora viene a ver a Federico; ya lo ha visto y lo ha abrazado y lo ha besado contándole su historia, y este le ha dicho con arrogancia: “No llores, madre, que aún estoy vivo para castigar tantas infamias”.

- Fueron momentos terribles para ustedes, los soldados de la revolución, ¿cierto, General?
- (...) no contento el Destino con acumular sobre Occidente tantas

desgracias, nos envía el azote del más terrible paludismo que clarea nuestras filas más que las balas enemigas. Y no hay quinina y nuestros soldados se baten con las fiebres y con ellas sufren en la avanzada el aguacero torrencial de la Primavera.

Cae Marcos, cae Zayas, Serafín Sánchez cae y otros más. Hasta los tagalos se rinden en Filipinas que también pelean por su libertad. Los españoles se envalentonan y la desgracia se ceba en nosotros; no parece sino que el Destino ha firmado pacto de alianza con España. Pero nuestro espíritu no decae y luchamos todos con la misma fe y el mismo denuedo por todas partes, movidos por el mismo resorte, por el secreto y misterioso espíritu de la

Revolución que a todos nos anima por igual.

La Guerra, y sus soldados, para este viejo militar

- Y para Usted, General, físicamente, ¿fue dura esta guerra?
- Mi desembarco a esta Tierra por la región oriental de Baracoa la verifiqué el 11 de abril a las 11 de la noche. Y desde aquel momento no he tenido un minuto de reposo. He vivido 34 meses encima del caballo, mi sueño por la noche se reduce, de cuatro a cinco horas y las de las veces a menos. Mi alimentación, a la misma cosa todos los días, carnes sin condimentos y viandas cuando se encuentran. Hace tres días, que acompaño la carne con miel de

abejas– evoca, saltando una vez más sobre el tiempo.

Siento mi pobre cuerpo cansado de la fatiga y hace muchos días, que con el pretexto del frío, mi cama es el duro suelo, suavizado con pajas del potrero donde pastan los ganados. La hamaca no me es ya cómoda, como lo era antes y es que la Tierra quizás me llame a su seno... ya yo no puedo caer saltando sobre el suelo, desde mi caballo.

- General, Usted peleó junto a ellos en la epopeya gloriosa de los diez años entre 1868 y 1878; se mantuvo en contacto con ellos durante el período de Reposo Turbulento entre las dos guerras; y desde el momento en que puso pie en las arenas de Playitas de Cajobabo, fue su General en Jefe, cargo que le es

ratificado por la Asamblea que se reúne en Jimaguayú, y planificó y dirigió las campañas militares de la Guerra de Independencia de 1895–1898, contando con ellos. ¿Qué dice hoy Máximo Gómez, el Generalísimo del Ejército Libertador, el Viejo de sus soldados, de los hombres con los cuales peleó “la guerra más guerra de América”, como me dijo hace unos minutos.

- Este es un cuerpo de ejército de condiciones especialísimas; una masa de hombres que solamente obedece a impulsos de un sentimiento noble de patriotismo desinteresado, y con estos soldados de la Revolución, desarmados y sin cananas, marchamos a plantar la bandera de la independencia en los campos de Occidente desafiando el

poder de España.

(...) el soldado criollo necesita muy pocas cosas. Su alimentación la tiene asegurada en sus campos ricos de ganado, aves y frutos... Para conseguir armas y municiones, dispone de facilidades y medios que son muy desconocidos al enemigo; al mismo tiempo que establece talleres en sus selvas ocultas, en donde repara sus armas y fabrica pólvora.

Por encima de todas estas ventajas tenemos la principal: la manera de hacer la guerra. Estando siempre al tanto del movimiento del enemigo, nos queda el derecho de aceptar o no combate; y en el primer caso nos queda entonces el derecho y la facilidad de elegir la posición.

Ya el último de nuestros soldados es instruido en esta táctica y por consiguiente, siempre que se bate lo tiene que hacer con valor, decisión y esperanza de triunfo.

Gómez entrelaza los dedos de la mano y acomoda la espalda en el butacón:

- Una de las malas peripecias de la guerra que más aterra al soldado, es la dispersión, y jamás en los nuestros, en cualquier caso casual que la hubiese, puede causar esas funestas consecuencias, y la razón se explica: Hombre de campo, duro y fuerte, conocedor del terremoto; pues ningún cuidado se le dá verse un instante solo. La comida la encuentra donde quiera y el agua, si no encuentra en seguida una fuente, en seguida busca el curujey o la

raíz de varios árboles que sabe se la suministran; después sigue una huella perdida en la vereda oscura, que lo conduce al rancho de un conocido.

¡Ah! Yo que he mandado este ejército de valientes, bien quisiera dejar escrita la historia de cada uno de sus soldados... A unos les escribiría yo en sus hojas de servicio las siguientes notas de conceptos: Valor fuera de toda duda. A los otros: Terribles.

Ascensos en el Ejército Libertador

- ¿Bajo qué principios se concedían los ascensos en el Ejército Libertador?
- (...) la propuesta general de ascensos de los Jefes, Oficiales y clases... que se hayan hecho merecedores de esa recompensa (se hacía con) la mayor

escrupulosidad en la apreciación de los méritos y servicios contraídos y en las aptitudes de cada uno. para que (resultara) la más estricta equidad y justicia en (la) promoción.

La guerrilla de los casados

- Si no tiene inconveniente me gustaría que hablara ahora de la “guerrilla de los casados”. ¿Qué fue eso de “guerrilla de los casados”?
- Cosas de Carrillo... Pero se me antoja hacer un día una excursión por zonas colindantes respectivamente, de Sancti Spíritus y Remedios y vi entonces la eficacia militar, que así me atrevo a llamarla, de la guerrilla de los casados (...) un cuerpo de organización especial y los servicios que presta solamente se

pueden apreciar pensando que es la guardadora de lo más delicado que tienen las naciones: el honor de las familias y el reposo del hogar. Son miles de ojos, esparcidos por los montes, por las veredas, por las lomas que se esconden y desaparecen para aparecer después dando aviso a las familias de las novedades ocurridas durante el día y aún de la noche en una zona comprendida en muchas leguas. Una combinación de disparos, les marca a todos los rumbos que sigue el enemigo y la familia se prepara a escapar de su brutal asalto y cruel persecución.

La guerrilla de los casados (...) son los ojos del Ejército Cubano esparcidos por los campos, es la mirada siempre atenta del explorador más interesado que se

puede conocer en las guerras habidas y por haber, porque es el labrador que ronda alrededor de su casa santa que guarda el tesoro de su buena compañera y de su hija amada.

- Con enemigos tan “cujeados” como esos, España tenía prácticamente perdida la guerra; es evidente para los finales de 1897 y principios de 1898...

El General me interrumpe sin miramientos. Quiere seguir hablando del ejército que estuvo a sus órdenes, y yo le permito salirse del plan de la entrevista para darle contento a este viejo militar.

- Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrastable y

sublime; la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme. Llegando a los extremos, nos hicimos seriamente cargo de nuestra situación, y la aceptamos. Hubo más, la amamos. ¡Qué amor tan grande! El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana; amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega, para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fue correspondido y

supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rio de España. España estaba perdida.

Al final: la autonomía

- Casi al finalizar la guerra, después de más de 100 años solicitándose a España, ésta, al fin, en 1898, les concede la autonomía. ¿Significó algo para la Revolución esa decisión del Gobierno español?
- ... este lío que ahora se traen los españoles con su autonomía. Por lo que a nosotros toca, en primer término, nos está proporcionando un beneficio de no escasa importancia, pues ello contribuye (el cuajo está seguro) a limpiar nuestras filas de gente parásita

que no sabíamos qué hacer con ella, que no pagaban el costo y que desde luego nos hacían mucho daño, pues en las revoluciones lo que no es útil estorba.

Suspira profundamente antes de continuar:

– Hombres corrompidos que no habían quebrado platos suficientes para ahorcarlos, pero que solamente al verlos nos causaban asco, como los Guzmanes, los Masó Parra y Ceperos (...) nos está limpiando Sagasta con su autonomía: está haciendo el efecto químico de la clara de huevo, que recuerdo empleaba mi madre para clarificar el almíbar y regalarnos con dulces exquisitos.

No hace mucho que hablar de Autonomía era pecado de tal gravedad, que se purgaba en el destierro o el

patíbulo. Eso lo habían pedido los cubanos suplicando y de rodillas y esa misma España que torpe y altanera negaba tal solicitud y despreciaba a los hombres, la quiere imponer ahora a fuego y sangre porque desengañado el pueblo cubano ya no quiere eso, porque ha aprendido que lo que necesita para su ventura es su independencia.

(...) Hasta aquí todos hemos dicho siempre que España es una nación torpe y cruel, remontándonos hasta su Historia de la Inquisición, pero con este paso que ha dado en Cuba, y que nadie sospechó fuese de semejante modo, sí podemos decir, sin temor a que se nos tache de injustos y apasionados, que España ha llegado a la locura, pues otra cosa no acusa el procedimiento.

- Entonces, ¿este acto de España fue una maniobra muy “inteligente” para perder la guerra? ¿Cómo se desarrolló la campaña militar española después de implantada la Autonomía?
- (...) consecuente con su prurito de proverbial arrogancia en todas sus cuestiones, sobre todo en América, en donde es histórico y siempre se ha dicho que España ha ganado siempre todas las batallas menos la última y eso me parece que va en camino de sucederle ahora en lo de Cuba.

La continuación de esta guerra, con su mismo carácter weyleriano, con iguales procedimientos feroces, cambiado, España, sin embargo sus móviles y tendencias, dejando vigentes los métodos, es cosa que nadie se puede

explicar. Cuando yo veo que se indultan deportados a las Chafarinas y Fernando Poo, al mismo tiempo que acá en la manigua se asesina a otro cubano pacífico; cuando veo que los soldados españoles mueren al filo del machete de nuestros valientes, que mueren, no defendiendo a su Rey, sino al Gobierno de los Gálvez y los Montoro, yo me siento conolido de tanta ruina humana, pues me parece en verdad un procedimiento infame y cruel...

Antes de la importación de la Autonomía, cuando los españoles defendían a España en Cuba, se podían aceptar todas las intransigencias, todas las violencias, el patíbulo, la cárcel, el destierro y las confiscaciones y el hambre, para eso vino Weyler, pero se

fue éste porque no cabían los dos en Cuba, él y el nuevo régimen, pero han quedado los mismos métodos, con más, amparados en la infamia del cohecho y el soborno. De manera que se trata de someternos asesinando nuestra honra, corrompiéndonos.

Esa (fue) la situación – **afirma, recobrando el sentido de la realidad**–, y esa (fue) España en Cuba... rebajada hasta el último grado su degradación moral.

Los norteamericanos

- Hablemos a continuación de los norteamericanos. Durante los dos primeros años de la guerra de independencia de 1895, se mantuvieron en su habitual política de neutralidad,

¡falsa neutralidad!, mientras los periódicos amarillistas yanquis difamaban al Ejército Libertador y a sus Jefes. Sin embargo, en la segunda mitad del año 1897, hay un cambio ostensible de política hacia los cubanos que luchaban contra España...

Continuamente llenan sus periódicos de manifestaciones de simpatía a nuestra causa; pero ¿qué hacen? Nos venden armas a muy buenos precios con la misma facilidad con que venden suministros a los españoles, que nos oprimen; pero jamás nos han dado nada, sin siquiera un rifle.

(...) tanto mienten los tipos españoles como los americanos y no porque eso lo digan los segundos debemos creerlo pues ellos quién sabe si les conviene

declaran cierta actitud... si la prensa española miente no se queda atrás la americana.

- Pero muchos cubanos del partido separatista deseaban el reconocimiento de nuestra beligerancia por parte de los Estados Unidos, ¿por qué Usted se pronunció de manera contraria?
- Estoy pensando en prohibir a todos que se pronuncie esa palabra en el campamento. El reconocimiento es como la lluvia; si viene, es buena, y es buena también si no viene- se ríe a carcajadas, antes de recobrar la compostura

(La entrada de los norteamericanos en la guerra) nos perjudica muchísimo a nosotros, pues levanta el entusiasmo de la nación española, de lo que el

Gobierno sabe sacar partido y enerva el espíritu de nuestra gente que se sienta a esperar, que de esa fajazón resulte que nos quedemos con la Isla limpia de polvo y paja. “Fíate de eso, mambí, y no corras”

No creo en el espíritu bélico de los yanquis, en el de los españoles sí, son capaces de fajarse con el diablo.

- ¡El año 1898! El país está en pie de guerra de un extremo a otro. Usted se bate duro en La Reforma, y Calixto García desarrolla con éxito su campaña en Oriente. España se consume inútilmente en una guerra que la obliga a reclutar a jóvenes imberbes, casi niños, de las aldeas remotas: las últimas quintas de reclutados. Prácticamente teníamos inclinado a nuestro favor a ese

árbitro del destino que es la Historia. Este es el momento puntual que los potentes Estados Unidos escogen para intervenir en nuestra guerra contra España. ¿Le parecía a Usted prudente “contar” con los norteamericanos para consumir la independencia, que de hecho ya casi habíamos logrado por nuestros propios esfuerzos? Creo recordar que desde 1889 Usted era bastante reacio a confiar la solución del problema cubano a la ayuda de los norteamericanos ...

- No sé cómo los cubanos que tienen sangre de héroes fíen su independencia a las palabras de un... yankee. Con esa gente, los predilectos de Bellido, no debemos contar más que para que nos vendan sus armas como se las venden

lo mismo a España, y ponernos en apuro para que Cuba se les anexe, cuya solución alientan muy por debajo, para ir después allí a tratar a patadas a nuestros pobres negros y a los blancos también.

Mucho se habla y se escribe de reconocimiento de beligerancia por el Gobierno Americano, y mucho nos convendría ese suceso, pero como nosotros al alzarnos, sólo contamos con la fuerza de nuestro brazo y la resolución inquebrantable de triunfar, impávidos seguimos nuestra marcha, seguros, que lo que debe suceder sucederá.

Las mismas ideas de Martí acerca de los yanquis

- General, después de 1892, en varias oportunidades, Martí y Usted estuvieron en contacto, bien porque él le visitaba en Santo Domingo o porque Usted viajara a Nueva York, bien por el intercambio epistolar. De cualquiera manera, en tantas conversaciones como debieron sostener, y siendo ese un tema de crucial importancia para Martí, y para su proyecto de estrategia antillana y continental, el Delegado debe haber compartido con Usted sus preocupaciones sobre las ambiciones de Estados Unidos sobre América y sus pretensiones de apoderarse de Cuba.
- Aún resuenan en mi alma – **me dice**– las palabras de amor y de cariño que en la

Patria querida nos dirigió a un estimado amigo mío y a mí el Héroe Mártir José Martí: “Hay que trabajar por nuestra América tan combatida; hay que cuidarla de las maldades de afuera, porque de las de adentro está salva”, nos decía allá en la Patria querida antes de venir a ofrendarse en holocausto a esta tierra de su amor ...

Los asuntos de Cuba, que son los asuntos de la América entera, porque esta guerra no es más que el epílogo de una obra secular que se inicia en la negra noche de la conquista, sangrienta atraviesa largo período de cuatro centurias y alcanza a nuestros días manando sangre como la cabeza de Héctor... esos asuntos... tienen que hacer doler el corazón de todo buen americano...

La voladura del Maine

– Entonces ya Usted tenía formado cierto juicio con respecto al peligro que representaba para América Latina y, en especial, para Cuba la cercanía territorial, y la geofagia manifestada por los hombres de gobierno de los Estados Unidos. En el álbum homenaje a Federico Henríquez y Carvajal, Usted escribió, en 1900, durante su visita a Santo Domingo, aún ocupada militarmente la Isla de Cuba: “Se debe tener mucho miedo, primero a los pretextos y después al oro y a los cañones de los imperialistas del Norte”. Uno de los pretextos para intervenir en nuestra guerra, fue la voladura del acorazado Maine en el puerto de La Habana. ¿Tuvo Usted conocimiento de

ese hecho?

- Me entero el día 21 de febrero, vivaqueando por Los Hoyos. Recibo noticias de la desgracia ocurrida en el Puerto de La Habana, al buque de guerra americano “Maine”. Este vapor voló (no nos dicen cómo) pereciendo muchos de sus tripulantes.

Este desgraciado suceso nos ha impresionado tristemente a todos, por la pérdida de tantas vidas de los hijos de un Pueblo, que simpatiza con la justicia de nuestra causa que tanta sangre nos cuesta.

Aún los congresistas norteamericanos no han aprobado la Resolución Conjunta, pero ya el gobierno de Estados Unidos envía víveres a Cuba...

El hecho de dar lugar y permitir que los americanos le manden pan a este Pueblo que España misma ha reducido al hambre, eso creo que no tiene ejemplo en la historia de las naciones. Eso mismo no tendría nada de particular y extraño, si la miseria en que está sumida esta Isla tuviese por causa una natural catástrofe, pero esto es obra de los mismos españoles.

- Pero ese gesto “magnánimo” de los yanquis, ¿a qué obedece?
- Creo que los americanos han dado principio a su intervención real, empezando por la cocina cubana. Estos yankees como son tan prácticos y saben que en casi todas las cuestiones de la vida entra por mucho el estómago, ya ven por donde se le han colado en

Cuba a los españoles.

- ¿Cómo se enteró de la declaración de guerra de Estados Unidos a España? ¿Es cierto que España ordenó un armisticio y prohibió a sus soldados combatir a los mambises?
- (...) en este último punto (Trilladeras) he recibido varios alcances de periódicos que nos dan noticias. La más interesante, anunciando que el Gobierno de los Estados Unidos ha declarado ya la guerra a España y reconocido en los cubanos capacidad suficiente para ser independientes. Los españoles han proclamado mientras tanto un armisticio, suspensión de hostilidades en toda la Isla y concentran sus fuerzas. Yo he dado una orden general despreciando ese mañoso

armisticio y ordenando que ahora más que nunca debe continuar la guerra bravamente. Esa debe ser nuestra actitud y no otra; esperando los sucesos que por fuerza se han de desarrollar”

Los Jefes y Oficiales del Ejército a mi mando batirán al enemigo en cualquier situación que este se encuentre, sin alterar lo más mínimo nuestro sistema de guerra. (...) La santidad de nuestros principios, y el honor militar, son una garantía del cumplimiento de esta orden.

En cuanto a mí hago lo que humanamente puedo, cuando no pueda agarrar una columna fuera se tirotean los fuertes.

- Me imagino que muchos cubanos habrán acogido el armisticio con

alegría, imaginando que se avecinaba a pasos agigantados el fin de la guerra.

- ...tengo la desgracia de pensar en esta cuestión un poco distinto a todos los cubanos, y creo que a pesar de los cañones americanos estamos corriendo un gran peligro. Si el honor y el decoro no se ponen bien ahora, se corre un gran riesgo. Si el armisticio no es protestado a balazos, se expone la Revolución a un desastre.

Opinión sobre la intervención yanqui

- ¿Cree Usted que el Gobierno de los Estados Unidos actuaba desinteresadamente, bajo principios altruistas de ayudar a nuestro pueblo en su lucha contra España?
- En la libre América todos están

dormidos, y la fuerte nación que se llama Estados Unidos no oye nuestro grito de dolor. Sí, los Estados Unidos preparan combinaciones, lo pesan todo, mezclan los ingredientes para el brebaje que luego se tendrá de todos modos que tomar. A este egoísmo se le llama sabia política internacional. ¡Política de boticarios! (...) Pesan hasta los sentimientos...

Fue una lástima, que los hombres del Norte, largo tiempo indiferentes contemplaran el asesinato de un pueblo; noble, heroico y rico...

- Desde agosto de 1898 hasta principios del año 1899, Usted permanece en la zona aledaña al Central Narcisa, Yaguajay, en la antigua provincia de Las Villas...

Gómez me mira extrañado ya que se le escapa el significado de la frase “antigua provincia de Las Villas”. Nada sabe de la nueva división político- administrativa de la Isla.

- Sosteníamos la lucha firmes y decididos, con brío en el brazo y fe en el corazón, contra un enemigo formidable. Entonces éramos pocos. Muchas energías dormitaban, o se habían atrofiado, o no existían. De repente los hombres del Norte declaran la guerra a España, viniendo a ser por la fuerza del suceso, nuestros aliados. La reacción entonces fue poderosa y comprendimos que poco o nada teníamos que hacer.
- Públicamente no hace declaración alguna con respecto a la llegada de los soldados norteamericanos a Cuba, de

las acciones de guerra, el armisticio firmado el 12 de agosto del propio año entre España y los Estados Unidos, o al Tratado de París, con que se pone fin a la guerra, hasta que da a conocer lo que podríamos llamar la Proclama del Narcisa. Sin embargo, debe tener formada una opinión de estos aciagos hechos, ¿o no?

- Los americanos –**me explica leyendo a ratos en unos papeles amarillentos**– están cobrando demasiado caro con la ocupación militar del País, su expontánea (sic.) intervención, en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia.

Nadie se explica la ocupación. Así como todo espíritu levantado, generoso

y humano— se explicaba, y aún deseaba la intervención.

Siempre es laudable y grato el oficio de factor de Paz y concordia, de armonizador, pero indudablemente, queda desvirtuada la obra cuando en ella se ostenta sin reparo; el espíritu y las tendencias de especulación. La actitud del Gobierno Americano con el heroico Pueblo Cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más que un gran negocio, aparte de los peligros que para el País envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos; que debe dar, desde un principio, consistencia al establecimiento de la futura República; cuando todo fuera

obra completamente suya, de todos los habitantes de la Isla, sin distinción de nacionalidades.

- ¿Qué pensamientos ocupaban su mente en esos momentos?
- Nada más racional y justo, que el dueño de una casa, sea el mismo que la va a vivir con su familia, el que la amueble y la adorne a su satisfacción y gusto; y que no se vea obligado a seguir, contra su voluntad y gusto, las imposiciones del vecino.

De todas estas consideraciones se me antoja creer que, no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los Pueblos para su dicha y ventura; mientras dure el Gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dimanante de un Poder extranjero y

por tanto ilegítimo, e incompatible con los principios que el País entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas.

- ¿Y qué sentimientos le pesaban en el alma?
- Tan natural y grande es el disgusto y el apenamiento que se siente en toda la Isla, que apenas el Pueblo ha podido expansionarse celebrando el triunfo de la cesación del poder de sus antiguos dominadores.

Tristes se han ido ellos, y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes

soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero las palabras Paz y Libertad no debían inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia, entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado, con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

- General, los españoles y los cubanos pelearon enconadamente como leones por más de 30 años, como Usted mismo acaba de reconocer. De parte de España ocurrieron atrocidades innombrables, difíciles de perdonar, ¿no quedaba rencor en el corazón de los mambises

para los enemigos de antes, ahora que se había puesto punto final a una guerra que duró más de treinta años?

- Esto hacemos los cubanos que, cuando esclavos, fuimos sumisos y resignados; hoy que somos libres, somos generosos, y más que odio, lástima nos inspiran los que fueron nuestros tiranos.

Año 1898

- Hablemos de este aciago año de 1898. La plaza fuerte de Santiago se ha rendido a los norteamericanos ...
- Ninguno, primero que yo, dijo un día, resonando aún la guerra, en carta que dirigí a Martínez Campos: No permita nunca España que Cuba le deba su independencia a otra nación extraña. Queríamos tratar con España; pero la

soberbia española cegó a sus hombres de gobierno...

- En los actos por la rendición de Santiago de Cuba, el 16 de julio de 1898, una ausencia es notable: la de las tropas de Calixto García que se habían batidos “tiosos”, como a Usted le gusta decir, en las posiciones de vanguardia en El Caney, El Viso y la loma de San Juan, mientras los soldados norteamericanos se mantenían en la retaguardia. La razón para no invitarlos a este trascendental acto, según el General Shafter, obedeció al temor de que los mambises cometieran excesos contra los civiles de nacionalidad española. Como General en Jefe del Ejército Libertador, ¿Usted no dictó órdenes en ese sentido?

Una vez más, Gómez rebusca entre sus papeles para no depender de su memoria, y me lee la Orden General que con fecha 1ro. de Agosto de 1898, acampando todavía en La Reforma, dirigió al Ejército bajo su mando:

- Llegado el momento de caer en poder de las fuerzas revolucionarias las poblaciones hasta ahora ocupadas por el enemigo, como viene ya sucediendo, he creído conveniente dictar lo siguiente:

El honor no desmentido de nuestras armas, es una garantía del cumplimiento de la presente orden.

- Entonces, la humillación a Calixto García y sus tropas que nos hicieron tragar los norteamericanos estaba de más, puesto que el Ejército Libertador

recibió órdenes precisas con respecto al comportamiento que debía guardar con el enemigo. Lo que hicieron con el General García es una fuerte evidencia de que no eran los altruistas y respetuosos amigos de nuestra causa que nos “venían a ayudar”, pero no fue el único incidente. Hay un hecho que con toda certeza los descubre, y es el desacato y el ultraje a nuestra bandera cometido por un oficial de la Sección de Americanos, durante la toma del Jíbaro, en julio de 1898, apenas tres días después de la injuria a Calixto García.

- Debo, en vista de tan incorrecta conducta, tomar un procedimiento serio contra él o los infractores de nuestras leyes. Se procedió por medio de una junta de Guerra... (...) La Junta

resolvió despachar a los dos presuntos reos al Gobierno de los Estados Unidos o al General en Gefe (sic.) del Ejército Americano.

Ha sido, según el expediente instruido, un acto tan incivil el que han cometido estos oficiales americanos, que casi ha rayado en salvajismo. Sin duda su ignorancia es tan crasa que no les ha permitido conocer a la luz de nuestra propia historia las consideraciones y respeto que merecemos, no solamente de los que se honran con ser amigos de nuestra causa, sino hasta de nuestros propios enemigos. Profanar la enseña noble de este pueblo heroico, faltar al respeto de uno de nuestros Generales (el General José Miguel Gómez) y despreciar nuestras leyes, eso, después

de los españoles, sólo se le ocurre a un americano borracho y brutal.

- La guerra ha terminado ya, pero la devastación es inconmensurable. Usted permanece en la zona de Remedios, cerca del central Narcisa, y trata de compensar el hambre y las privaciones por las que atraviesa la población cercana a Usted. ¿Cómo se las ingenió para mitigar un poco la miseria del pueblo, si ni Usted mismo ni sus tropas tenían para dar?
- Mucha gente aquí –mujeres, niños, muertos de hambre... He mandado traer aquí, por mar, todo el tasajo que quede en Punta Alegre para distribuirlo. El que (se) separó para los americanos, dispuse lo repartieran en las familias...

(Estuvimos) luchando con el burdo de los españoles de no dejar desembarcar la comida para este pueblo que ellos mismos han reducido al hambre. (Era) preciso no sufrir más; es necesario no dejarnos vejar más y conseguir – debiera decir a todo trance– un puerto franco para los cubanos, (por lo tanto) ordeno en esta misma fecha al Teniente Mr. Ahern que haga el desembarco por el muelle de Boffil del central “Narcisa”

- ARTICULO 4º– Los términos de las capitulaciones no se impondrán nunca con desusadas humillaciones para el enemigo; pero tampoco con detrimento del brillo de nuestras armas, ni de nuestra dignidad nacional, sin que sirva de pretexto la economía de

sangre, cuando la terquedad del enemigo así lo exija, para obligarlo a rendirse.

(...) me (era) muy doloroso no tener una peseta en el bolsillo para extender mi mano sobre la de la mujer y el niño que me pide una limosna.

Lo interrumpo:

- Pero, General, ¿España aún gobernaba a Cuba a pesar de que la contienda ha terminado?
- Según lo pactado entre España y los Estados Unidos – la evacuación por parte de los españoles de la Isla, se hará despacio y cómodamente, para después ocuparla los americanos. Mientras tanto, a los cubanos nos ha tocado el despoblado y por premio de nuestros

servicios, de nuestro cruento sacrificio, el hambre y la desnudez, que hubieran sido más soportables en plena guerra que en esta paz, donde no nos es permitido ostentar nuestros laureles tan bien conquistados.

- Este pueblo, General, tiene una historia de maltratos y miserias, cual ningún otro pueblo en la historia de la humanidad... En el futuro este legado de injurias y escasez todavía permanecerá, para desgracia nuestra...
- Indudablemente, aunque todo se arregle a satisfacción – **me responde cauteloso** –, hay que confesar que el Pueblo Cubano es uno de los que más ha sufrido en América para conquistar su independencia. A cada paso un dolor, a cada instante de su vida histórica

cientos de vidas sacrificadas por la mano airada de su adverso Destino... Este pueblo ha luchado y empapado su suelo en lágrimas y sangre cual ninguno. No se ha podido salvar un solo corazón que no haya sufrido un dolor, ni se han cerrado ojos algunos antes de derramar lágrimas a torrentes...

- ¿Usted le escribió al Presidente McKinley, el 29 de octubre de 1898, para que enviara recursos con que remediar un tanto la situación? España había creado una realidad grotesca, pero parece que los americanos la llevaron hasta el nivel extremo de la depauperación.
- El pliego que llevó (Conill) según dispuso fue entregado al Presidente y tal

parece que causó buena impresión; ofrece enviar comestibles para el Pueblo Cubano. Aún habrá que esperar y mientras tanto no sabemos de dónde sacaremos los recursos. Es pues, la situación más apurada en que nos han colocado los Americanos.

- ARTICULO 2º- Sin distinción de raza y nacionalidad, quedarán amparadas por la bandera de la República Cubana, todas las personalidades y propiedades existentes.

La triste secuela de la guerra: hambre y enfermedades

Situación al término de la Guerra

La situación pues, que se le ha creado a

este Pueblo, de miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Pero no (eran) instantes de comentarios – **me asegura apagando el tono de su voz**– y lo sensato es saber esperar.

- Hasta los familiares de los héroes que pelearon por hacer a Cuba libre están en la inopia; tengo entendido que Usted ayudó a la viuda del general José Maceo que estaba atravesando, en esos momentos de paz, por una situación apurada.
- (...) el caballo mismo lo (vendí) y el sobrante se lo (mandé) a la viuda de

José Maceo que se está muriendo de hambre y nadie se ocupa de ella.

Fusilamiento de Roberto Bermúdez

- General, ha cesado la guerra entre españoles, cubanos y norteamericanos, aunque todavía no se ha firmado el Tratado de París, y ocurre uno de los sucesos en que Usted estuvo envuelto que más motivos le ha dado a sus enemigos para criticarlo encarnizadamente. Me refiero, por supuesto, al fusilamiento del Brigadier Roberto Bermúdez, que Usted ordenó que se cumpliera el mismo día en que España y Estados Unidos firmaban el protocolo preliminar para las negociaciones de paz, el 12 de agosto de 1898, y que muchos consideran una medida extrema ahora que se entraba

en la paz.

- Este fue un hombre valiente – me confiesa con algo de pena en la voz.

Gómez, como Martí, encuentra siempre algo bueno que decir hasta de los hombres más despreciables.

- Cuando la invasión de Occidente se distinguió y durante la campaña que sostuvo el General Maceo en la provincia de Pinar del Río adquirió hasta fama y celebridad, pero era un hombre manchado de crímenes, era un asesino y un ladrón. Todo eso se fue acumulando poco a poco, a pesar del torbellino de la revolución, hasta que llegó la hora y fue acusado de una manera formal ante la justicia y ella le impuso el castigo que merecía.

- ¿Sus crímenes eran tales que justificaban que fuera privado de la vida?
- (...) la conducta observada y procedimientos violentos con unos pobres y patriotas rancheros, despojándolos ... me (hicieron) presumir que dicho Jefe (podía) cometer otros abusos que revistan carácter más grave y que puedan perjudicar nuestra causa, con mayor razón en los momentos que así propios como extraños, observan con interés la conducta de los que tremolamos en los campos de Cuba la bandera de la Libertad.

Yo insisto.

- Se dice que Ud. mismo dirigió el pelotón de fusilamiento porque otros oficiales se negaban a ello.

Gómez me fulmina con una respuesta iracunda; las venas del cuello se le ensanchan al decirme:

– Ese (era) otro bandido asesino, ladrón, pero nadie me (había) dado un parte formal para agarrarlo y entregarlo al rigor de la justicia.

(Bermúdez había demostrado) con sus actos posteriores, que su valor no era sacrificio, sino sed de sangre; que los servicios prestados a la Patria no eran producto de una convicción honrada, de un buen hijo de esta tierra, sino de instintos criminales que en esta nuestra hora trágica, se saciaban a plena satisfacción.

(Ya le dije) que es preferible un Jefe arbitrario que débil o falto de carácter. Los males que pudieran producir los

procedimientos del primero serán de consecuencias personales; le harían daño a su persona, es lo más; pero los trastornos que sobrevendrían de los procedimientos del segundo, ¡ah! esos serán siempre desastrosos; porque afectarían a todo el cuerpo social.

A la sombra de una autoridad débil, sólo medran los osados, los atrevidos, que en las Revoluciones, por desgracia no son los menos, y se ven desdeñados y desatendidos los virtuosos, los moderados, los de espíritu manso.

Toda fuerza constituye salud y conduce a la vida. Toda debilidad, es extenuación, es la anemia y conduce a la muerte.

Por mi parte como Jefe supremo de las armas, y sin exigir imposibles, estoy

dispuesto a no asumir responsabilidades perdonando o tolerando faltas que repetidas pueden constituir delitos.

Ahora apaga un poco la voz, se recobra del exabrupto y concluye piadosamente:

- ... derramar sangre de cubanos ... aunque sea en justicia nunca es grato.

El caso Luis Morote

- Hay dos temas más que me gustaría conversar con Usted, si no tiene objeción, relacionados con esta “leyenda negra” de su carácter arbitrario y despótico para con sus subordinados: uno, es el caso del periodista español Luis Morote y, el otro, del Comandante José M. Villa, ambos ocurridos entre febrero y abril

de 1897.

- Un titulado Comandante ... de indefinida graduación, por no poseer documento auténtico que lo compruebe, como lo es el diploma ...
- ¿Puede contarnos cuál fue su actuación en estos dos casos?
- Leemos muchos periódicos con noticias sobre Morote. Este, con su venida al campo, ha causado mucho ruido, y se comenta mi actitud al recibirlo; Morote me trata de “incivil y brutal”, seguramente porque yo lo boté a latigazos de nuestro templo.
- General, otros corresponsales de guerra, como Silvestre Scovel y Grover Flint, fueron recibidos por Usted y permanecieron días y hasta meses en

los campamentos mambises, sin que Usted se opusiera a su labor periodística, ¿por qué con Morote fue diferente?

- Osadamente se presenta a mi Cuartel, Luis Morote, Corresponsal de un periódico enemigo: “El Liberal de Madrid”. No pudo alcanzar mi previsión, cuando en 13 de febrero, entregué y sometí al audaz aventurero Luis Morote Gueux a un Consejo de Guerra ... que tuviera yo, enemigo como soy de dar a los hombres mayor importancia de la que merecen, que ocuparme de él... (Era) un emisario de nuestra desgracia y deshonra. (...)
- Morote fue arrojado de mi tienda, como un intruso ...

El atrevimiento de este hombre me ha

indignado, pero como viene autorizado por una carta de Severo Pina, es preciso proceder en este asunto con calma para aclararlo bien; y en tal virtud, es sometido a un Consejo de Guerra, que nombro, compuesto de los hombres de más luces que están a mi lado y a ese Tribunal someto para que lo juzgue. El tal Morote, que para honra y gloria de la Revolución, bien merece que se fusilara arbitrariamente.

No entretendré mi pluma en recordarle su indecorosa manifestación ante el Consejo de Guerra, de que su desgracia era ser español ... alardeando de un valor que estuvo muy lejos de tener, etc., etc.

Morote es absuelto por el Consejo de Guerra, y puesto en libertad para volver

a sus filas. Fallo que acato y respeto enseguida.

El corresponsal español, uno de nuestros peores enemigos, es despachado con las mejores seguridades y garantías hasta la ciudad de Sancti Spíritus.

¡Ande! ¡Hombre gobernado por mujer!

- Tengo entendido que Morote contaba con el respaldo de algunos miembros del Consejo de Gobierno, y algunos Jefes del Ejército Libertador, ¿cómo fue posible? ¿Este fue otro motivo de fricción con el Consejo de Gobierno?
- (...) Severo Pina, Marcos García, Ruperto Pina, Rosendo García y muchos cubanos más, que si no se les hubiera permitido hablar con él,

hubieran reventado; todos esos deben ser personas muy finas para Morote. (...) La sola recomendación de Marcos García y de Severo Pina, esta última deshonra oficial nuestra, debieron dar a comprender a todos, cuáles eran las aviesas intenciones del poco hábil corresponsal.

Desde luego que este tembló y se quedó espantado con la actitud mía, que estaba muy distante de revelarle las más mínimas afinidades con la conducta de Severo Pina, Marcos García, Rosendo García y Ruperto Pina, estos dos últimos, Jefes de nuestro Ejército, que le recibieron en su propio campamento y lo colmaron de atenciones. Hombres de limitados alcances, que no podían comprender hasta donde se lastimaba

su propio decoro y el decoro de la Revolución que ellos defienden ... De ahí que Morote se sintiese con valor y esperanzas fundadas, de conseguir fruto a su infame labor.

Bien (lo) dijo un día Manuel Sanguily...

- Ahora estoy más curiosa. ¿Qué dijo Manuel Sanguily?
- “Y hay quien se haga matar por tanto lacayo que no quiere quitarse la librea y vestir la toga” ...

Yo le censuré un día a Manuel Sanguily que vertiese esas frases, cuando se sintió herido como cubano, al ver agruparse a los hombres, en la ciudad de La Habana a los pies de la Infanta Eulalia. Y cuando pensé, que yo mismo tendría que aplicarlas, no en La Habana

sino en estos campos empapados en sangre. ¡Qué horror! Nadie es capaz de apreciar el trabajo y la fatiga que cuesta enseñar a los hombres a ser libres.

Y el caso Villa

- ¿El caso Villa, General?
- (...) se negó rotundamente a prestar el servicio que se le exigió, infiriendo con este acto público de insubordinación, un ultraje directo a mi superior autoridad, que cumplía a mi deber castigar en el acto, severamente.

Ningún subalterno, en ningún caso, puede rechazar las órdenes de su superior, por injustas que estas le parezcan, pudiendo después con más acopio de razones, respeto y buen espíritu de disciplina pueda,

aprovechando todos los derechos que le otorgan nuestras leyes, y las prácticas de derechos republicanos, elevar sus quejas a quien quiera. Al mismo General en Jefe o al Consejo de Gobierno.

Cuando un ejército se encuentra en campaña, ningún acto de insubordinación puede considerarse insignificante, el que más lo parezca, siempre será de carácter grave y el General que no sepa y esquivando todo esto, o que no se sienta con carácter, para cumplirlo o hacerlo cumplir, bien puede abandonar el puesto y guardar sus galones para los días de gala.

- General, no entiendo. Aunque soy muy ignorante en las cuestiones militares sé, como casi todo el mundo, que para la

buena organización de las fuerzas armadas y para el logro del triunfo, hay una máxima ineludible tanto en tiempos de paz como de guerra y es “las órdenes no se discuten, se cumplen”, y el que no esté de acuerdo con eso tiene un camino fácil: no meterse a soldado. Si este asunto de Villa ha trascendido en el tiempo, ¿es que hubo críticas por el modo en que Usted se condujo?

- Según he podido averiguar, parece que palpita a mi alrededor, eso se extenderá, cierto espíritu de descontento en contra mía, por el procedimiento contra Villa, que muchos consideran como abusivo, violento o injusto. Es decir, que entre Villa y yo que hay una distancia enorme por la jerarquía, era yo el llamado a tolerar la insolencia de la insubor-

dinación, cuando ésta no solamente lastimaba mi decoro personal, sino la disciplina del Ejército.

- Si en base a estos tres procesos, el de Bermúdez, el de Morote y el de Villa es que le endilgan el cartel de tirano, entonces, General, no se preocupe. Usted actuó como un hombre íntegro, como un Jefe responsable ante el Ejército que comandaba, y como un patriota celoso del honor de la Revolución. Es mi juicio, y yo en buena medida estoy representando en estos momentos la posteridad que ha de considerar su actuación en las guerras de Cuba.
- (...) toca a la Historia juzgarnos a todos.

Entrada a La Habana

- Después de tres años de una guerra brutal, Máximo Gómez entra en La Habana, el 24 de febrero de 1899. Es un aniversario del inicio de la guerra de Martí, que Usted y Maceo pelearon. El pueblo agradecido le dio muestras pertinaces de su afecto: apenas le dejaban descansar en la Quinta de los Molinos. Querían verlo, querían abrazarlo; las mujeres le besaban con cariño, y le “empinaban los niños hasta el bigote” para ser besados por Usted. En esos días, ¿era feliz, General?
- (...) agasajado cariñosamente por este pueblo, te confieso que me sentí el hombre más feliz del mundo... Por lo poco que he hecho en bien de este país, he visto realizada mi mayor gloria, mi

más caro ensueño: el ser muy querido de los cubanos. (Gozo) del cariño de este pueblo que, ahora más que nunca, me lo ha demostrado comprometiendo, por modo tan elevado y sentido, mi gratitud eterna.

¡Ni pago luz ni teléfono: esas generosas Empresas no quieren cobrarme – **me dice con ternura en su voz** –. El establo El Niágara nunca ha querido cobrarme nada por el cuidado de 4 caballos, y ya tú sabes lo que eso cuesta aquí; amén de no cobrarme tampoco la ocupación de un carruaje para mí o mi familia.

– Parece que la Providencia quiso aliviarle el disgusto que recibiría en los días venideros, en su “encontronazo” con la Asamblea de Representantes, con las manifestaciones de lealtad y amor del

pueblo cubano representado en este momento por los capitalinos.

El viejo militar asiente imperceptiblemente con su cabeza.

Obligado recuento histórico

Hagamos un breve resumen histórico, para beneficio de los lectores. Aquel 12 de agosto de 1898, se firma el armisticio entre España y los Estados Unidos y el Consejo de Gobierno toma algunas disposiciones en cumplimiento de la Constitución de La Yaya, tocante a efectuar elecciones para elegir a los miembros de una Asamblea de Representantes que al sustituir al Consejo de Gobierno se encargara de representar al pueblo de Cuba como organismo supremo de la Revolución. El Consejo de Gobierno ha sido incapaz de lograr el reconocimiento

del gobierno de Estados Unidos, a pesar de haber enviado a su vicepresidente, el Dr. Domingo Méndez Capote, a gestionar dicho reconocimiento con el Ejecutivo norteamericano y con algunos senadores y representantes de ese país, pero espera que la Asamblea, cuyos miembros han sido elegidos por cada Cuerpo de Ejército del Ejército Libertador, aunque algunos no habían combatido en los campos de Cuba o se encontraban viviendo en el exilio, sí lo logre. La Asamblea comienza sus sesiones en Santa Cruz del Sur, Camagüey, y ahí decide enviar una delegación, presidida por el Mayor General Calixto García, que solicite personalmente al Presidente estadounidense el tácito reconocimiento mediante la concertación, si es posible, de un empréstito con el pretexto del licenciamiento del Ejército cubano, que al

firmarse le daría personalidad jurídica y política a la Asamblea ante el gobierno de los Estados Unidos; pero todos conocemos que en el momento de la entrevista, Calixto García, enemigo de un empréstito, solicitó un donativo de 3 000 000 que el Presidente McKinley aceptó de inmediato.

Seguidamente muchos miembros de la delegación protestaron por la decisión de Calixto García y lo desautorizaron, pero McKinley se mantuvo intransigente en cuanto al donativo. En medio de esas gestiones, desafortunadamente muere Calixto García, en los Estados Unidos sino, quién sabe cuál hubiera sido la actitud de la Asamblea hacia él.

Licenciamiento del Ejército Libertador

– En fin, cuando Usted llega a La Habana

en ese febrero de 1899, ya el presidente McKinley ha ofrecido el “donativo” de tres millones de pesos para licenciar al Ejército Libertador. Yo le pregunto, ¿era absolutamente necesario licenciar al Ejército Libertador, en esos momentos en que la patria corría tanto peligro por estar ocupada militarmente por Estados Unidos?

- Los españoles ocupan las poblaciones y los cubanos permanecemos aún por los campos sin pan, ni más asilo que el que nos brindan los bosques.

Me atormentaba la situación precaria de los nobles combatientes, sin pan, desnudos, viviendo escasamente de las limosnas que nos daba un pueblo agradecido, pero muy pobre. La Asamblea... (envía) una Comisión a

Washington en solicitud de dinero para socorrer a nuestros soldados y disolver el Ejército. (...) La Asamblea había resuelto con buen tino el problema no habiendo, por tanto, necesidad de sostener una ridícula situación de fuerza ante el poderoso poder interventor que, según el programa de todos conocidos, debía ocupar militarmente el país.

- Horatio Rubens, el asesor legal del PRC, en una carta dice – **acabo de cometer una pifia histórica, porque esta carta Horatio Rubens aún no la ha escrito; lo hará en 1933, por eso el General me mira extrañado, pero no le da mayor importancia** – que “Calixto García era opuesto a la idea de contratar empréstitos, que tal vez retrasaran la

entrega de la Isla a los cubanos, y al fin propuso, y McKinley aceptó, dar a cada soldado cien dólares al licenciarse ...” Entonces, la propuesta de esos 3 millones, que se pagarían con nuestras rentas de aduanas, no nació de la Asamblea que, a mi parecer, desde un inicio estuvo interesada en endeudar la República, que aún no había nacido, con un empréstito concertado con los norteamericanos. Muchos historiadores del futuro aseguran que Calixto García obró impetuosamente por órdenes tuyas, ya que a los dos los unían personalísimos lazos, además de compartir el desagrado en lo tocante a los empréstitos, y que el disgusto de la Asamblea para con Usted se debió a que Usted obraba a sus espaldas utilizando al General García. Qué pasó realmente?

- (...) La Comisión regresó después de haber alcanzado el mayor éxito posible en sus gestiones, informando que el Presidente de los Estados Unidos facilitaba 3.000.000 de pesos a los cubanos para aliviar la situación de los buenos combatientes por la libertad. Acto generoso que yo supe y sé apreciar en cuanto vale ...

Esperé siempre tranquilo, aunque sufriendo las amarguras hasta del hambre, en mi cuartel del “Central Narcisa”, en la jurisdicción de Remedios, con un pueblo entero hambriento, desnudo y enfermo que se me vino encima buscando consuelo, abrigo y salvación. Las dificultades y angustias para mantener ese pueblo y las tropas a mi inmediato mando

pueden ya suponerse, restaurado (poniendo yo especial empeño en ello) el principio de derecho a la propiedad, una vez se mandó alto el fuego y a la paz.

Visita de Porter

- Ese es el momento en que lo visita el Sr. Porter. ¿Es cierto que era un enviado especial del presidente norteamericano? ¿Qué asuntos le habían sido encomendados ante Usted?
- (...) se me presenta en Remedios Mr. John P. Porter, comisionado especial de Mr. McKinley, inquiriendo si yo estaba resuelto a aceptar los 3.000.000 de pesos, intervenir en la distribución de esos socorros, contribuir a resolver el problema del licenciamiento del

Ejército y, finalmente pasar a la Habana a ayudar, en lo que me fuere consultado, al general Brooke (...)

– ¿Y su respuesta fue? ...

– A todo esto contesté (...) que sí, pues entendía que con ello servía los intereses de este país en escombros, y se daba el primer paso en el camino de su reconstrucción y vida ordenada. Este señor me entregó al mismo tiempo una carta del general Brooke, sustancialmente en el mismo sentido.

Después que Mr. Porter se retiró con mi contestación, preparé mi marcha para la Habana, a cumplimentar mi palabra, dando a la vez parte de lo esencial a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea, y dejando los detalles para explicarlos personalmente.

- Entonces, ¿Usted mantuvo al tanto a la Asamblea de su proceder notificándole la visita de Porter? Pero cuando Usted llegó a La Habana, no se dirigió de inmediato a la Asamblea, sino a entrevistarse con Brooke, el Gobernador militar norteamericano. ¿Por qué?
- Efectué mi entrada en esta ciudad el 24 de febrero, y, como era natural, al siguiente día fui a presentarle mis respetos al general Brooke, primera autoridad de la Isla. Hecho el ofrecimiento de mis servicios, gratuitamente, para solucionar algunos asuntos en bien del país, principalmente todo lo relativo al licenciamiento del Ejército, quedamos en que él hiciese traer enseguida los tres

millones de pesos que la Comisión de la Asamblea había podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos para socorro de nuestros soldados.

En esta entrevista sólo se trató de lo mismo que la Asamblea había hecho y debía desear, como lo deseábamos yo y todos. Había conseguido los tres millones de pesos y deseaba el licenciamiento del Ejército para que todos fuésemos a trabajar, cesando desde luego la ridícula situación de fuerza que sosteníamos...

- ¿Cómo se llega a la situación tensa entre Usted y la Asamblea? ¿La Asamblea está molesta porque visitó al Gobernador primero, o es porque Usted aceptó el donativo de tres millones de pesos, o porque Usted se opuso a la

concertación de un empréstito? ¿Podría arrojar luz sobre estos acontecimientos?

- He aquí lo que ocurrió, tan sencillo en su forma como trascendental en su fondo; cosa que resulta siempre en acontecimientos de esta clase en que van lastimados el orden, la moral, los grandes sentimientos, la justicia y el decoro nacional de un pueblo.

La Asamblea se reúne, mas sin carácter oficial, y me llama; actitud esta que me extrañó. El Presidente manifestó que aquella reunión, no oficial era solamente para cambiar ideas e impresiones sobre lo que debía hacerse, lo que también me causó extrañeza, pues creía que estos hombres, como yo habían pensado ya en lo que teníamos que hacer: pagar y cada quien para su

casa, excepción hecha de aquel que tuviese que llenar alguna obligación pública. Solución sencilla, patriótica y que exigían las verdaderas necesidades nacionales y nuestra aspiración honrada a la República.

Se habló mucho ese día, se discutió hasta lo que no podía ni debía discutirse, y se me puso a mí en el banquillo de los acusados. Había cometido el crimen de opinar favorablemente a la aceptación de los tres millones de pesos que ellos mismos habían podido conseguir del Presidente de los Estados Unidos, y para lo cual ni siquiera se me consultó ni había yo tomado parte en ningún sentido sobre semejante asunto. Todo eso se resolvió por la Asamblea, cuando yo,

permanecía relegado al olvido, por cubanos y americanos, en mi Campamento del Central Narcisa, en Yaguajay. Yo, aturdido ante tanta palabrería como allí se gastó, y puesto que inconscientemente había entorpecido – y era mi culpa mayor – grande negociación para conseguir hasta TRECE MILLONES DE PESOS, dije que en ese asunto había obrado de muy buena fe y que nada se perdería, pues retiraría en seguida mi aceptación, participándoselo así al general Brooke, pudiendo obrar la Asamblea libremente. Se me exigió entonces que me pusiera al lado de la Asamblea para dar fuerza a sus acuerdos.

La Asamblea de Representantes se enfrenta a la Historia: Destitución de Gómez

- Según el articulado de la Constitución de La Yaya, firmada en octubre de 1897, se retrocedía al dañino civilismo al entregarle nuevamente al Consejo de Gobierno la autoridad para determinar la política de guerra y las líneas generales de la campaña. Todo el mundo sabe que al suprimir el cargo de General en Jefe, el Consejo de Gobierno, en base a esa Constitución, intentaba limitar su autoridad, General, y, además, le estaban cobrando las desavenencias que ustedes habían tenido con anterioridad; pero todo el mundo sabe también que no pudieron prescindir de su valiosa dirección

militar y que Usted terminó la guerra siendo muy querido y respetado por el Ejército Libertador y por el pueblo cubano. ¿La Asamblea no había aprendido esa valiosa lección de la Historia? ¿La Asamblea no estaba consciente de que Usted era el único sobreviviente de la tríada de líderes que hizo posible la Revolución del 95: Martí, Maceo y, por supuesto, Usted, el General Gómez, y que era necesario cerrar filas con Usted, que contaba con la simpatía y el respeto de la mayoría de los cubanos, y no pretender que Ud. se sometiera a un Cuerpo Legislativo en el que, con excepción de unos pocos y buenos patriotas, la procedencia revolucionaria y la hoja de servicios a Cuba de la mayoría de sus miembros era más que dudosa? ¿Así que la

Asamblea pretendía aprovecharse de su prestigio para “dar fuerza a sus acuerdos”, es decir, la misma Asamblea se daba perfecta cuenta que por sus propios méritos era incapaz de hacer valer sus derechos?

- ¿En dónde estaban, a excepción de unos pocos, esos hombres cuando el general Weyler estaba en Cuba? – **más que a mí, la entrevistadora, se pregunta a sí mismo el viejo militar.**

Me quedo un rato en silencio. Un pensamiento me da vueltas en la cabeza, y no logro ahuyentarlo. No puedo dejar de comentarle a Gómez:

- En mayo de 1898, el Consejo de Gobierno ordenó al General Calixto García que cooperara con el ejército norteamericano en su desembarco por

Oriente. Anteriormente había comisionado al Delegado del PRC para que gestionara una acción resuelta del Ejecutivo americano en el sentido de llegar a la solución pacífica de la contienda hispano cubana. Sin embargo, en el Mensaje a los miembros de la Asamblea de Representantes, que se acaba de formar, se le nota el espanto por la situación indecisa (que en buena medida sus decisiones contribuyeron a crear) que ha surgido con la intervención de los norteamericanos en la guerra y le encomienda a la Asamblea que asuma la responsabilidad de “proveer interinamente al régimen y gobierno de la República hasta que se reúna la Asamblea Constituyente definitiva”. Y para ser reconocida como esa autoridad a la Asamblea se le ocurre

el expediente del empréstito de 13 millones de dólares, para endeudar a la República que aún no había nacido. Si es verdad que el Ejército Libertador contaba con 30 000 soldados, le tocaría a cada uno más de 400 dólares, que con el valor adquisitivo que tenía el dólar en aquella época era una cantidad apreciable. ¿Usted cree que esa suma le sería pagada a los soldados de la Libertad íntegramente, o que una parte de ese empréstito tendría un destino oculto, digamos más personal, como suele suceder en esta tierra de nuestros amores desde Colón hasta mi tiempo? Y todavía tienen el coraje de acusarlo a Usted y de endilgarle la responsabilidad de esos hechos. Razón tenía Usted al decirme que Usted era siempre el Coco.

A este comentario, Gómez responde moviendo la cabeza en un gesto significativo de asentimiento. Luego pasa a responderme la pregunta que le había formulado anteriormente.

- Contesté que siempre lo había estado menos en aquellos casos en que la Asamblea no obrase en armonía con mi conciencia, con la justicia y con los verdaderos intereses del país. En el negocio concreto que se discutía no me sentía con la confianza necesaria ni con la más remota esperanza de conseguir más dinero. El Presidente de los Estados Unidos ha debido dar por terminado ese asunto, y por consiguiente no se ocuparía más de él. Además, y esto pensaba yo, no me parecía decente ni decoroso que los

cubanos pidiesen dinero a una nación extraña para pagar a los soldados de la libertad, quienes voluntariamente se lanzaron a los campos de batalla a conquistar la independencia de su tierra. Y de no emplearse estos medios humillantes habría que recurrir a gestionar un empréstito, y no estábamos nosotros autorizados para eso; y aun así y todo, y suponiendo el éxito más feliz ¿podían nuestros sufridos soldados aguardar este resultado estando sometidos al hambre y la desnudez, pues ya el pueblo no puede con la carga que se le ha echado encima.

- Ya Usted me había descrito la situación de las tropas cubanas en estos meses después del armisticio entre España y

Estados Unidos, y la realidad de hambre y miseria que tenía el pueblo cubano a consecuencia de la política de guerra española y del bloqueo y bombardeo a la isla de Cuba por parte del ejército norteamericano. También estamos de acuerdo en que era perentorio licenciar a un ejército abocado a la muerte por las circunstancias que lo rodeaban de escasez y penuria, y ahora Usted me está dando a entender que la Asamblea quiere, para conseguir el empréstito, presionar a los Estados Unidos con el licenciamiento del Ejército Libertador, cuando estos ya se habían comprometido a entregar el donativo. ¿Es así?

– Obligar a nuestro ejército a mantenerse

en la actual situación sirviendo de pretexto amenazador para conseguir para conseguir más dinero, eso a más de cruel es inmoral.

¡Cómo! ¿Pagar así con ofertas dudosas a unos hombres que todo lo habíamos sacrificado por la patria? Esto era atropellar altas consideraciones políticas, sociales y hasta de compañerismo por cuidarse más del oro que de la honra.

Desde aquel instante comprendí que yo no podía entenderme con aquellos hombres diametralmente opuestos a mi modo de pensar y ver las cosas, resolviendo no mezclarme en nada y esperar el desenlace de los sucesos.

Como debía terminar aquella reunión terminó, sin hacer nada.

- Y la solución de todos estos acontecimientos, ¿cuál fue?
- Pocos días después se me presentan tres hombres cuyos nombres ignoro. Llamaron poco mi atención. Dicen que son millonarios, manifestándome que estaban dispuestos a facilitar y contratar un empréstito de no recuerdo cuántos millones; pero sé que eran muchos; que esto sólo se conseguiría si yo apoyaba la negociación cooperando a ello con mi prestigio.

Contesteles que no podía ni debía mezclarme en negocios de esa clase, porque entendía que nunca revestirían formas legales no teniendo Cuba aún reconocida su personalidad política, y cuando todo, absolutamente todo, estaba en manos del poder interventor;

siendo cosa extraña –añadí– que haya quien se atreva a facilitar una suma de dinero tan respetable sin buena garantía. Aquellos hombres sin tener argumentos racionales y honrados que oponer a mis razonamientos me contestaron entonces con subterfugios y sofismas, que los Ayuntamientos podían muy bien arreglar ese asunto.

Después de algunos días de sombras y sin decirme una palabra la Asamblea, se me aparece una comisión de su seno, pidiéndome que acatara todos los acuerdos de la dicha Asamblea, principalmente el que en la actualidad tomaba de levantar un empréstito de millones de pesos en buenas y ventajosas condiciones. Uno de los comisionados que mayor empeño

mostró en convencerme de lo hermoso de la negociación, fue el señor Saturnino Lastra. Yo contesté que siempre estaba dispuesto a apoyar y sostener los acuerdos de la Asamblea mientras ella obrase en armonía con mi criterio –inspirado en el amor al bien de Cuba– y a la justicia que debía guiarnos en todos nuestros actos; que en cuanto se refería al empréstito negaba todo mi apoyo y no lo apadrinaría, no estando nosotros revestidos de autoridad bastante para esas negociaciones, extrañándome que hubiese prestamistas capaces de facilitar a Cuba su dinero, cuando Cuba no tenía personalidad política; creyendo, además, que semejante acuerdo comprometería los intereses de la Nación, sin que la Nación misma

supiese nada de esto no estando constituida.

Así terminó aquella triste conferencia, disgustada, sin duda, la Comisión por no haber podido recabar de mi autoridad lo que repugnaba a mi conciencia, y a mi juicio perjudicaba al heroico pueblo cubano.

Al día siguiente, once de marzo, la Asamblea decreta mi deposición, y para justificarla me acusa de indisciplinado y perjudicial.

He aquí el decreto:

Saca Gómez de su papelería, el único papel que aún conserva su blancura, muestra de que el tiempo no ha dejado aún sus huellas en él, y me lee:

– La Asamblea de Representantes en

atención a la conducta últimamente observada por el General en Jefe del Ejército cubano, con desobediencia y aún menosprecio de los derechos y la seguridad de la Asamblea como poder supremo de la Revolución.

Acuerda: DESTITUIR – **la voz le tiembla un poco por la indignación**– de su empleo al General en Jefe, pasando en consecuencia el Mayor General Gómez, que hasta ahora lo desempeñaba, a la clase de reemplazado y suprimiéndose por innecesario y perjudicial el cargo de General en Jefe.

Gómez dobla el papel lentamente y lo guarda entre los otros documentos que son testigos de su vida azarosa.

– Tengo entendido que los debates fueron acalorados...

- Como sucede siempre en estos casos cuando las pasiones ocupan el lugar de la justicia, hubo debates acaloradísimos. Se me sentenció y ejecutó sin oírseme. Se ha insultado la víctima no contentos con el castigo. Hubo representantes que me llamaron grosero. Otro pidió fusilarme. Alguno inventó historias desfigurando la verdad de mi actitud.

A tanto encono en contra mía llegó el espíritu de la Asamblea, que me obligó a examinar detenidamente mi conciencia y mis actos, pues dudé si habría cometido un crimen, y someterme entonces voluntariamente a los tribunales. Pero interrogué mi conciencia, y la encontré tranquila. Consulté mi honor, y me respondió satisfecho.

- Creo que uno de los que más despotricaron contra Usted fue el General Lacret Morlot, pero si mi memoria no me engaña, con él tuvo la Jefatura del Ejército algunos problemas durante la Guerra de 1895, ¿no?
- Las debilidades bien notorias del Brigadier Lacret (ocasionaron) la precaria situación de la Revolución en la provincia de Matanzas; y en (esos) momentos todos (sufrimos) las consecuencias de su funestísimo sistema de gobernar. (...) En cuanto a recursos y elementos de guerra, ningún Gefe (llegó) a tenerlos más en abundancia que él, pues la expedición íntegra del Coronel Trujillo y lo que se salvó de Collazo, todo fue a su poder. En cuanto a mí, ni un momento lo he

desamparado con mi prestigio de Gefe y hasta con mi cariño de compañero. Y sin embargo, siempre he notado con pena las mayores incorrecciones, en todo lo que procede de Matanzas.

Respuesta íntegra y decorosa a la Asamblea

- Bueno, y a esta destitución dictada por la Asamblea, ¿cómo contestó el General Gómez?
- Al acuerdo de la Asamblea contesté sencillamente con este Manifiesto: AL PAÍS Y AL EJERCITO

Con las supremas facultades que le son atributivas, la Asamblea de Representantes, del Ejército solamente, acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército libertador

que me había conferido la Revolución Redentora, y en cuyo puesto, atento siempre a las inspiraciones de mi conciencia y las grandes necesidades nacionales, traté de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto, el que yo no apoyé las gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero que pueden comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía, en la República de unión y concordia proclamada en el manifiesto de Monte Cristy, y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo

el honor nacional. Esta es la causa primordial de la determinación que respecto a mi persona acaba de tomar la Asamblea.

Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos a la vez que me deja libre para retirarme a mi hogar abandonado, única aspiración después de treinta años de lucha y brega decidida por la ventura de este país que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido a servir a este pueblo, ayudándole a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví la espalda a la vaina, creyendo desde

entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos.

Y dondequiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo.

Se me hace un nudo en la garganta y tardo un poco en recobrar-me de la emoción. No tengo otro remedio que dejar ir la imparcialidad que una entrevista que se respete debe tener, y le muestro al Viejo de qué parte está mi opinión.

Desagravio popular

– Estimado General, pocas horas después Usted recibió la más impresionante

manifestación de desagravio por parte del pueblo de La Habana, y es la procesión encabezada por los estudiantes de la Universidad, nuestra generosa juventud, seguida por el pueblo y por los soldados de su Ejército. El desfile por los jardines de la Quinta de los Molinos duró tres días seguidos. Mientras, los asambleístas son silbados despectivamente donde aparecían, hasta se queman muñecos que los representaban, como muestra de solidaridad y gratitud hacia Usted. El 15 de marzo aparecieron fuertes críticas y burlas hacia los asambleístas en la prensa, a quienes el pueblo acusaba de ir hacia el abismo de la anexión. Días después de la destitución, la Asamblea se disuelve bajo presiones populares. La Asamblea, le repito, perdió perspectiva

histórica y si la por momentos, que no la hubo siempre entre Usted y el Consejo de Gobierno, unidad política se resquebrajó no se debió a Usted, sino a la terquedad de la Asamblea en no reconocer su liderazgo político, lo que el pueblo sí hizo. No se puede decir que uno representa al pueblo de Cuba, cuando ese mismo pueblo está en las calles protestando sus decisiones y apoyando al destituido.

... el pueblo y mis soldados fueron a buscarme a mi tranquila reclusión y me saludaron con cariño... Todo esto me ha consolado de la pena que causa la ingratitud.

En la Ocupación norteamericana

– Volvamos al tema de la Ocupación

norteamericana. En mi presente los hay que califican de ingenua su percepción de las reales intenciones de los norteamericanos con respecto a Cuba durante la ocupación y que, sin proponérselo, Usted les ayudó al enfrentarse a la Asamblea; y los hay que esperaban que Usted llamara a las tropas al combate nuevamente y enfrentara a los norteamericanos, hasta expulsarlos de Cuba. Yo no comparto la opinión ni de unos ni de otros. Con todo lo que Usted me ha revelado en esta entrevista acerca de su pensamiento antiyanqui, con lo que sé que conversaba sobre este tema con Martí, cuyo ideal antimperialista es de todos conocidos, con los postulados antimperialistas que resume el Manifiesto de Montecristi firmado por

Usted y por Martí, y con su afirmación de que Cuba no era todavía “ni libre ni independiente” estampada en la proclama del Narcisa, tengo claro que Usted desconfiaba losuficiente de los norteamericanos como para caer “ingenuamente” en su trampa. ¿Qué dice el General Gómez en cuanto a ser más enérgico con los norteamericanos en estos años de la ocupación militar?

- Nunca, ni cuando combatimos a Weyler con sus DOSCIENTOS MIL SOLDADOS, corrió mayores peligros la patria cubana como en esos momentos. (Teníamos) al enemigo metido en casa... No veo yo (...) fuerzas que oponer a las fuerzas avasalladoras que, como ley fatal, han de ejercer los americanos en América. Sería perder el

tiempo lastimosamente ocuparnos ahora en lamentar si se pudo evitar eso o no se pudo evitar. Ninguno primero que yo lo dijo un día, resonando aún el ruido de la guerra, en carta que dirigí al general Arsenio Martínez Campos: “No permita nunca España que Cuba le deba su independencia a la ayuda de otra nación extraña. Queremos tratar con España”. La soberbia española cegó a sus hombres de gobierno, y ahora ella y nosotros recogemos el fruto. Nada más natural que todo sucediese así.

Permanece unos segundos en silencio, pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho, y a continuación me explica:

- Indudablemente la República vendrá, pero no con la absoluta independencia con que habíamos soñado; no, no hay

qué discutir eso ya. Pero la mayor cantidad de independencia que pueda recabar la República de Cuba con respecto al Gabinete de Washington por causa del Tratado de Paris – circunstancia que por fortuna escuda bastante el honor cubano – cada un día se puede consolidar más por su seriedad, cultura y riqueza.

El triste pasado ya lo conocemos, y en el presente abierto tenemos el libro de nuestras tristezas para leerlo. Lo que tenemos que estudiar con profundísima atención, es la manera de salvar lo mucho que aún nos queda de la Revolución redentora, su Historia y su Bandera.

– En esos momentos comprometidos, al filo del peligro como bien Usted ha

dicho, ¿qué era lo prudente hacer?

- La obra de la Revolución debe ser eterna, y sólo puede serlo aquello que tiene por base la Justicia; por lo que yo deduzco que la mayor habilidad política consiste en inducir a que las mayorías caigan del lado en que están representadas las ideas que armó el brazo del hijo de esta tierra para hacerla libre. Así, pues, no es justo, ni decente siquiera, que los cubanos vengan insultándose, como veo yo que están haciéndolo en los periódicos.

Es necesario no olvidar ni por un momento los preceptos que la Revolución anunció al mundo al desenvainar su espada. Ella se propuso conquistar todas las libertades, para implantarlas sobre la tierra, libre

también; pero esto mismo no se podrá conseguir, o se conseguirá imperfectamente, a pesar de haber desaparecido España, si los directores de los partidos políticos no saben dejar caer en la mente popular la salvadora idea de la UNIÓN y la CONCORDIA; del buen sentido político que, a mi juicio consiste EN LA OBEDIENCIA A LAS LEYES, QUE ES EL DICTAMEN DE LAS MAYORÍAS.

Discreta estrategia en esos peligrosos momentos

- Usted mencionó “partidos políticos”, ¿considera que debe haber más de uno trabajando a favor de la política cubana?
- Creo que no deben existir en Cuba nada

más que dos partidos, pues en política todo lo que no tenga razón de ser es efímero. Estos partidos deben ser el Separatista y el Conservador, o llámeseles con otros nombres si se quiere. A lograr ese fin de equilibrio, ¿qué debe hacerse desde ahora?, pregunto yo. Pues es muy sencillo: sumar fuerzas. ¿De qué modo? Implantando sinceramente una política de atracción, sin nada absolutamente de personalismo, y hasta transigiendo algo, si fuese preciso, en nuestras creencias.

Es preciso aprovechar el tiempo, pues quizás más tarde no haya ocasión de promover una fusión de todas las agrupaciones políticas, en que más por cuestión de forma y un poco de personalismo –que no por desacuerdo

en el fondo– se encuentra desgraciadamente dividida la opinión. De esa ofuscación o pueril desavenencia (no olvidarlo nunca), puede sacar muchas ventajas el partido opuesto, el reaccionario, ensanchando sus filas con los descontentos o despechados.

- Muchos podrían pensar que después que la Asamblea lo destituyó, el General Gómez se retiró a un oscuro rincón y no se mezcló más en política, pero yo sé que mantuvo correspondencia con muchos viejos revolucionarios, aconsejándoles esta estrategia política que acaba de compartir conmigo.
- Ahora lucho en un orden puramente moral, porque terminada la guerra, juzgo que es llegada la hora de iniciar la

cruzada del trabajo que ha de devolver a esta pobre tierra algo de lo mucho que se agostó en la púnica contienda. Ahora sólo pienso en la reconstrucción del país, devastado por la más bárbara de las guerras. Me creo obligado por un alto deber de conciencia, a hacer ese postrer sacrificio por este pueblo abnegado y valiente, y digo sacrificio porque esta tarea me retendrá aquí algún tiempo, privándome durante él de las dulzuras del hogar y del cariño de los míos.

Continuamos en el trabajo emprendido, ayer con las armas, y hoy a la sombra de la paz, para llegar a la finalidad de la Revolución: a constituir la República cubana independiente, cordial y bien ordenada.

– Perdóneme, General, pero no está contestando mi pregunta...

Gómez me dirige una mirada asesina y me doy cuenta de mi indiscreción: el Viejo no quiere hablar de eso pormenorizadamente, pues son hechos recientes y se puede comprometer la prudencia de la estrategia política, que él y sus aliados se han propuesto alcanzar. No obstante, me contesta:

– ...me he puesto de pie firme, con espada en mano, a las puertas del templo sagrado de las libertades cubanas, para impedir que se introduzcan en él los mercaderes de oficio. Allí, este es mi juicio..., dejará terminada la Revolución su altísima misión. De esta Carta Constitucional, que se pondrá en manos del pueblo, surgirá la República

en la forma que ella determine.

Mi objeto es único, el de propender a la unión de todos los elementos del país, para ver si logramos salvarnos, salvando lo que se ha dejado en pie de la revolución.

Parece que al viejo militar le contraria no ser más explícito en cuanto a su quehacer político en estos primeros años republicanos, y con cierta malicia en la mirada comparte conmigo:

- (...) Los misterios de la política se parecen a los del amor. “Esperemos los sucesos” pero peleando para conquistar a la fortuna. Ella no se enamora de los p. sino de los guapos.
- General, a la Carta Constitucional de 1901, los Estados Unidos le adosaron el

apéndice jurídico conocido como la Enmienda Platt, y la República nació teratológica...

- (A los Estados Unidos se le han sumado) las fuerzas todas que un día estuvieron frente a frente de la Revolución... No es que yo censure la conducta política de nuestros enemigos de ayer, no; ellos cumplen su programa, y con tanta mayor razón cuanto que se les ha permitido organizarse en el seno mismo del nuevo régimen, por la razón histórica que les favorece. Pero hay más: astutos han sabido conquistar hoy a hombres de la Revolución cuya sentencia de muerte hubieran firmado ayer con placer. (...) De ahí el valor del Congreso americano para implantar la Enmienda Platt, y el atrevimiento de

tratarse, sin respeto, a la Revolución, de la anexión de la Isla de Cuba a la República americana.

- El año pasado, exactamente el 14 de febrero de 1904, se firmó un Laudo Arbitral en la República Dominicana que le otorgaba autoridad a los Estados Unidos para nombrar un agente financiero que intervendría en las recaudaciones de aduana, con facultades intervencionistas en esas recaudaciones si el gobierno dominicano se retrasara en los pagos a las compañías acreedoras norteamericanas. Tengo entendido que Usted hizo comentarios públicos rechazando tanto el Laudo como la Enmienda Platt.

Me siento rara hablando del año 1904

como si fuera parte de mi pasado; el General también nota el desatino, y da un respingo en su asiento, antes de decirme, recobrada la compostura:

- El Laudo aquí, como la Ley Platt en Cuba, es preciso matarlos, haciéndolos innecesarios y nulos, lo que se conseguirá, cuando se consiga que desaparezcan las causas que los han creado. ¡Atrás el extranjero!
- ¿Qué riesgo, como nacionalidad, corríamos de prolongarse indefinidamente la ocupación militar yanqui?
- ... (llegaría) un día en que perdido hasta el idioma, nuestros hijos, sin que se les pueda culpar, apenas leerán algún viejo pergamino que les caiga a las manos, en el que se relaten las proezas de las

pasadas generaciones, y esas, de seguro les han de inspirar poco interés, sugestionados como han de sentirse por el espíritu yankee. Aún nosotros mismos tenemos que hacer grandes esfuerzos –por más que usted oiga en estos momentos las palpitaciones de patriotismos ardientes– por ser siempre cubanos.

– ¿Por qué no aceptó Ud. la candidatura a primer presidente de este país?

El Viejo se ríe sonoramente y hace gala de un fino humor al decirme:

– ... no me hable de presidencia; no sea usted (ingrata)... ¿Por qué piensa usted que yo debo ponerme esa corona de espinas? (...) ¿Qué mal le he hecho yo a usted ni a nadie?

Se pone serio y sigue:

- Sin que parezca jactancia de parte mía, no soy hombre de esas cosas, pero debo decirlo para satisfacción de mis compatriotas, que la Constituyente ha querido darme la Presidencia, pero yo he rechazado la proposición, primero, porque me considero incompetente para tan alto destino; y segundo, porque considero que esa altísima representación debe recaer sobre un cubano.

Mi vida retraída y la no aceptación de destinos que acaban de ofrecérseme, deben ser pruebas suficientes para la seguridad de lo irrevocable de mi determinación que hace de mí un rival inofensivo e incapacitado. Y es porque, además de otras consideraciones de

gran peso, creo firmemente que la mejor prenda que un hombre que ha batallado tanto como yo, puede llevarse consigo a la tumba, es la estimación de todos, y ésta solamente puede conseguirse no gobernando nada ni a nadie. Con lo dicho creo que será lo suficiente para no desmerecer la estimación de los que me hacen el favor de dispensármela, y calmen los temores y las dudas de los que no aciertan a explicarse mi humilde modo de pensar.

La Presidencia de la República no debo esperarla, ni mucho menos aceptarla. Eso no es nuevo en mí: desde hace muchos años lo tengo dicho. Los hombres de la guerra, para la guerra, y los de la paz, para la paz. Cuba tiene muchos hijos inteligentes.

- General, Usted ha sido el último Libertador de América y el primero que, después de luchar durante muchos años por la emancipación de los hombres de este continente, no aceptó encumbrarse en el poder...
- Pelear por una corona de espinas – que no otra cosa es el Gobierno – me parece que tiene más de estúpido que de cuerdo... Eso de buscarse uno mismo quebraderos de cabeza es muy poco juicioso. En fin, que Dios guíe y alumbre a los hombres que su suerte los ha llevado al Poder.

En suma: a nada aspiro, nada ambiciono, es más, me mortificaría una designación que mi conciencia rechaza.

Prefiero libertar los hombres a tener que gobernarlos.

- Discúlpeme, General, yo sigo pensando, no sé si movida por el entrañable afecto que le profeso, o por lo agradecida que le estoy, como cubana, ya que Usted fue uno de los que me conquistó la patria, pero hubiera preferido que Usted fuera el primer presidente, y no Estrada Palma. ¿Creo que también le ofrecieron lapresidencia, por allá, por Santo Domingo, su tierra natal?

- Se equivocan, pues, tristemente, los que piensan que yo aspiro a algo en Santo Domingo; y en Cuba – ¡Dios me guarde! – no como empleado de alto rango. Que, como Presidente, estimo como una verdadera desgracia serlo en cualquiera de los dos países. En los campos de batalla, como no tenga miedo, no se expone el honor sino la

vida; más en las sillas presidenciales, con valor o sin él, se exponen ambas cosas: honor y vida.

Yo tengo ofrecida a Cuba mi vida – pero no mi vergüenza – quiero que eso baje conmigo a la tumba, bien sea en el campo de batalla luchando por su independencia, u oscuramente en cualquier rincón de la tierra cubierto con los andrajos de la miseria.

- ¿Qué le parece esta república, signada por la dependencia a los Estados Unidos gracias a la política de tratados del Sr. Estrada Palma? ¿Cómo se desenvuelven los hombres públicos en este clima político?
- Ellos se fueron, al parecer es verdad, el día 20 de Mayo, yo mismo ayudé a enarbolar la bandera Cubana en la

azotea de Palacio de la Plaza de Armas,
¡Y cuantas cosas pensé yo ese día!
Todos vimos que el General Wood
Gobernador que fue se hizo a la mar
enseguida, llevándose su bandera, pero
dejando moralmente a los americanos
aquí.

Las señales de los tiempos fatalmente y
más á prisa de lo que debíamos esperar
van señalando el resultado final de esta
comedia política. Ya tenemos una
notoria y poco decorosa aprobación de
este Pueblo, al más prominente de los
enemigos de la República, que va a
representarla cerca de una Corte de
Europa, y es natural y lógico que del
mismo modo vayan entrando, poco a
poco, todos los elementos, que sin
abdicar jamás, que no lo harán nunca,

por respeto a su propio decoro, de sus viejas tendencias y propósitos, ni que respeten como no los han respetado nunca, porque ellos no pueden sentirse obligados por vínculos o interés alguno, a los fueros de la Revolución redentora, que los perdonó y elevó a la altísima categoría de hombres libres.

Agréguese a todo eso, que ya se ven inclinados a caer del lado del extrangerismo, a muchos hombres de abolengo revolucionario, al extremo que bien se sabe que alguien conserva, a pesar de su representación en las Cámaras su carta de Ciudadanía americana, que eso es tener adelantado bastante en la jornada que se vá a emprender sin que eso quiera decir que se obra maliciosamente.

Ideas republicanas del Generalísimo

- El viaje en el tiempo me da una ventaja: yo conozco todo el desenvolvimiento republicano de Cuba hasta mi presente y es doloroso, muy doloroso, decirlo, pero aún no tenemos la República que soñaron Martí y Usted. ¿Cree el General Gómez en el porvenir de Cuba? ¿Cree Usted que alguna vez maduremos como nación y cesen los funestos personalismos, las divisiones y el echar mano a los insultos para enfrentarnos a los que no compartan nuestros puntos de vista?
- En nuestro país, todavía por desgracia, no hay ninguna garantía para ninguno de los actos libres de la vida humana. Más no tenemos derecho a quejarnos porque se está en la infancia de la vida,

y en los otros países donde todo vemos que marcha con el sello de la civilización y el orden, es porque son viejos y ya han pasado por sus períodos de aprendizaje. Y ningún hombre, pueblo o nación aprende y se educa por cabeza ajena. Cada uno, (esa es la ley) tiene que gemir y llorar sobre sus propios errores.

¿Y quién duda que Cuba, en una época afortunada logre cumplir sus altos destinos después de tantas caídas y desastres? ¿Acaso sea el pueblo más desgraciado de la tierra?

- ¿Qué tipo de gobierno debemos elegir?
- No olvide... que el mejor Gobierno es el que menos gobierna –**vuelve a hacer gala de humorismo antes de confesarme gravemente:**

- Nada puede ser estable que tenga por base la injusticia, y, cuando se sabe que de esa falta adolece el Poder, ningún derecho tendrá él al amor y al respeto público. (...) Así deben entenderlo los Gobiernos que quieran merecer ese nombre

No se conoce un monstruo más terrible que un Gobierno arbitrario. Un tigre puede desgarrar la carne pero el despotismo desgarrar la conciencia.

- En ese sentido, ¿qué nos aconseja?
- Elegid para directores de vuestros destinos a los hombres de grandes virtudes probadas (...) No elijáis para administradores de vuestros intereses personas que alfombren sus casas y sean arrastradas por carrozas antes que las espigas maduren con abundancia en

los campos de la Patria que habéis regado con vuestra sangre para hacerla libre. No tengáis ministros con mujeres que vistan de seda, mientras las del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.

Me voy a permitir darles un consejo: en el Congreso, en las plazas hablen cuanto quieran, escriban cuanto piensen, esa es la evolución; pero no vayan jamás a la revolución, y cuando a ella apelen (que) sea tan justificada que el mundo entero la aplauda. Cuando se busca la verdad no es tan fácil encontrarla entre el humo de los campamentos; y ese humo ciega.

- Y en lo económico, ¿Qué estrategias debíamos trazarnos?
- Ya es hora que la iniciativa particular...

empiece su labor regeneradora, quitando temores al capital nacional y extranjero, para que pueda lanzarse en empresas de todo género.

No se debe esperar nada, en este sentido, del Gobierno. Su altísima misión se reduce únicamente a conservar el orden y la paz interior y a ensanchar las ideas de progreso y civilización para sus gobernados por medio de la diplomacia y la política exterior. Alta y delicada labor es esa. El pueblo es el que trabaja y haciéndolo así, no puede haber ni motivos de queja ni causas de descontento, pues un pueblo laborioso y trabajador, siempre tendrá un Gobierno digno de él.

No se les puede pedir a los Gobiernos lo que no pueden dar.

- General, por último, ¿se hubiera podido combatir a España durante 30 años sin contar con su presencia en los campos de Cuba?
- En las revoluciones pocos hombres son necesarios. El que se crea eso está en un ridículo error.

Lo más íntimo del General

- Estamos llegando al final de nuestra entrevista y quiero pasar a las preguntas más íntimas y personales, sin herir su sensibilidad, por supuesto; se lo prometí al inicio de esta entrevista. Pero antes, ¿le gustaría tomarse unos minutos de descanso para estirar las piernas, o tomarse un vaso de agua... o tal vez otra taza de café?
- El escaparate viejo no se debe mover

mucho – me dice jocoso; sin embargo, se levanta y se pierde en las habitaciones interiores durante unos minutos. Al regresar se nota que ha lavado su rostro con agua y jabón, y por el aroma que se desprende desde el bigote, ha apurado otra taza de criollo café.

- General, ¿le gusta mucho el café?
- ... el café, (es) mi bebida favorita; amargo, que es mejor.
- ¿Su comida predilecta?
- ... huevos fritos, (...) es lo que más me gusta.
- ¿Y su color favorito?
- (Azul)
- ¿Cómo le gusta vestir al General

Gómez?

- ... poco importa la tela, pero que sea de color oscuro, como sabe que me gusta vestir. Nada de lujo.
- En el artículo que Martí escribió sobre Usted, publicado en Patria, decía que Usted era muy sentencioso, es decir, que le gustaba salpicar su conversación con pintorescos refranes. Dígame uno, el que primero le venga a la memoria, de los cientos que debe saber:
- “Es el hombre lo que es, aunque le den puntapiés”. – **y vuelve a reír, con sonora carcajada.**
- Hay algunas fotografías de Usted, solo y con sus familiares, o con algunos compatriotas, o con subalternos del Ejército Libertador, pero no tantas

como quisiéramos. ¿Le gustaba retratarse?

- No me gusta retratarme...
- ¿Le gusta la música?
- Aquí estoy a mi gusto, gozando, perdido enamorado de Isabelita Curtis. ¡Qué manos de ángel sobre el teclado del piano! ¿No la ha oído Ud. tocar? Solamente al bárbaro de Manuel Sanguily le oí decir un día: “La música es un ruido que me atormenta”. Y si yo hubiera conocido entonces a Isabel Curtis le hubiese sin duda replicado: “¿Aún la del piano hecho vibrar por las manos de Isabel?”
- ¿Cómo ve el General Gómez a Gómez?
- ... soy un hombre baratísimo – **me dice muerto de la risa**–, a nadie molesto ni

estorbo y no dejaré de servir a Cuba en todo lo que pueda en cualquier situación que quede.

– Seriamente, General...

– Yo, (...) no he nacido más que para la lucha, para el pesar; con este carácter estremoso (sic.), pasando de la brusquedad a la dulzura, lo conozco, todo el fondo mío queda velado con esas distintas fases.

– En verdad hay una leyenda negra sobre Usted que lo acusa de duro e insensible; sin embargo, también es proverbial su amor y dulzura hacia los niños y las mujeres y, en ese sentido, ¿hay alguna anécdota que le venga en el recuerdo? Por ejemplo, la del maestro y los niños de Bejucal, cuando Usted ordenó que se le aplicara el fuego a las

casas cercanas a la cárcel del pueblo.

- Pronto se empezó a cumplir mi orden, y ardían ya algunas casas cuando pasé por frente de una escuela de niños; el maestro me salió al encuentro para suplicarme que detuviera la orden y salvara así al pueblo del incendio. Cuando aquel hombre me hablaba y veía yo por detrás, apiñados en la puerta, tantas cabecitas inquietas, que con los ojos del asombro y del miedo esperaban mi resolución, me sentí vencido por esas cabecitas inocentes, las cuales me pedían clemencia, y ordené se suspendiera el incendio, lo cual fue tarea difícil, pero en cuyo trabajo obligaba yo a tomar parte a todo el mundo. Aún me siento conmovido cada vez que recuerdo este episodio, y

el efecto que en mi ánimo hicieron las cabecitas hermosas y puras de aquellos niños...

- De los libertadores de América, ¿a quién admira más?
- ... Sucre, ese es mi héroe inmortal.
- ¿Las mujeres? ¿En qué concepto las tiene?
- ¿Y las mujeres? ¡La mitad más cara de la nación, nuestras esposas y nuestras hijas! (...) Compañeras nuestras en las penas y alegrías del hogar, llevémoslas siempre a nuestro lado en todo lo que sea honorable y embellecedor.
- ¿Cree en Dios?
- ... amo a Dios y a los hombres
- ¿Por qué?

- El hombre debe a Dios, – cuya revelación eterna es la Naturaleza, que al mismo tiempo pregona su existencia y perfección, atesora sus beneficios, – amor, gratitud y adoración.
- ¿Qué razones tuvo para hacerse masón?
- Iniciarse en la masonería, es morir para la ignorancia, la preocupación y el vicio, y nacer para la ciencia, la verdad y la virtud.
- ¿Qué entiende Gómez del amor? ¿Es solo privilegio de los jóvenes?
- ... sin el amor no se concibe que pueda vivir ni aún la planta ni el insecto.
- Generalmente se cree que la juventud es la edad de los amores; así sea, pero en la edad madura los afectos son más puros y duraderos. Mientras más se acerca el

hombre a su fin, más se descarta de lo superfluo, y se va quedando con lo útil, lo positivo.

- ¿Cómo enamoraba el General a las mujeres?
- Para yo estar seguro del amor de la muchacha, (esto cuando yo enamoraba a las mujeres) no me conformaba con que (sic.) ella admitiese mis finezas, sino que yo sentía la necesidad de que ella, a su vez, me regalase siquiera una flor marchita, pero que había ostentado en su cabeza.
- Cuando conoció a la Sra. Bernarda, ¿la amó de inmediato?
- Conocí a (Bernarda), la amé, y segura ella de la sinceridad de mi afecto, me amó también y bien pronto nos

unimos... jamás quiso abandonarme y me seguía a todas partes. ¡Cuánto no pasaría!

- ¿Cómo fue que la Sra. Bernarda pudo atrapar para siempre su veleidoso corazón? Y perdóneme el “veleidoso”
- Cuando nos levantamos en Bayamo en Octubre del 68 y –después que los españoles volvieron más tarde a recuperarlo o mejor dicho sus cenizas, las familias todas se refugiaron en los campos y un día que con la fuerza que yo mandaba, me dirigí a un punto que llaman San Luis, para dar descanso a la gente con que acabamos de dar el ataque a Guisa, pueblo no muy distante de allí– y en este lugar me encontré varias familias, a las cuales pertenecía una niña llamada Bernarda Figueredo.

Su vista me causó tal impresión, que vacilé dos días para continuar mi marcha; por fin, obedeciendo a la voz del deber pude arrancarme de aquel lugar donde dejaba a la mujer que por primera vez había despertado en mí una pasión tan ardiente, que yo sentía devorarme. Yo no dije ni una palabra a la niña, pero ni siquiera una mirada que le diese a comprender cuanto sentía por ella.

Salí pues de aquel lugar con el alma llena de tristeza y sin esperanza –pasaba el tiempo y la imagen de aquella mujer me perseguía por doquiera, y siempre hasta en medio de los combates la recordé muchas veces.

Algún tiempo después, supe que las familias se habían refugiado en las filas

enemigas; única manera de salvarse de la barbarie española.

Perdí entonces toda esperanza de verla otra vez.

Después, el nombre de Bernarda, que lleva otra mujer, hizo eco en mi corazón, y como la encontré digna de mí la elegí por mi compañera – un secreto de mi corazón sin que ella pudiera saberlo; por coincidencia de nombre y algún parecido en el carácter, y de genio, con la primera que me inspiró tanto amor; necesariamente mucho influyó, debía inclinarme hacia ella. Yo en aquella época me encontraba en la edad de 26 años, en la de las fuertes impresiones; y no podía suceder otra cosa.

Nunca me he podido olvidar de

Manana Figueredo, y cuando supe que se había casado, mi primer pregunta fue que si había sido con un español; –no, me dijeron: con un cubano. Me sentí alegre porque pensé que sería feliz.

A ella le debo sin duda, la mujer a quien he dado mi nombre, y sin duda será por eso que amo tanto a Manana Toro.

- ¿Y la familia, General? ¿Le concede importancia a la familia como influencia positiva en la vida de un ser humano?
- Debemos creer que el hombre que no ha tenido una mano bienhechora que lo dirija en los primeros pasos de su vida, por malo que sea, antes de condenarlo, es más justo compadecerlo.

El que siembra, cosecha; la buena semilla da buen fruto y mala, malo.

- Hábleme más de su familia, por favor.
- Como Dios está siempre detrás de los hombres para castigarlos o premiarlos, sólo a él debo que mis hijos no se murieran de hambre. Vivimos un tiempo allí (en Jamaica); después me recogió Honduras- que amo tanto como a Santo Domingo y a Cuba; más tarde pasamos a Nueva Orléans; después, volvimos a Jamaica, y finalmente fui a plantar mi tienda a Santo Domingo. De tumbo en tumbo, allí, a mi tierra, fui a parar, después de rodar un poco -sin éxito puedo decir- pero eso sí sin descuidar nunca la educación de mis hijos. Ya éramos nueve: siete hijos, el mayor de los

varones Francisco.

Curiosa circunstancia: mi casa representa un conjunto de nacionalidades; unos son cubanos, otros ingleses, otros americanos, y no hay más dominicanos que yo y la predilecta de la familia, la última nacida: Margarita.

- Usted dice que nunca descuidó la educación de sus hijos. Pudiera ponernos un ejemplo de cómo el General Gómez educaba a sus hijos. ¿Cómo solucionaba los conflictos que podían presentarse?
- Francisco por su seriedad, por su juicio, por su cariño, se había constituido en una especie de Jefe de la familia; se había impuesto a todos; conmigo mismo, para muchos asuntos y en

muchos casos, era mi consultor. Eso explica de una manera clara y terminante la superioridad del carácter del joven imberbe; cariñoso con todos, pero con su mamá y su hermana Clemencia, era el delirio; con Margarita, locura; esta no me hacía caso a mí, estando Francisco presente; me la había robado. Su desaparición entristeció de tal manera a la niña, que se enfermó, aunque en mi desolado hogar todos se enfermaron.

Un día mi mujer viene espantada y temblorosa hacia mí, saliendo del cuarto de Francisco, y me dice: “He encontrado un revólver debajo de la almohada de la cama de Panchito”.

Eso no es nada; déjalo, que yo veré eso, le contesté, y ella quedó, por lo menos

al parecer, tranquila; pues las madres nunca lo están cuando se trata de peligros para sus hijos. Francisco había venido esa noche de Dajabón, pueblo fronterizo a Haití, distante algunas leguas de Monte Cristy, a donde había ido a evacuar un negocio por cuenta de la casa, con mi amigo Joaquín Montesinos. Esperé que estuviera solo en su cuarto y le sorprendí con esta pregunta: “¿Y ese revólver?” Y, sin inmutarse, ni contestar categóricamente a mi pregunta, se limitó a decirme sonriendo:

Esa denuncia, seguramente, ha sido de mamá, y hoy mismo iba a devolverlo o a venderlo.

Y, ¿cómo y por qué?, le repuse yo algo serio, explícate...

Me explicaré, –me contestó con calma.
– Tú nos has enseñado que se deben evitar siempre las desavenencias o causas de duelos con los hombres; pero cuando alguien se nos quiere echar encima, es necesario rechazarlo y entonces está justificado que un hombre mate a otro. Hará seis u ocho días, un hombre (ya no tengo para qué decirte su nombre) entendía yo que ciertas palabras que vertió ofensivas, podían ser alusivas a mí, y aquella idea me atormentó y quise pedirle cuenta; pero pensé que debía dar ese paso armado, por lo que pudiera acontecer, y entonces fui y compré, fiado, ese revólver, en tu nombre. Esperé que todo el mundo durmiese por la noche en Dajabón, y fuime derecho y llamé al hombre, que atendió enseguida a mi

reclamo y salió. “Me torturan estas dudas, le dije, y vengo a pedirle a usted cuenta; estamos solos”. Entonces pasó una escena satisfactoria a la vez que conmovedora para mí, pues aquel hombre, sin miedo, me dijo: “No, Panchito, contigo nunca”, y, abrazándome, repitió: “Ahora te quiero más”. Eso es todo lo que ha pasado y si no estás contento de mí, dímelo.

Lentamente le repuse: –Guarda ese revólver y no se hable más de ese asunto. Era el mismo revólver que algunos días después le regaló a su Maestro Martí, y que debe estar en poder del General Sandoval; puesto que junto con el cadáver del héroe de Dos Ríos debió recogerlo.

– General, antes de contraer matrimonio

con la Sra. Bernarda y establecer con ella una familia preciosa, Usted tuvo, allá en su Santo Domingo querido, los devaneos típicos de un joven militar, apuesto, gran bailador, que animaba las fiestas con su guitarra, con garbo en el andar y donosura en el hablar. Tuvo muchos amores; se sabe que Usted siente gran inclinación hacia el sexo débil – **Gómez sonríe con picardía, y mira sobresaltado hacia las habitaciones del interior por si acaso Manana se encuentra cerca** –. De esos amores nació una hija natural, a la que llamaron Ignacia, Ignacia Gómez Castillo. ¿Mantén relaciones con ella? ¿Su familia tenía conocimiento de su existencia?

Gómez saca nuevamente de la caja de

papeles, unas cartas atadas con una cinta descolorida, y lee:

– Nueva Orleans, 17 noviembre, 84

A la Srta. Ignacia Gómez Castillo

Mi amada hija:

En vano buscaría algunas frases para explicarte el placer que he sentido al leer tu deseada carta que recibo en este momento, y más que placer, Ignacia de mi alma, tranquilidad de espíritu. Tu carta ha sido mi perdón, si perdón puede haber para mí, con respecto a ti, ¿quieres oír más de boca de un padre perdido en el mundo para una hija siempre hallada y buena?

... por inspiración de tu puro y buen corazón, me has dado franca entrada en él con el amor de hija, créeme tú a la

vez capaz de amarte como a la primera de mis hijas: porque es preciso que lo sepas para tu natural y justo orgullo como mujer bien nacida, que desde que recibiste el primer aliento de vida hasta muchos años después, mi corazón y mi mano sólo a tu madre pertenecieron...

Es así, que puedes y debes hacer uso con derecho y hasta con orgullo, si algo puede valer para ti, de mi nombre.

Esto lo saben todos tus hermanos, toda mi familia, y la tuya y la nuestra y el mundo.

- Esta carta está fechada en el año 1884, y esos son los años en que Usted está enfrascado en el Plan de San Pedro de Sula; debió estar muy ocupado y, como siempre, no muy abundante en dineros. Como padre, ¿pudo atender a las

necesidades materiales y espirituales de esta hija?

- Te mando 50 pesos para que te compres lo que te haga falta para tu traje de retrato pues quiero que te pongas bien bonita. No tengas temor de gastar en tus caprichos de tocador que tengo que darte más tan pronto realice unas letras que traje – me lee de una carta al azar, y de otra ojea:

... Te mando dos ejemplares de una novelita que creo te agrada leer; por ella, es pues, puramente histórica, conocerás algo, quizás mucho, de la historia del país a que me encuentro ligado ... uno para que lo conserves como un recuerdo mío, y el otro para que lo dediques a alguna amiga, predilecta tuya o a quien quieras.

– ¿Esa novela era Cecilia Valdés?

– (Sí)

Según acta judicial de marzo de 1861, el joven Máximo Gómez fue sometido a la justicia por gravidez de Socorro González, de Baní. De esas relaciones nació Francisco González (Panchito), fallecido el 15 de abril de 1927, pero de ese asunto no le voy a hablar a Gómez, por un mínimo de respeto a su privacidad, así que desvíó la conversación por otro derrotero.

– ¿A qué desilusiones ha hecho frente la accidentada existencia de Máximo Gómez?

– Hombres e ilusiones muertas; amigos que no tuvieron tiempo de serme desleales porque cayeron a mi lado. Mujeres que creía encantadoras; más

tarde las contemplé indiferentes y frías sin amor para su propia y delicada y bella historia. Por todas partes ruinas y escombros y no descubriendo sino una cosa verdadera: La Muerte.

(Pero) no hay mejor consuelo, no hay más firme y seguro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila.

- ¿Considera que la suerte le ha sido adversa?
- (...) como yo conozco mi suerte siempre me digo lo del desconfiado: “Pido a Dios que no me enamore, y si me enamoro que no me case, y si me caso que no me la pegue mi mujer, y si me la pega que no se me dé ningún

cuidado”... Tengo que averiguar bien bajo la influencia de qué signo me pujó mi madre.

A esta altura de la entrevista descubro a un Gómez con un fino sentido del humor, lo que no hubiera creído posible antes.

También se ha establecido entre nosotros una empatía biunívoca, y el General responde más relajado a todas mis preguntas.

– ¿Lamenta no haber podido levantarle una fortuna a su familia, dedicado como estaba a hacer la independencia de Cuba?

– No importa, el dinero es una farsa, cualquiera puede poseerlo, pero no así todos la virtud.

(...) soy viejo, desengañado y

completamente desposeído de toda mira de medro personal, fuera de la parte que justa y equitativamente pueda caberme en el reparto de los bienes que Cuba libre pudiese repartir entre sus leales y buenos servidores. ¿Y de eso mismo qué puedo yo ya saborear? Allá mis hijos quizá como mis naturales y legítimos herederos, podrán aprovechar, alguna copa en “el banquete de los libres”.

- ¿Ama Usted mucho a Cuba? ¿Se siente cubano?
- (Yo) moriré con el corazón cubano, (...) no puedo olvidar ni al Toa, ni al Cautillo, ni al Yao, ni al Yara, ni al Cauto, ni al Zaza, ni al Tana, ni al Najasa. (...) aún resuenan en mis oídos, como latidos del corazón, el murmullo

de sus aguas donde tantas veces nos lavamos el polvo de gloriosos combates.

- Algunas personas le critican que cada vez que Usted se enojaba con los cubanos, amenazaba con irse de vuelta a Santo Domingo y que, por momentos, no es consecuente con sus opiniones y juicios, sobre las personas y sobre los acontecimientos históricos que le tocó vivir.
- Cuando escribí yo también todas estas cosas, al calor de los combates librados por la libertad de este pueblo, incautamente creí que conocía al mundo... Desgraciadamente, no fue así. Los hombres en ningún tiempo dejaremos de ser muchachos crecidos... ¡Cuántos cambios y mudanzas he podido anotar durante todo el tiempo

que he servido los intereses de este país!
Por fortuna mía, para no llegar al
desencanto, he podido sobrevivir
encaramándome por encima de los
escombros de mi accidentada
existencia...

Medita unos segundos y me espeta tajante:

– En tales extremos ¿qué más se me podía
exigir? ¿Acaso poseía yo el corazón bien
templado de Jesús y la negación
maravillosa de Don Quijote?

Me dieron muchos palos cuando
bogaba, pues parece que bogaba mal, y
¿por qué se me dan ahora, que no
bogo? – **y se ríe regocijado, pero
después me dice serio:**

Cuando el destino le ocurre divertirse
con nuestras desgracias, entonces sólo

hay un recurso y se encuentra un consuelo: una conciencia tranquila, y un corazón limpio.

– ¿Conserva algún anhelo en su corazón?

– Yo necesito de reposo y siento la necesidad de ser olvidado para disfrutar de paz y tranquilidad al lado de los que me aman. He ayudado a conquistar libertades, habiendo nacido libre vine aquí, no a llorar con los esclavos, sino a animarlos para que nos fuésemos al campo a conquistar la libertad; y al campo fuimos. El triunfo coronó nuestros esfuerzos, y alcanzado mi ideal no necesito de nada. No teman, no, los que ambicionan puestos y honores; yo no les estorbo, pues nada ambiciono.

– ¿Qué le gustaría que hiciéramos los cubanos por Usted?

- ...que amen a los míos, y recuerden mañana con cariño mi memoria.
- Este es el final, General. Nos vamos despidiendo ya. Gracias por su tiempo. No tengo que decirle con qué placer he conversado con Usted: puede ver entero mi corazón a través de mis ojos y mis palabras. Gracias en nombre de Cuba, en nombre de mis alumnos y en el mío propio, por habernos hecho la Patria... – **me interrumpen los sollozos.**

El General, emocionado también, me dice despidiéndose:

- Adiós, pues, y se despide de todos vosotros hasta la vuelta, vuestro compañero y amigo en todas las épocas.
- Gracias, General.

– (Gracias a Usted) – son sus últimas palabras mientras me besa la mano, en una despedida caballerosa.

El Final

Me voy de la casa de Gómez pesándome la tristeza en el corazón, porque sé que le quedan pocos días de vida. Su muerte cerrará un capítulo importante de la historia de Cuba; también perderemos un pilar descomunal de los principios morales, que tanta falta nos harían en la primera República, y en este presente que es mi futuro.

Tengo un anhelo, uno solo, y es que, aunque el tiempo pase y lo cambie todo, hasta la escala de valores que todo ser humano debe llevar consigo so pena de perder la propia humanidad, y ya no nos quede ni una pizca de respeto por nuestros

próceres y nuestra historia, aún podemos cumplir como nación la postrera petición del Viejo, de nuestro Generalísimo: que le recordemos siempre con profundo afecto y gratitud.

Tabla de contenido

Página legal.....	2
Nota introductoria.....	3
La Entrevista.....	12
Tiene la palabra el Generalísimo.....	12
La siempre incierta edad de Gómez.....	24
Incorporación al Ejército en su país.....	28
Arribo a Cuba por primera vez.....	32
Incorporación a la Revolución Cubana.....	35
Orientación política.....	44
Batallando en la Guerra de los Diez Años.....	46
Incidentes con Céspedes y con la Cámara.....	49
Severidad con los subalternos.....	59
Frente al General Vicente García.....	59
Lo que no hubiera querido: el Zanjón.....	66
Una sabrosa anécdota con el General	

Martínez Campos.....	80
Su posición ante la Guerra Chiquita.....	87
Sigue trabajando por la independencia de Cuba.....	88
El choque de dos grandes corazones: discrepancia con José Martí.....	92
La ineludible reconciliación con Martí....	107
La Jefatura del Ejército Libertador.....	111
Se forja la amistad con José Martí.....	117
La muerte de Martí.....	124
Postulados políticos sobre la Guerra de 1895.....	135
La Invasión.....	140
La Campaña de La Reforma.....	163
Secreto del éxito militar de Gómez.....	166
Desavenencias con los miembros del Consejo de Gobierno.....	168
Muerte de Maceo y Panchito.....	180
Crímenes de Guerra.....	190
Se despide de Panchito.....	194
Sus dos grandes amigos: Calixto García y	

José Maceo.....	198
Conductas impropias de algunos subordinados.....	201
Su juicio acerca de la guerra de España contra Cuba.....	205
La Guerra, y sus soldados, para este viejo militar.....	216
Ascensos en el Ejército Libertador.....	221
La guerrilla de los casados.....	222
Al final: la autonomía.....	226
Los norteamericanos.....	231
Las mismas ideas de Martí acerca de los yanquis.....	237
La voladura del Maine.....	239
Opinión sobre la intervención yanqui.....	244
Año 1898.....	252
La triste secuela de la guerra: hambre y enfermedades.....	262
Situación al término de la Guerra.....	262
El caso Luis Morote.....	269
Y el caso Villa.....	276

Entrada a La Habana.....	280
Obligado recuento histórico.....	282
Licenciamiento del Ejército Libertador...284	
Visita de Porter.....	289
La Asamblea de Representantes se enfrenta a la Historia: Destitución de Gómez.....	296
Respuesta íntegra y decorosa a la Asamblea	312
Desagravio popular.....	315
En la Ocupación norteamericana.....	317
Discreta estrategia en esos peligrosos momentos.....	323
Ideas republicanas del Generalísimo.....	340
Lo más íntimo del General.....	345
El Final.....	377
Tabla de contenido.....	379
Sobre el libro.....	384
Sobre la autora.....	386

Sobre el libro

“Conversando con Máximo Gómez” es un ensayo de ficción que, con rigurosidad histórica y bibliográfica, imagina un traslado en el tiempo hasta La Habana de 1905, para entrevistar en persona al Generalísimo Máximo Gómez, en sus últimos días de vida, haciendo énfasis, no en sus excepcionales dotes de militar, que ya han sido convenientemente analizadas y publicadas, sino en su condición de hombre, de ser humano que, en definitiva, sustenta al estratega y al ideólogo, y no al revés, como se suele pensar. Así, el ensayo carga la intención en conocer sus gustos y predilecciones en el comer y en el vestir, en

revelar su insospechado sentido del humor, su culto a la amistad, sus conceptos espirituales sobre muchos aspectos de la vida de los hombres y la suya propia, su cariño por su familia, y su profundo amor a Cuba a la que defendió por más de 30 años, y donde quiso que reposaran sus restos mortales, para quedar eternamente en el recuerdo de los cubanos.

Sobre la autora

Fátima Alonso Rodríguez, ha dedicado toda su vida profesional –más de cuarenta años- a la enseñanza de la Historia de Cuba; en especial, a las guerras de independencia entre 1868 y 1898. Ganadora de premios nacionales e internacionales, ha centrado su atención investigativa en las figuras de José Martí y Máximo Gómez. “Conversando con Gómez” es su más reciente trabajo, y en él nos presenta a un Gómez despojado de sus arreos militares y desmitificado, y pleno de humanidad.